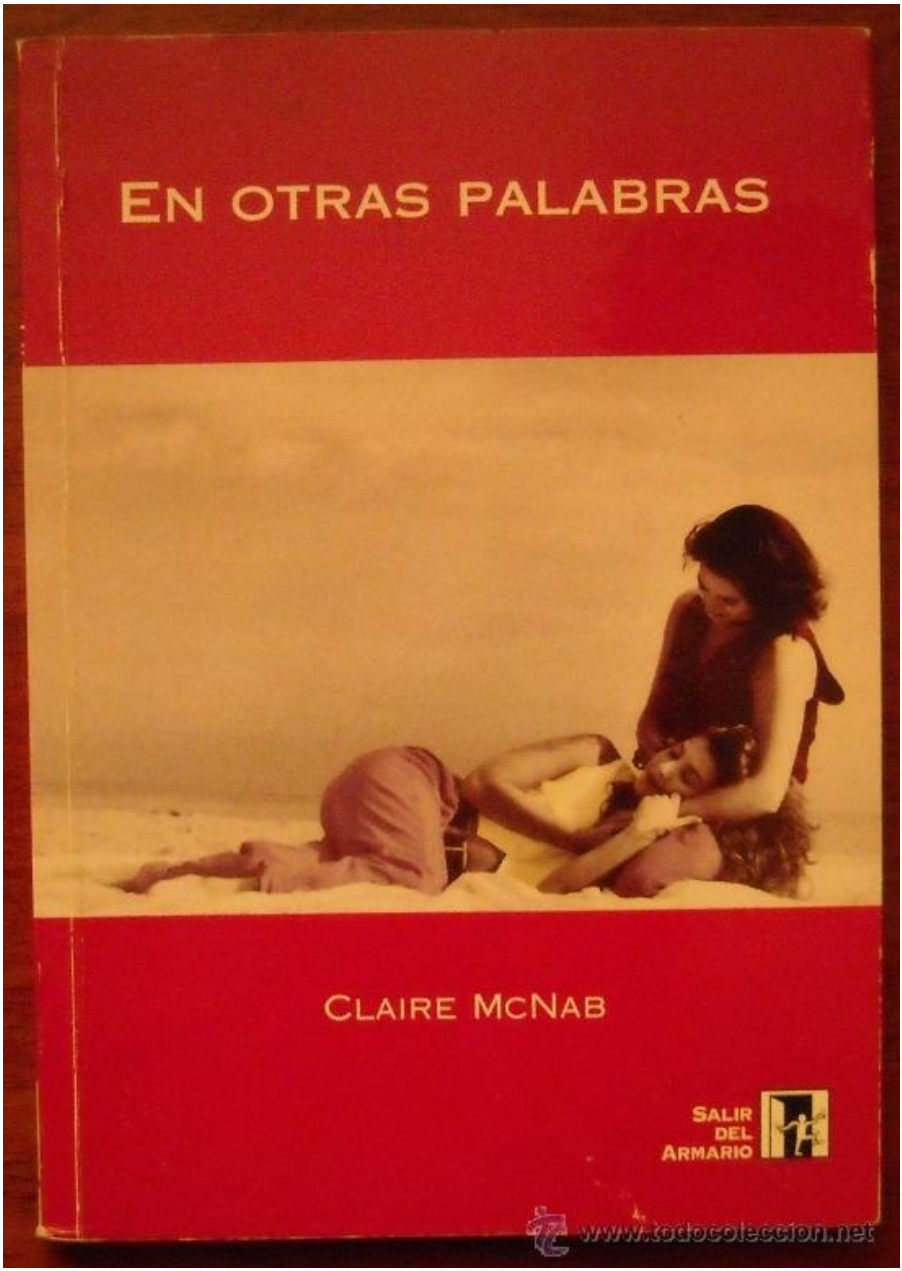
En otras palabras

Claire McNab

Salir del Armario

www.todocoleccion.net



El inmenso e inexplorado Outback Australiano. La grandeza de Ayers Rock... la legendaria Alice Springs... la Gran Barrera de Coral, la belleza primigenia del Cabo Tribulacion.

Dos mujeres de continentes distintos, con valores diferentes, chocan con resultados espectaculares.

La norteamericana Lee Paynter ha transformado su pequeña agencia de viajes en una compañía de ambito internacion; impetuosa, segura de su misma y abiertamente lesbiana, su gran amor es su negocio. Las mujeres? Estan para disfrutarlas y despues dejarlas.

Alexandra Findlay, discreta decidida, se labra un provenir en el mundo del turismo Australiano con la conviccion de que su profesión es lo mejor que le dejara su árida y encajonada existencia emocional.

Alex ha sido designada para acompañar a Lee en su visita a Australia y despertar su interes profesional en el turismo Australiano.

De pronto, en la apacible existencia de Alex se produce una explosión... y Lee se encuentra frene a una mujer como jamás antes había conocido.

Claire McNab, autora de bestsellers, se aparta por esta vez de la linea de sus famosas noveas de la detective Carol Ashton, para ofrecernos este deslumbrante romance, acontecido en el majestuoso terrirorio Australiano.

1

Me encanta volar, sobre todo en avioneta, porque siento que comparto un poco el júbilo de los

pájaros cuando cabalgan al viento.

En esta ocasión me hallaba sentada justo detrás del piloto en un veinte plazas, reclinada hacia delante observando la masa rugosa y verde del agua que se revolvía más abajo.

Me sonrió por encima del hombro y alzando el tono para superar el ruidoso zumbido de los motores, dijo —El paraíso, ¿verdad Alex?

Asentí con una sonrisa y él volvió la mirada hacia el panel de mandos. Sí, efectivamente era el paraíso. Por debajo de nosotros flotaban, perezosas, multitud de islas dispersas en las aguas cálidas del mar tropical que rodeaba Queensland. Desde esta altura, la vegetación no parecía ser sino un extenso rastrojo, y el agua era tan cristalina que podían apreciarse con nitidez los diferentes grados de profundidad, en función de la intensidad de las tonalidades de verde, aguamarina y azul, como si se tratara de un mapa de contornos gigante. Conforme

nuestra avioneta avanzaba, proyectando su sombra danzarina sobre la superficie del agua, ya poco profunda en ese punto, cada nueva isla desplegaba su peculiar diseño submarino de bancos y canales, sombreados aquí y allá por colonias de algas marinas.

No ignoraba que más hacia el este, donde el azul gélido del Pacífico rompía con ímpetu contra las paredes del Gran Arrecife de Coral, la plataforma continental se precipitaba a profundidades abismales; sin embargo, de este lado todo se hallaba invadido de luz y el agua, acariciada por el calor, discurría dócil y chacoloteaba indolente en las orillas de las playas coralinas.

El piloto alzó la voz para que los pasajeros, agrupados en la cabina, pudieran escucharle: —Vamos a sobrevolar la isla de Tern.

Aunque Tern era para mí un destino rutinario, la costumbre apenas había logrado mitigar el impacto de su belleza.

Las dos terceras partes de la isla constituían un parque nacional en el que estaba prohibido edificar, por lo que las colinas y los valles se hallaban completamente cubiertos de un bosque tropical espeso y las orillas del agua salina, orladas por espesos manglares. El complejo turístico de la isla de Tern comenzaba en el punto en que aquella gruesa cubierta natural confluía con un pulcrísimo campo de golf de nueve hoyos. Desde aquella altura apenas podían verse los múltiples edificios que se apiñaban frente a la pálida medialuna de la playa de Tern, ocultos casi por completo tras la exhuberancia de los jardines tropicales.

Iniciamos un leve descenso, rasando en nuestra calada a un par de surfistas que con sus velas de colorines se deslizaban trazando un zig zag sobre el agua turquesa. Una vez más, la pista de alquitrán, que se me antojaba demasiado pequeña, parecía alargarse a medida que nos aproximábamos a ella, hasta alcanzar una longitud considerable. Tengo la manía de contener la respiración durante esos minutos previos a la toma de tierra, consciente de que el aterrizaje es el momento más peligroso del vuelo. En esta ocasión las ruedas tocaron la superficie negruzca de la pista con un golpe brusco tras el cual la avioneta, bamboleándose, se deslizó por la pista a gran velocidad. El piloto sonreía; me pregunté si este aterrizaje tan movido no habría sido deliberado.

Tras dibujar un amplio círculo, la avioneta comenzó a rodar en dirección a la pequeña terminal situada hacia la mitad de la pista. La puerta se abrió, las escaleras se extendieron hasta el suelo y los

pasajeros prorrumpieron en un barboteo de acentos variados, conforme se liberaban al fin de la estrechez de la cabina y salían a estirarse en la atmósfera cálida y húmeda del exterior.

Todos ellos tenían costumbre de viajar, por lo que no consideré necesario seguirles de inmediato, y me entretuve un momento para prenderme la placa de identificación en la camisa. Nunca me

gustaron las etiquetas, pero Sir Fredcrick insistía en que el personal llevara sus nombres a la vista en todo momento durante las convenciones. La placa era grande, rectangular y mostraba, sobre un fondo verde y oro muy llamativo —los colores de la nación— ni anagrama de A.P.P., que consistía en una intrincada representación de las iniciales dentro de un pequeño contorno del mapa de Australia.

Me aseguré de que mi nombre, Alexandra Findlay, estuviera derecho.

Tras cerciorarme de que llevaba la camisa y los pantalones bien colocados —¡La apariencia externa constituye el ochenta por ciento del éxito!, según Sir Frederick— me uní al grupo de pasajeros, escoltándolos hasta el diminuto edificio cubierto de florecillas y hiedra. A medida que nos íbamos acercando, distinguí a Steve Monahan entre los miembros del comité de bienvenida que nos aguardaba con champagne y zumo de naranja.

—Buen día— repetía alegremente a cada uno mientras repartía las bebidas. Como de costumbre, sonreí con cinismo ante su imagen ultra-australiana, tan estudiada y su pose altiva. Steve era alto, de cabellos claros y piel tostada. Llevaba unos shorts de color beige ajustados, un cinturón estrecho de piel de serpiente, una camisa a juego, con varios bolsillos de parche y un sombrero *akubra* de color arena, con el ala doblada hacia arriba, según era costumbre, y una pluma de color claro en la franja.

Me lanzó una sonrisa excesivamente cálida y enseguida me puse en guardia. — Hola Alex. ¿Te importaría hacerme un favor?

La experiencia me había enseñado que su afabilidad escondía una naturaleza pertinaz, manipuladora y solipsista. —¿Qué quieres?— le respondí con tono cortante.

Mi falta de entusiasmo pareció animarle. —No te preocupes, querida —me dijo en un tono persuasivo. —Sólo que esta tarde, alrededor de las tres, llegarán unos cuantos VIPS más y yo no podré estar aquí para recibirles. ¿Me harías el favor?

—De acuerdo, pero me debes una, Steve.

De pronto su atención se desvió hacia Hilary Ferguson, la representante de uno de los grupos mayoristas británicos y una criatura extraordinariamente hermosa. Hilary es de constitución pequeña, tiene los ojos de un azul intenso, una piel tersa y saludable; su rostro está adornado por cantidades ingentes de mechones castaños, y su sonrisa amplia y resplandeciente, rematada por dos encantadores hoyuelos en las mejillas. Si bien el modo peculiar de pronunciar las vocales a medias delataba su pertenencia a la élite británica, en las pocas ocasiones que había tratado con ella, había podido comprobar que era una mujer afable y muy sencilla.

Steve le dedicó su sonrisa más maliciosa. —¡Buen día!

Le dejé sumido en su empeño de impresionar a Hilary mediante los clichés más recurrentes, y procedí a dirigir a los invitados a sus respectivos minibuses.

Apenas me había cerciorado de que los pasajeros llevaban consigo su equipaje de mano, cuando Steve asomó la cabeza por la puerta.

—Alex, olvidé decirte que tu responsabilidad particular llega en este vuelo. Sir Frederick estará gratamente impresionado si haces todo lo necesario por complacerla.

Bajé del autobús para evitar que nos oyeran. —Lástima que la discreción no sea una de tus virtudes, Steve.

Ignoró la crítica y dijo con malicia. —Vas a tener que trabajar muy duro; no es fácil complacer a Lee Paynter.

—¿Sabes Steve? A veces me pregunto cómo me las pude arreglar antes de tenerte como consejero

—Basta con ser amable, Alex— dijo divertido. —La tipa es bastante especial.

—Me sorprende mucho que dejes escapar la oportunidad de recibirla tú mismo; es una ocasión única para causar una buena impresión en una persona tan influyente como ella.

Ya nos conocimos hace algún tiempo en Estados Unidos, querida, y se mostró impermeable a mis encantos.

-¡No es posible!

Sonrió. —Es cierto que soy bueno, pero no *tan* bueno. Lo tengo muy difícil porque, además de estar casada con su trabajo, Lee Paynter es lesbiana.— Hizo especial hincapié en la palabra “lesbiana"

y tras una breve pausa, añadió —Y además, declarada. Su sonrisa se agrandó aún más y dijo, burlón.

—En cambio *tú* si que podías intentarlo, Alex. Atrévete a vivir una aventura. Nunca se sabe, quizás le vayan las mujeres como tú, sensuales y de piel oscura.

Procuré igualar su tono insolente. —No sé qué idea tendrás de mí, pero te aseguro que existe un límite a lo que estaría dispuesta a hacer por mi trabajo.

Steve alzó una ceja con desdén. —Querida, *tú* le pones límites a todo lo que dices y haces. A *mi* me rechazaste de lleno. Es que no te gusta involucrarte, ¿verdad?

-—Intenta no tomártelo tan en serio— le dije, sonriendo para edulcorar un poco mi discurso.

Steve me miró fijamente. —Si yo estuviera en tu lugar, me andaría con cuidado. Quiero decir que me lo pensaría dos veces antes de decepcionar a Sir Frederick...

Antes de darme tiempo a elaborar una respuesta lo suficientemente cáustica, de un salto, Steve subió a su autobús y le gritó un jovial —¡En marcha!— al conductor.

Los pequeños autobuses eléctricos se deslizaban raudos por las estrechas calzadas, cada uno transportando su carga respectiva a su destino correspondiente en el complejo. Respondí a las preguntas de los pasajeros de un modo casi mecánico, acogiendo de buen grado los comentarios elogiosos acerca de la riqueza de la vegetación, que parecía querer colarse por las ventanas del autobús a medida que avanzábamos. Antes de que descendiera el primer pasajero, les hice un avance del plan para el resto del día y les di los detalles acerca de la mariscada que se celebraría esa noche, cuyo anfitrión sería Sir Frederick Salway, Presidente de la Australian Pan Pacific.

Tardamos una hora en instalar a cada uno de los representantes en su respectivo alojamiento y cuando al fin me hallé a solas en la veranda de mi pequeño bungalow, me di cuenta de que estaba harta de sonreír.

Todos los edificios de la isla de Tern, excepto los que albergaban el centro de recreo y las oficinas de administración, se encontraban hábilmente camuflados por exhuberantes cortinas de vegetación tropical. Había tres tipos diferentes de alojamiento: bloques de dos pisos de apartamentos familiares independientes, cabañas de lujo, cada una con su propio jardín, y pequeños búngalos de una o dos plazas, situados al abrigo de los cocoteros que delimitaban la medialuna de la playa.

De pronto noté que me sumía en una letargía poco común en mí pero muy a tono con el sopor propio de la isla. *En* el mismo instante en que bostezaba, un pavo real desplegó ante mis ojos su espectacular cola, haciendo alarde del colorido de sus plumas.

—Eres muy hermoso— le dije. Me miró con desdén y con un bamboleo pomposo, se alejó en dirección a un matorral opulento. Una brisa ligera retozaba con las espesas frondas de las palmeras que pendían sobre mi cabeza y revoloteaban mariposas de mil colores entre las extravagantes flores.

¿Qué más podía pedirle a la vida, sintiéndome parte de esta belleza?

Consulté la hora para asegurarme de que aún me quedaba bastante tiempo antes del almuerzo. Me puse el traje de baño y una buena cantidad de loción protectora, a pesar de que mi piel es aceitunada y me bronceo con facilidad; recorrí a pie la corta distancia que había entre mi bungalow y la blanca playa coralina. Los finos granos de arena crujían bajo mis pies y a medida que avanzaba, una multitud de pequeños cangrejos, alertados por la amenaza de mi sombra, se daban a una fuga lateral.

No había surfistas; el Gran Arrecife de Coral impedía el avance de las olas grandes y oscuras del Pacífico, por lo que el agua era clara y tranquila. Comencé a caminar en el líquido tibio y cristalino, deleitándome en la sensualidad de ese contacto. Cuando la profundidad fue suficiente para nadar, me adentré en el mar mediante un par de brazadas superficiales. Floté boca arriba en el agua y entrecerré los ojos para protegerme del sol.

La imagen era paradisíaca, digna de algún folleto turístico de lujo: una playa blanca salpicada de adoradores del sol y de tumbonas dispuestas estratégicamente, sobre un fondo de cocoteros bajo cuya sombra brotaba una capa de helechos y plantas frondosas que albergaban multitud de florecillas de hibisco de colores. En cambio, en el extremo meridional de la playa, los manglares agolpados junto a la orilla,

proyectaban una sombra más compacta y viscosa, que, con sus bosquecillos diminutos de raíces sobresaliendo entre la arena, resultaba casi siniestra.

No quería abandonar la caricia lánguida del agua, pero tenía cosas que hacer. Nadé despacio hacia la orilla, cogí la toalla y las gafas, consulté el reloj y me retiré a descansar durante unos minutos bajo la escasa sombra reflejada por las frondas que delimitaban la playa.

Me tendí sobre la arena y sin quererlo pensé en Lee Paynter. Aunque durante los últimos doce meses me había dedicado al mercado turístico europeo, el nombre y la reputación de esta americana no me eran desconocidos.

Lee Paynter estaba considerada en el mercado del turismo internacional como el arquetipo del tour operador americano: una mujer de negocios brillante que había logrado introducir sus viajes programados en los países menos receptivos, abriéndose paso por los laberintos de la burocracia, haciendo uso de cualquiera de sus contactos influyentes en el gobierno estadounidense o recurriendo incluso, según se rumoreaba, al soborno o al chantaje, cuando su encanto personal no bastaba para lograr su propósito.

Cogí un puñado de la finísima arena coralina y dejé que se escapara entre mis dedos. *Australasian Pan Pacific*— una organización privada creada en favor de los intereses turísticos de Australia y Nueva Zelanda— llevaba tiempo detrás de Lee Paynter, a sabiendas de que la implicación de su empresa en la región del Pacífico resultaría muy beneficiosa para el turismo. Así pues la presencia de un personaje de la relevancia de Lee Paynter en la convención constituía un logro considerable, y lo era más aún el que hubiera accedido a evaluar personalmente los destinos, así como la actividad de los tour operadores australianos.

Recordé como durante la sesión preparatoria previa a la convención que tuvo lugar en Sydney, Sir Frederick, Presidente de A.P.P., me había dicho con su sonrisa carismática—Alexandra, quiero que consideres a Lee Paynter como tu responsabilidad exclusiva. Cuídala bien y procura que esté contenta. Haz todo lo que te pida — Sus labios temblaron ligeramente bajo su pulcro bigote blanco y añadió —...dentro de un orden, claro está.

Me preguntaba ahora si estas palabras no tendrían un doble sentido, si Sir Frederick no habría dado por hecho que yo sabía que Lee Paynter era lesbiana.

—No olvides— concluyó —que te estamos brindando la oportunidad de demostrar lo mucho que vales. Si lo haces bien, subirás como la espuma, te lo garantizo.

Adoraba mi trabajo, el turismo me enganchó desde el momento en que obtuve mi primer empleo en una agencia de viajes, y ahora se presentaba ante mi una posibilidad real de que A.P.P. ampliara su red de negocios con el fin de atraer el turismo asiático a Australia. Gracias a la experiencia que había adquirido en Europa, tenía muchas posibilidades de llegar a ser director de zona en poco tiempo.

Sir Frederick conocía mis pretensiones y simplemente me estaba brindando la posibilidad de demostrar mi valía. Contrario a lo que había sugerido el comentario sarcástico de Steve, no había necesidad de buscar intereses personales en la atención que me dispensaba o... ¿tal vez sí?

Últimamente tenía la ligera impresión de que la atención de Sir Frederick me dedicaba iba más allá de un mero interés profesional.

La sensación de hambre me avisó de que era hora de vestirse para el almuerzo. Me puse en pie, me estiré, eché un último vistazo a la playa sinuosa, casi con pena y remonté los escalones que conducían a mi búngalo.

De nuevo pensé en Lee Paynter. Estaba convencida de que trabajar con ella iba a resultar lo que eufemísticamente se llama en los seminarios “un reto”. Tenía que hacerlo bien, por difícil que fuera esta mujer. Me sentí como si estuviera a punto de librar una batalla contra un adversario peligroso.

¿Qué coraza emplearía? La respuesta fue inmediata: la indiferencia, disfrazada de cortesía. Sería mi mejor defensa.

***

Esa tarde, en lugar de tomar el minibús, decidí ir paseando tranquilamente al aeropuerto. Avancé por los pulcros caminos, admirando la habil labor de jardinería del complejo: la disposición de la espesa vegetación tropical que camuflaba los edificios y revestía los caminos de gran profusión vegetal y cromática, parecía un producto del azar.

Un embarcadero pequeño y robusto señalaba el final de la playa. Me detuve a contemplar los yates anclados que se mecían sobre el agua. Una garceta blanca chapoteaba con sigilo junto a los recios pilares de

madera con la atención fija en el agua ondulante. De pronto, con un movimiento rápido, extendió su largo cuello, atrapó algún manjar marino y tras deglutirlo rápidamente, se sumió de nuevo en su estado contemplativo. Intenté imaginar la vida desde la perspectiva de un pequeño crustáceo y llegué a la conclusión de que servir de aperitivo a una garceta era, cuando menos, una forma rápida de pasar a la posteridad.

Recorrí el embarcadero, con la única compañía del eco que producían mis sandalias al pisar sobre las maderas gastadas. Un solitario pelícano blanco y negro me miró de reojo con severidad, con el buche escondido entre el plumaje de su pecho. Me apoyé en la baranda y contemplé los barcos. El resplandor del sol bruñía la superficie inquieta del agua y las naves blancas parecían querer desprenderse de sus amarras y echarse a la mar. Sonreí. Me prometí a mi misma que algún día recorrería toda la costa de Queensland en un velero, empapándome de toda la belleza de Withsday Passage; al atardecer me detendría en cualquier isla desierta a cenar lo que el mar me brindara ese día y me tendería después en la cubierta de mi barco a contemplar el lento revolver de la Vía Láctea...

Pero no podía hacer todas esas cosas sola; ese tipo de experiencias había que compartirlas. De pronto me puse triste. Entonces nunca las haré, pensé.

Había perdido mucho tiempo. Si no me apresuraba llegaría tarde para recibir el vuelo. El aire cálido, que antes me resultaba delicioso, parecía ahora obstaculizar mi marcha. La primera impresión es la que cuenta, quería que Lee Paynter hallara en mí una persona eficiente, relajada y disciplinada,

no que me viera sudorosa y acelerada.

2

El avión no llegó a la hora prevista, por lo que, antes de su llegada, tuve tiempo de recobrar el aliento y charlar ociosamente con los miembros restantes del comité de bienvenida.

—Hola Alex. ¿Te pongo un hibisco en el pelo?—Tony Englert, un gordito alegre y extrovertido, era la mano derecha de Sir Frederick. — Te daría un aspecto desenfadado e informal. Justo lo que necesitas para impresionar a tu yanqui.

Al tiempo que rechazaba su oferta entre risas, comenzamos a escuchar el zumbido del avión que se aproximaba. A lo lejos, parecía un juguete teledirigido. Enfiló hacia su meta surcando el cielo de la bahía con estrépito y aterrizó después con suavidad. A continuación rodó hasta pararse frente al cartel que, en cálidos tonos melocotón rezaba: — Bienvenidos a la isla de Tern — Retrocedí levemente, consciente de que sentía cierta ansiedad... o tal vez recelo fuera una palabra más apropiada.

En primer lugar descendió una mujer, a la que reconocí de inmediato por haber visto sus fotografías en la prensa. Llevaba un traje de chaqueta azul pálido de corte clásico y su bisutería de plata espejeaba bajo el sol mientras se acercaba a nosotros con paso ligero, maletín en mano, y pisando con aplomo. Salí a su encuentro y al acercarme vi que era de mediana estatura, aunque parecía más alta porque caminaba con la cabeza muy erguida y los hombros estirados hacia atrás. Su pelo, corto y muy cuidado, era de rubio, con algunas mechas más oscuras. Tenía las facciones muy marcadas: la nariz un poco aguileña, la boca de contorno definido y la mandíbula de trazo poderoso.

Cuando se quitó las gafas, sentí como sus ojos de color gris pizarra me escrutaban.

Sonreí y le di la mano. Pensé, ¿Qué ves en mí sino una mujer normal y corriente, un poco más alta que tú y más rellena, de pelo y ojos oscuros, y con una cuidada expresión de cordialidad? ¿O tal vez no sea para ti más que alguien que está obligado a complacerte en todo y que no merece mayor consideración?

Lee Paynter miró mi placa de identificación. —¿Cómo te gusta que te llamen, ¿Alexandra?

—Alex está bien.

—Muy bien. Yo soy Lee, claro.

Hablaba con un ligero acento americano, —cierto deje que confiere a las palabras un giro desconocido—, y a pesar de ser rubia, su voz era profunda, de un timbre grave que casi rozaba la ronquera. Concluidos los formalismos introductorios, Lee Paynter centró su atención en el negocio y dirigió su mirada hacia el personal que en ese momento recibía a los pasajeros.—Quiero asegurarme de vuestros procedimientos de recepción. Lo que busco es un servicio eficiente y ágil, capaz de mover los grupos con rapidez para que se instalen lo antes posible y comiencen a divertirse.— Su mirada se dirigió a mí de nuevo y añadió —Después me gustaría relajarme con un buen partido de tenis. ¿Crees que podrías encontrarme a alguien que sepa jugar?

—Yo misma jugaré contigo.

—¿Juegas bien?

Molesta, respondí con cierto retintín: —Sé jugar.

La vehemencia de mi respuesta suscitó una sonrisa leve en la americana, pero no hizo comentario alguno. Mientras caminábamos hacia el minibús, le hablé someramente sobre los procedimientos de inscripsión de los visitantes del complejo, cuidando que mi voz no delatara la irritación que me causaba su autoritarismo.

Tenía los hombros tensos. A partir de ese momento supe que la indiferencia era una opción con la que simplemente ya no contaba.

Estábamos solas en las pistas; el insoportable calor de la tarde habla ahuyentado al resto de los jugadores. Elegimos una pista resguardada del sol por un grupo de palmeras y comenzamos a pelotear.

Sentí cierta aprensión; Lee era un guarismo que aún no había logrado descifrar. A pesar de que me la habían descrito bien, para mi continuaba siendo un enigma. La conocía a grandes rasgos: el rumbo firme de sus negocios, su reputación de hábil empresaria... pero dada la complejidad de las relaciones personales, lo cierto es que eso no me daba demasiadas pistas acerca de cómo debía tratarla.

Sus ajustados shorts blancos y su camiseta de tirantes revelaban un pecho grande y un cuerpo de complexión atlética, muy cuidado y ligeramente bronceado. Era evidente que había aprendido a jugar tenis clásico, porque preparaba minuciosamente su postura antes de

cada golpe y sus tiros eran limpios.

No la perdí de vista ni un segundo. La arrogancia con que me había preguntado si sabía jugar me resultó irritante y no quería que me infravalorara. Pronto me vi envuelta en la cadencia placentera del tenis que ya conocía tan bien: el goce de cambiar suavemente de dirección, equilibrar la postura y después golpear. En el otro extremo de la pista, Lee realizaba esfuerzos paralelos, golpeando la pelota con fluidez.

El peloteo con un contrincante desconocido nos permite probar sus habilidades, percatarnos de sus debilidades y evaluar la fuerza de cada uno. Suelo ser bastante paciente antes de empezar el juego, pero en esta ocasión la ansiedad me hizo precipitarme. —¿Empezamos ya?

Lee esbozó una sonrisa. — Creo que he dado con una buena contrincante.

Jugó con la determinación que cabría esperar de ella, aprovechando cada oportunidad que se le brindaba para hacer un tanto, esforzándose en camuflar sus propias limitaciones y al acecho continuo de cualquier debilidad en mi juego que pudiera explotar a su favor. No se trataba de un simple partido de placer; las dos teníamos la intención de ganar.

Al menos en lo que respecta al tenis, suelo ganar. Mi juego es de primera: saque poderoso, buen

drive y estupendo dominio de la red. Quizás más importante que la técnica en sí sea el hecho de que no me rindo jamás. Nunca me doy por vencida, incluso cuando la partida parece estar perdida de forma irremisible. Esta perseverancia se la debo a mis padres, que en los tiempos en que competía de niña me inculcaron la máxima de: —no me rendiré jamás.

Analicé a Lee Paynter conforme avanzaba el partido, cada una ganando su servicio y me di cuenta de que al menos desde el punto de vista técnico mi juego era superior, aunque no podía tener la certeza de ganar, por muy buenos que fueran mis golpes, ya que me hallaba ante una contrincante muy tenaz. Lee recorría la pista con una rapidez engañosa. Sus golpes eran firmes, poderosos y ni siquiera la velocidad y exactitud de mis mejores jugadas lograban intimidarla.

Me costo mucho romper el saque de Lee para ganar el primer set a seis cuatro. Cometí el error de relajarme un poco y tras comenzar el segundo set con un imparable ataque de Lee, en pocos minutos me

encontré con que me llevaba dos juegos de ventaja. La lucha me estimulaba, me vigorizaba. Me concentré y me empeñé en igualar el tanto a dos—cero.

Pensé en dejarla ganar ese *set*. Era probable que lo ganara de todos modos, al fin y al cabo mi obligación consistía en hacer que su estancia fuera agradable y no en irritarla con una derrota.

Lee aprovechó mi lapsus de concentración para ganar los dos juegos siguientes. Ibamos a dos—

cuatro. Sonreí para mis adentros y pensé:—¡Al diablo! Le ganaré si puedo.

Las dos estábamos ya sin aliento, empapadas en sudor y tensas en nuestro propósito de ganar.

Decidí apretar las tuercas un poco más y comencé a fustigar la pelota con todas mis fuerzas. Lee a su vez respondió con obstinación. Intentó dar alcance a todos mis golpes, incluso aquellos que eran claramente ganadores, procuró romper el ritmo del juego lanzándome globos imposibles y explotando al máximo la ligera debilidad de mi *drive*. En resumidas cuentas, hizo todo lo que pudo por agotarme.

Cuando íbamos seis iguales, Lee dijo: —¿Desempate? Es más que nada por jugar un poco más.

A pesar de que el calor comenzaba a agotarme, asentí sin vacilar. Proseguí el juego. El ruido de los golpes y el patrón recurrente de expectación, movimiento, preparación y golpe me hipnotizaron. Mi contrincante se convirtió en la compañera de un ritual que era algo mas que un simple partido de tenis... mente y cuerpo competían a la vez, con objetivos diferentes y las ambigüedades de las relaciones humanas habían sido sustituidas por la certeza de las normas y los convencionalismos.

Casi con decepción, lancé el último golpe desde la línea de banda.

Lee se acercó riendo y me dio la mano ceremoniosamente. —¡Estupendo! Nunca había disfrutado tanto perdiendo. Pero me gustaría una revancha. ¿Qué te parece mañana por la mañana, antes de que haga demasiado calor? ¿Crees que habría tiempo de jugar un partido?

—¿Prefieres jugar o montar a caballo? Es lo que está previsto en el programa para antes del desayuno. Después tenemos una visita a la colonia de artistas.

—Entonces prefiero cumplir con el programa. Me gusta comprobar las cosas por mí misma.

Dejaremos el tenis para otro momento.— Me dirigió una mirada especulativa. —¿Eres tan buena montando como jugando al tenis?

—La verdad es que no.— Mi respuesta había sido algo seca. Tenía la impresión de que Lee Paynter, acostumbrada a valorar a los demás en función de la utilidad que pudieran reportarle, intentaba decidir si aparte de mi habilidad para jugar al tenis, había algo más en mí que mereciera la pena.

—¿Quieres tomar algo?— me preguntó como si no se hubiera percatado del tono de mis palabras.

Su tono afable despertó mi desconfianza; perversamente, no deseaba que su hospitalidad mitigara mi irritación. Consulté el reloj, disentí con la cabeza y le dije con el pertinente tono lastimero —No pensé que el partido había durado tanto. Lo siento, aún tengo algunas cosas que hacer antes de la cena de presentación de esta noche... ¿Quieres que pida que te lleven algo de beber a tu búngalo o prefieres tomártelo en la piscina?

—Gracias, pero sé cuidar de mí misma. Te veré esta noche.

Acababa de rechazarla con mucha diplomacia. La observé alejarse con paso decidido y una arrogancia que me parecía casi insultante. No obstante, tenía que admitir que Lee Paynter tenía razones más que suficientes para sentirse segura de sí misma; el prestigio y la influencia que había logrado le estaban más que merecidos.

Siempre he sido una experta en camuflar mis verdaderos sentimientos, por lo que estaba casi segura de que Lee no había notado la incertidumbre que sentía. Quería que me viera como una persona serena, relajada, segura y con autodominio, para que no sospechara que su bienestar era determinante en el curso de mi carrera profesional.

Desde la mesa oficial se divisaba toda la sala. A medida que los invitados ocupaban sus respectivos sitios, un murmullo de expectación iba llenando el comedor. En el exterior se había impuesto ya con su brusquedad habitual la oscuridad cálida de la noche tropical. En el interior, iluminado con una luz artificial deslumbrante, se exhibían en un ambigú todo tipo de mariscos, primorosamente colocados sobre una multitud de mesas decoradas con helechos exóticos y flores de las especies más extravagantes. La amplia selección de ensaladas y las

enormes rebanadas de pan se disputaban el espacio con fuentes repletas de ostras, langostas, langostinos, pescados de la bahía de Morton, cigalas, cangrejos y peces martillo.

Había llegado al comedor con bastante antelación acompañada de Tony Englert, la mano derecha de Sir Frederick, para asegurarme de que todo transcurría con normalidad. Finalizadas nuestras tareas, Tony fue a birlar una botella devino como recompensa, dijo, a nuestro rotundo éxito.

Regresó con un Chardonnay, llenó ambas copas y se puso a contarme una historia muy divertida acerca de no se qué funcionario inepto que pretendía interferir en la industria turística privada.

Finalizó su relato con una carcajada, me apretó la mano y fingió una mirada lujuriosa. —Alex, cariño, el azul te sienta realmente estupendo.

A ti— le seguí el juego — te sienta irresistiblemente bien ese blanco desteñido.

Miré su traje de color claro. —Tal vez más desteñido que blanco.

Tony es una de las pocas personas con las que enseguida me siento relajada. Aunque el término

“agradable" resulte recurrente, es la palabra que mejor le define. Me resulta muy agradable tenerle como amigo y su compañía es también muy agradable. Es muy inteligente y a la vez muy abierto, sencillo, y de una generosidad de espíritu muy a tono con su esplendorosa corpulencia.

Se reclinó en su asiento, que crujió en señal de protesta. —Dime, qué tal está La Paynter?

—Estuvimos jugando al tenis esta tarde... y me temo que le he ganado.

—¡Oh, una jugada perniciosa para tu carrera!

Su expresión lúgubre me hizo reir. —¿Crees que he metido la pata?

—Probablemente no. A Lee le gustan las personas muy directas. Si logras despertar su admiración, lo tienes hecho.

—¿Tú la conoces bien, Tony?

—No especialmente, pero lo que sí te puedo asegurar es que tú eres la

persona más adecuada para tratar con ella.

Mi expresión de sorpresa suscitó su sonrisa. —Porque Alex querida, a Lee Pavnter le encantan los retos y tú sin duda eres uno.

—¿Qué quieres decir con eso?

Tony se negó a dar más explicaciones, consultó el reloj y se excusó diciendo que iba a recibir a Sir Frederick, que en breve llegaría al pabellón. Entretanto me dediqué a charlar animadamente con el resto de los comensales, incluido Steve Monahar, quien obviamente no había perdido ni un segundo en cultivar su amistad con la hermosísima Hilary Ferguson. Haciendo alarde de toda su galantería, la había escoltado hasta su sitio y ahora se jactaba ante todos de la buena impresión que le había causado. Desconecté de su onda ya tan conocida para mí, bebí un trago de vino y comencé a examinar las mesas una por una, marcando mentalmente con una cruz los nombres a medida que iba reconociendo a los invitados. Muchos de ellos se conocían ya de haber colaborado en alguna empresa turística; además, por lo general, las figuras relevantes del turismo internacional estaban adscritas a un club de ámbito mundial de carácter lucrativo por lo que con frecuencia, el zumbido de la conversación culminaba en una carcajada sonora o en una bienvenida llena de entusiasmo.

En este tipo de situaciones, el ruido de la zumba y el fluir de la conversación ligera y animada de los demás me hacían ser consciente de mi individualidad, de mi desapego. Y como siempre, me preguntaba cuál sería la causa. No es que fuera incapaz de reaccionar ante los demás, de sentir afecto o de involucrarme en la vida de los otros; se trataba más bien una cautela innata que me impedía abandonarme a emociones demasiado intensas. Necesitaba dominar las situaciones. "Dominio" era una palabra que empleaba con frecuencia. Me sentía segura cuando dominaba una situación, porque entonces apenas cabía esperar sorpresas desagradables. Pensé con sarcasmo: —No seas tan crítica contigo misma... también sabes ser espontánea, siempre que lo tengas previsto, ¡claro!.

En ocaciones me preguntaba si no le faltaría alguna dimensión a mi persona, un nivel de sensibilidad más profundo, como el que parecían experimentar los demás. Nunca entendí bien a lo que se referían mis amigas cuando decían estar enamoradas. Los sentimientos arrebatadores y apasionados que describían se me antojaban más incómodos que extáticos. No obstante, era capaz de sentir amor: quería a mis amigos más íntimos y desde luego, quería a mis padres. Es cierto que habían sido muy estrictos conmigo cuando niña y que

siempre fueron poco efusivos, pero, aún así, nunca dudé que me quisieran.

Recordé que a los veintitantos me enojé mucho con ellos porque decidieron trasladarse de Sydney a Canberra, donde reside la única hermana de mi madre. La idea demudarse, por supuesto, había sido suya. Mi madre es una mujer de voz candorosa que jamás pierde los estribos y mucho menos aún sucumbe a un arrebato de pasión, pero siempre se sale con la suya. Ahora las reuniones familiares son poco frecuentes y aunque no somos aficionados alas fiestas de cumpleaños ni a las grandes celebraciones de Navidad, procuro viajar a Canberra siempre que puedo con motivo de los cumpleaños de mis padres, ambos en Junio, y de nuevo en Diciembre para pasarla Navidad en familia Diciembre me hizo pensar en el cumpleaños de Carl y sin quererlo, en mi matrimonio. Ni siquiera ahora, algunos años después del divorcio, lograba comprender por qué me casé con Carl, cómo pude creer que unas cuantas palabras pronunciadas al pie de un altar transformarian, como por arte de magia, a la joven reservada que siempre había sido, en una esposa cariñosa y amante.

Comenzaron a desfilar ante mí recuerdos que normalmente procuraba ignorar. Había llegado al lecho matrimonial ya sabiendo lo que era el sexo; no sólo no me había casado virgen sino que en mi

juventud me había afanado en adquirir la experiencia necesaria en ese campo, siguiendo el ejemplo de mis amigos. No obstante, siempre, o al menos así lo recordaba ahora, me había llamado la atención el entusiasmo desmedido que mostraban por un acto que a mí me parecía no desagradable, pero sí al menos vacío de significado.

Apreciaba mucho a Carl y disfrutaba con su compañía. La idea de compartir el resto de mi vida con él no me asustaba ni me parecía imposible. Habíamos crecido juntos, teníamos gustos afines y proveníamos de entornos similares. Estaba cómodamente instalada en el juego placentero del noviazgo y me gustaba tener a un hombre alto y atractivo como Carl a mi lado. Como correspondía a mi habitual cautela, quise vivir con él antes de decidirme al matrimonio, pero la estricta moral de mis padres me obligó a descartar esa posibilidad. Además, Carl parecía estar tan seguro, tan convencido de que estábamos hechos el uno para el otro...

Llevando una vida convencional logré apartar de mí la inquietante atracción que sentía por mi propio sexo; aquellos sentimientos y deseos prohibidos, sencillamente impensables, que pensé que desaparecerían con el paso del tiempo. Mantenía con Carl una relación

de novios corriente en la que me sentía a salvo, con la obligatoria ración de sexo siempre que tuviéramos la oportunidad. Además aún me quedaba el recurso de refugiarme en mi propia habitación, en mi propia cama, cuando quería escapar de la proximidad, a veces asfixiante, de Carl. Por aquel entonces ya me delataban mis sueños y mis fantasías escandalosas, llenas de mujeres lascivas a las que yo me entregaba con atormentado placer.

De alguna manera logré convencerme de que estos anhelos se desvanecerían en la práctica constante de una vida heterosexual. Creí estar preparada, pero la intimidad que imponía la vida matrimonial me parecía un asalto a mi persona. No fue culpa de Carl; él era afectuoso y bueno, y yo por mi parte hacía grandes esfuerzos por desempeñar adecuadamente el papel que me había correspondido. Aparentemente logré mi objetivo, pues nadie pareció sospechar nunca nada extraño.

Mis padres aprobaban nuestro noviazgo y Carl comenzó a hablar de fundar una familia.

Decía que me amaba; de lo que nunca me cupo duda es de que me deseaba. Ahora intento visualizarle y curiosamente apenas logro recordar su rostro, aunque sí guardo un vivo recuerdo de sus manos, siempre ansiosas por tocarme, y del gozo que le producía el hecho de sentirse mi dueño.

También recordaba con toda viveza aquella noche crucial, como si yo misma hubiera filmado la escena. En principio era como una noche cualquiera: fatigado después de hacer el amor, Carl dormía.

Me rodeaba con el brazo, como si estuviera custodiando inconscientemente el objeto que consideraba de su propiedad. Durante un rato me dediqué a mirar las figuritas que las luces de la calle proyectaban en el techo y de pronto me dije: —Ya basta. Se acabó.

¿Por qué esa noche en particular? Tal vez fuera la pequeña tiranía a la que Carl me había sometido cuando, tras esforzarse largo tiempo en lograr que ambos gozáramos por igual, me dijo con tono de reproche: Cariño, no me sirve de nada a no ser que te corras tú también.

Sin duda me resultaba mucho más fácil fingir un orgasmo que seguir intentándolo, porque rara vez llegaba a experimentarlo haciendo el amor, pero en esta ocasión me negaba a someterme a sus exigencias de funcionar como una máquina y me irritó que se burlara de mi fracaso. Le dije que estaba cansada y que me dolía la cabeza, pero él

siguió insistiendo en darme placer. Finalmente me vi obligada a fingir una vez, más, doblegándome así a su voluntad.

Carl dormía plácidamente y yo permanecía tumbada en silencio junto a él. Experimenté un gran alivio ante la decisión que acababa de tomar, aunque sabía que tendría que enfrentarme a la incomprensión de mis padres y a un marido afligido y perplejo.

Sabía que me iba a resultar casi imposible explicarlo, por lo que estaba preparada, casi deseosa de que me culparan porque con ello lograría aligerar mi conciencia.

Cari, desde luego, se había mostrado aturdido; mis padres estaban perplejos.

—¿Divorcio?— había dicho mi madre, como si tan solo la mención de la palabra le produjera un profundo desagrado. —No puede ser Alex. Una separación, quizás, pero no has de precipitarte a tomar una decisión tan tajante.

Efectivamente tomé la decisión tajante y aunque Carl resistió hasta el límite de sus fuerzas al final, perplejo me dejó en paz.

Abandoné mi ensimismamiento; Sir Frederick había irrumpido en el comedor. Durante un instante se detuvo en la puerta para contemplar la estancia. Iba impecable con un traje de verano de color claro; el tono bronceado de su piel contrastaba con su espesa mata de pelo cano y el trazo limpio de su bigote pulcro y blanco realzaba su nariz eminentemente aristocrática. Mientras atravesaba el salón, sonriendo y saludando con la cabeza, dirigió su mirada a un invitado de especial relevancia.

Contemplé su avance con respeto, no sin cierta diversión, a sabiendas de que estaba minuciosamente ensayado, pues aquella misma tarde habíamos estado revisando la configuración de los asientos con el fin de asegurarnos de que las lumbreras más influyentes de la industria turística recibieran una atención especial.

El ruido de la conversación se acalló y, con un acento británico que tantos años en Australia apenas habían logrado suavizar, Sir Frederick comenzó a pronunciar un breve discurso de bienvenida en un tono desenfadado y con un ligero toque de ironía. Me admiraba la facilidad con que retenía la atención de los más de cien profesionales, ya muy curtidos, que conformaban la audiencia.

Lee Paynter había entrado justo detrás de Sir Frederick y había

tomado asiento en uno de los extremos de la mesa presidencial. Llevaba un sencillo vestido de lino blanco y su único adorno consistía en un brazalete de malla de plata que brillaba cada vez que alzaba el vaso para beber. Parecía estar muy atenta al discurso de Sir Frederick; sus ojos grises estaban fijos en él y sus labios dibujaban una sonrisa en los momentos oportunos. De pronto volvió la cabeza y me miró a los ojos.

Me sentí avergonzada, como si me hubieran descubierto haciendo algo malo. Sonreí con cortesía y retiré la mirada, fingiendo estar atenta a las palabras de Sir Frederick.

No había motivo de alarma. Lee Paynter no podía siquiera sospechar que nuestras naturalezas fueran afines, ni que sintiera hacia ella una atracción irresistible. Y nunca lo sabría. La relación con mis padres y mi carrera profesional ya habían estado a punto de irse al traste y de ningún modo iba a permitir que volviera a ocurrir.

Sé racional Alex. Vas a tener que tratar con Lee Paynter durante una temporada. ¿Qué es lo que representa para ti? No es más que una cliente de la que debes ocuparte, cuya satisfacción y bienestar te reportará un efecto beneficioso.

Era una transacción justa en el contexto de la situación; yo le sería útil a Lee Paynter y ella me sería útil a mí.

Sir Frederick concluyó su discurso con un giro gracioso, el público aplaudió y acto seguido, la atención se centró en la espectacular exhibición de mariscos.

Apesar de que me gusta el marisco, me parece un engorro comerlo con las manos y detesto el espectáculo voraz de este tipo de comilonas, que por lo general nunca se da con los menús más convencionales, las enormes pilas de platos, los comensales entregados en cuerpo y alma a la tarea de destrozar caparazones para extraer de ellos a sus ocupantes, succionando ruidosamente patas de

crustáceos, sorbiendo ostras con glotón entusiasmo.

Tan pronto como pude escaparme sin que resultara demasiado evidente, salí a pasear sola por la playa desierta. La luna aún no había salido y las estrellas resplandecían fulgurantes. Como siempre solía hacer busqué la constelación de la Cruz del Sur, que sólo puede contemparse desde este hemisferio. Además de formar parte de la bandera Australiana, para mí es también una especie de talismán particular; o belleza y su perdurabilidad me reconfortan en un mundo

cambiante y caprichoso.

De pie, con las manos tras la espalda, observé el carro que dibujaban cinco estrellas y las dos estrellas vigía.

Estoy mejor sola...

Fruncí el ceño, preguntándome qué necesidad tenía de recordármelo.

3

Fui a recoger a Lee por la mañana temprano. Llevaba una camisa blanca reluciente, pantalones y botas de montar. Enseguida me sentí en desventaja, pues yo no llevaba más que unos vaqueros viejos, ya que carecía del equipo apropiado para montar a caballo. Sin duda esta maldita mujer tenía el conjunto perfecto para cada ocasión.

Le dije —¿Y la fusta?

Mi tono burlón provocó su sonrisa. —Tampoco he traído el chaleco de caza, ni el gorro.

Había llovido durante la noche y el olor del aire era húmedo y penetrante. Un cochecito eléctrico nos condujo hasta los establos. Cuando bordeábamos el campo de golf, observé como a Lee se le iban los ojos detrás de una pelirroja llamativa que jugaba al golf con una amiga.

Sorprendida de mis propios pensamientos, miré en otra dirección. *Es que no te importa que los demás sepan que eres lesbiana, ni que hablen de ti a tus espaldas?Y* aún con más amargura, *¿Es que í*

estás buscando marcha? Porque si es así, conmigo no cuentes.

Lee me preguntó —¿Juegas al golf?

En ese momento la pelirroja acababa de efectuar un tiro con gran elegancia. Le dije —Es Sharon Castell, nuestra directora de publicidad y además juega muy bien al golf, mucho mejor que yo.

Podría arreglarte una partida con ella, si quieres— Estuve tentada de añadir que además, Sharon estaba pero que muy casada con un futbolista profesional.

—Conocí a Sharon en EEUU, formaba parte del equipo de A.P.P. por cierto, sí que me gustaría jugar al golf con ella.

—Veré lo que puedo hacer.

En los establos un grupo madrugador examinaba, indeciso, una manada de caballos aburridos al tiempo que un tipo escuálido les apretaba las cinchas y revisaba los bocados. El hombre nos preguntó con una voz nasal —¿Habéis montado alguna vez?— Asentimos y él rezongó —Veremos.

Nos indicó dos caballos que se encontraban amarrados aparte, y dijo —Más vale que sepáis montar, porque sino vais a tener problemas con estos dos— Lee ajustó los estribos y ante la mirada crítica del hombre, montó con presteza sobre el caballo gris. De un brinco, monté sobre el inquieto bayo y el tipo rezongó de nuevo. —Bien. Podéis ir saliendo mientras yo me ocupo del resto. El camino está bien indicado hasta la playa. Cuando lleguéis, seguid hasta el final y esperadme allí. Y no hagáis tonterías. ¿De acuerdo?

El sendero discurría por el bosque tropical, surcando el verde esplendoroso de la vegetación como una estría de color rojo terroso labrada a formón. Bajo el espeso follaje de árboles y trepadoras crecían con profusión helechos frondosos, que en climas más fríos serían considerados como un artículo de lujo. Flotaba en el aire un intenso olor, húmedo y tibio, a humus y madera podrida que, aunque penetrante, no era desagradable.

Fuimos al paso durante un tiempo, luego trotamos y finalmente, cuando el camino comenzó a ensancharse entre la espesa vegetación, nos pusimos a cabalgar. Hacia mucho tiempo que no montaba, pero mi cuerpo aún parecía recordar el placer de mantener el equilibrio y el ritmo del movimiento a lomos del animal. El agradable olor a cuero y a caballo me hizo sonreír. Miré a Lee Paynter. Su estilo de montar, relajado y seguro, denotaba una experiencia considerable. Como no.

Sonreí, no sin cierta congoja. ¿Es que tenía que hacerlo todo bien?

El sendero nos condujo hasta el extremo opuesto de la isla, donde la playa se convertía en una franja de arena de color ocre, delimitada a mi lado por la espuma que la brisa fuerte originaba al batir las pequeñas olas, y al otro por una maraña de plantas y desechos que la marea habia arrastrado.

Cercanos a la costa, los windsurfistas se deslizaban sobre sus tablas, aprovechando el viento y manteniendo un precario punto de equilibrio entre la velocidad óptima y el chapuzón ignominioso. A excepción de ellos, estábamos solas.

El caballo gris de Lee se enarboló alzando las patas delanteras y lucho impaciente contra las riendas. Lee miró a mi bayo, también Inquieto. —¡Te echo una carrera!— me retó.

-¡Vamos!

Dimos rienda suelta a los caballos que echaron a correr jubilosos, golpeando con sus cascos sobre la arena compacta con una cadencia

rítmica. Hinqué los talones en el flanco del bayo y éste comenzó a galopar como un purasangre, dejando detrás al gris. Me recliné sobre su cuello instándole a ir más rápido. Sus crines me latigueaban la cara, las imágenes de árboles y matorrales se difuminaban en un solo borrón verde y continuo, una bandada de gaviotas alzó el vuelo graznando asustadas.

El caballo de Lee galopaba sobre la arena dura de la orilla, rociándome de arena y agua a medida

que se acercaba al bayo.

—¡Te alcancé!— exclamó cuando estuvo a mi altura.

Mi caballo se disponía a saltar por encima de un enorme tronco que bloqueaba la playa. Me puse en pie sobre los estribos, proferí un grito eufórico de miedo y emoción, y tras el salto, el bayo tocó de nuevo el suelo con firmeza, para continuar su galope impetuoso.

Al mirar hacia atrás vi que Lee había logrado esquivar las ramas secas, se acercaba más aún a la orilla y de nuevo me ganaba terreno. Era una jinete excelente, audaz y guardaba el equilibrio a la perfección. Me adelantó justo antes de llegar a la maraña de maderos que señalaba el final de la playa.

Frenó con elegancia, derrapando y envuelta en una nube de arena; a mí me faltó poco para caerme del caballo porque éste, emulando a su compañero, había frenado en seco de repente.

—Empates— dijo Lee. —Tú me ganas al tenis, yo te gano a caballo.

Sentada cómodamente sobre el caballo que jadeaba, relajada, bajé la guardia. —¿Siempre eres así de competitiva?

—Siempre.

De pronto me di cuenta de que me había pasado de la raya y dije sin vacilar—Lo siento, no debí decir eso.

—¿Por qué no?

—Ha sido un poco grosero... podrías tomarlo como una crítica.

Lee rió entre dientes. —¿Lo es?

—No, claro que no— Su mirada fija me empujó a hablar de más. —Quiero decir... que yo soy tan competitiva como tú, pero procuro no

hacerlo tan evidente...

—Y encima ahora me acusas de ser demasiado evidente.

Era el colmo. *Esta mujer está jugando conmigo. Sabe que tengo la obligación de tenerla contenta, pero que me parta un rayo si vuelvo a pedirle disculpas...*

Por fortuna, el resto del grupo apareció al final de la playa.

—Voy a reunirme con ellos— dije, instando al caballo a moverse. Me alejé con el bayo, trotando sobre la arena. La imagen de Lee asintiendo con ironía permaneció fija en mi mente.

Ya me habían advertido de que Lee Pavnter era muy dura, exigente y difícil de complacer, así que

¿por qué diablos me empeñaba en polemizar con ella? Analicé la situación con tristeza: Quizás se tratara de una rivalidad profesional. O tal vez mi resentimiento radicara en la envidia que sentía por la seguridad que mostraba en sí misma.

Durante las convenciones Sir Frederick acostumbraba a convocar reuniones del personal por las mañanas, siempre que fuera posible, y no le gustaba que nadie se retrasara. En tan solo cuarenta minutos acompañé a Lee hasta su búngalo, me duché, me puse unos shorts, una camiseta de tirantes rosa, me prendí la tarjeta de identificación verde—oro, y me apresuré a reunirme con el grupo de unas veinte personas que conformaban la plantilla de A.P.P., en la sala de juntas del edificio de administración.

Sharon Castell y Steve Monahan me saludaron con la mano y me indicaron que me habían reservado un asiento, pero antes de que pudiera ocuparlo Sir Frederick me llamó a su lado. —

Alexandra, ayer me di cuenta de que abandonaste la cena muy temprano...

Sorprendida de que me hubieran echado de menos en esa espectacular mariscada, respondí —Lo siento Sir Frederick, estaba muy cansada y me escabullí tan pronto tuve ocasión. ¿Me necesitaba para algo?

Me dio unas palmaditas en el brazo. —Algunas cosillas, pero pueden esperar. ¿Cómo van las cosas con Lee Paynter?

— Bien.

Su expresión me indicó que esperaba una respuesta más concreta, asi que añadí —Muy bien. Esta mañana estuvimos montando a caballo

Excelente. Pero si te surgiera algún problema, o algo te preocupa a, no dudes en acudir a mí, Alexandra. Ya sabes lo importante que es tener a Lee contenta.

Cuando me reuní con el resto, Steve, que hoy más que nunca parecia el prototipo del macho australiano, me dijo con satisfacción —Ya te dije que Sir Frederick estaba muy interesado en ti. No sabe qué hacer para ponerte las manos encima.

Le clavé la mirada.

—No me mires así, Alex— prosiguió —porque no me cabe duda de que Sharon estará de acuerdo conmigo.

Sharon entornó los ojos. Cambiando de tema, le dije —Te he visto jugando al golf esta mañana.

¿Qué tal fue?

—Muy bien, aunque se me extravió una pelota en la maleza.

—A Lee Paynter le gustaría jugar una partida, pero yo no soy lo bastante buena; mis golpes son más bien machetazos. ¿Crees que podrías encontrar un hueco para jugar con ella?

Con un gesto expresivo respondió —Lo que sea con tal de tener al cliente contento. Hablaré con ella para fijar un día.

Le sonreí y pensé en lo mucho que apreciaba nuestra amistad firme y desinteresada. Sharon era una mujer grande en todos los sentidos; su físico era grande y su carácter expansivo. Tenía una sonrisa tan amplia que daba la impresión de tener más dientes de lo normal. De su cabeza brotaba una abundante cabellera de un color naranja brillante, que se derramaba en ondas espesas e irreprimibles.

Su afabilidad suscitaba siempre una respuesta favorable en los demás. No sólo apreciaba mucho a Sharon sino que, desde el punto de vista profesional, sentía admiración por ella. Era una excelente publicista y en gran medida había sido gracias a ella que la convención contaba con la presencia de un buen número de personajes influyentes. Me daba la impresión de que se tuteaba con casi todos los peces gordos del negocio, si bien esta familiaridad jamás rayaba en la conveniencia o el oportunismo.

Sir Frederick subió al estrado y se colocó tras el atril. Con unos golpecitos reclamó la atención de los asistentes, esperó que el murmullo de la conversación se tornara en un silencio respetuoso, y comenzó la charla. Su estilo era pulcro; iba vestido con lo que yo suelo llamar el “modelo tropical del caballero inglés", compuesto de una camisa tipo safari de color arena, corbata de seda, bermudas de color tostado, calcetines largos a juego y mocasines. Sobre la mesa descansaba el toque final de su atuendo; un sombrero de panamá de color crema, decorado con una franja de la misma tela que la corbata.

Aunque me parecía una idea ridicula, pensé en la insinuación de Steve acerca del interés personal

que Sir Frederick mostraba por mí. Era viudo; su esposa, una novelista respetada y elegante, había muerto hacía dos años. Se podría decir que era un buen partido dado que además de pertenecer a la élite y poseer un título nobiliario y mucho dinero, era una persona entrañable, de porte distinguido y que, a sus años, se conservaba muy bien.

Sonreí para mis adentros. ¿Sería posible que Sir Frederick me considerara la futura Lady Alexandra?

Steve me había estado observando. Me dio un codazo y dijo —¿A que te lo estás pensando?

Sir Frederick hizo una pausa, al parecer irritado porque alguien hubiera osado interrumpir su discurso. Esperó el tiempo suficiente para dejar bien clara su irritación y prosiguió sus breves comentarios hacerca de las actividades del día. Jackie Luff, su asistente, una mujer de facciones muy marcadas, comenzó a repartir los programas y Sir Frederick concluyó la charla con la habitual exhortación a sus tropas: —Y estoy seguro de que no necesito recordaros que nuestros invitados son personas muy influyentes. Quiero que disfruten cada segundo y que lleven consigo bastante más que una impresión favorable de Australia. Estamos aquí para demostrarles que nuestro país tiene mucho que ofrecer, y me refiero no sólo a los paisajes más espectaculares del mundo, sino también a nuestro modo tranquilo, afable y eficiente de hacer las cosas.

Como siempre, esperó unos segundos para que su arenga calara en todos nosotros y concluyó: —

Y por último, estamos aquí para asegurarnos de que todo marcha sobre ruedas, para promover la actividad turistica en Australia, Asia, y

como no, para divertirnos.

Stevc dio un bufido. —¿Para divertirnos? Yo ya estoy agotado. Me dio otro codazo. —Y hablando de diversión, ¿cómo te va con Lee Paynter?

—Steve por qué no te estás quietecito con el codo?

Ignoró mi comentario y dijo en un tono jocoso: —Tiene fama de ser muy rápida. Las usa y las tira, ya me entiendes— Había un toque de malicia en su sonrisa—¿No te ha entrado todavía?

Sharon alzó las cejas, pero yo permanecí impasible. —Aún no. Y es poco probable que lo haga, Steve.

Y seguía insistiendo, al parecer divertido, —Ten cuidado, porque si resultaras ser su tipo, tal vez te encuentres haciéndole de Celestina. No olvides que Sir Frederick insiste en que la hagamos feliz, por encima de todo...

Había colmado mi paciencia. —¿Es que me has tomado por un chulo, Steve?

Parpadeó. No estaba siguiéndole el juego. —Vamos, Alex. No era más que una broma.

—Pues no tiene ninguna gracia.

Steve odiaba sentirse en desventaja, así que de nuevo fue a la carga. —Lee Paynter no está nada mal, y además tiene pasta. Lástima que se eche a perder.

A pesar de que con el tiempo había aprendido que lo mejor era ignorarle, esta vez no pude resistirme. —Hablas así porque nunca ha mostrado el más mínimo interés por ti.

Sharon nos había estado escuchando con una sonrisa cínica. —Así se habla, Alex— me dijo.

Mi comentario no pareció ofenderle; todo lo contrario, parecía divertirle. —Es una verdad como un templo, querida, lo reconozco— Con una mirada lasciva, añadió —Te apuesto a que yo podría devolverla al buen camino si se me brindara la ocasión.

Sharon soltó una carcajada. —No me lo digas; a ver si lo adivino. Una maravillosa noche contigo

sería más que suficiente. ¿Verdad?

—Exacto. Lo que necesita es un buen polvo y para eso yo soy el hombre más indicado.

A Sharon le hizo gracia mi siguiente respuesta: —Me acordaré de decírselo. Seguro que le encanta tu oferta.

—Sólo pretende meter baza— dijo Sharon después que Steve se hubo marchado. —No dejes que te afecte. Es su forma de divertirse.

Me encogí de hombros. Steve y sus motivaciones me importaban un bledo pero, en este caso particular, ya era otra historia. —Sharon, ¿qué sabes de Lee Paynter?

—Supongo que no mucho más que cualquier otra persona. No creo que haya mucha gente que se atreva a acercársele lo suficiente. -¿Y...?

—Y es estupenda. Me gusta.

Le sonreí con afecto. —Sharon, a ti te gusta todo el mundo. Es tu trabajo.

—Sí, pero Lee me gusta de veras. Puede que sea altiva y puede que negocie sin escrúpulos, pero tiene integridad.

—Ya que me ha tocado ocuparme de ella, me sería de gran ayuda conocerla un poco más. Y lo único que sé es que es encantadora, aunque implacable, y que tiene fama de ser una persona muy difícil.

Sharon sonrió. —Si Lee fuera un hombre, le admirarían por su carácter diligente y disciplinado, pero como se trata de una mujer, resulta que es implacable y difícil.

Y que es lo que sabes de esta mujer tan implacable y difícil?

Extendiento los brazos dijo: ¿Te interesan los cotilleos, o prefieres los hechos?

Le puse una mano sobre el hombro, consciente de lo raro que era mi entablar el más mínimo contacto físico. —Lo que tú quieras contarme. Vamos, te invito a tomar un café, y así me pones al día.

El café de Tern era famoso, y no sólo por el café, pues además ofrecia una amplia selección de pasteles exóticos, tartaletas, torteles y pastas que convertían el cumplimiento de cualquier régimen en una autentica hazaña. Sharon proclamó que reprimirse era perjudicial para la salud, y escogió una ración de la tarta de chocolate más pesada,

empalagosa de todas las que reposaban, suculentas, en el mostrador refrigerado. Como a mí nunca me han gustado los dulces, de joven mis padres me prohibían siempre ese tipo de frivolidades, pedí unas gálletas saladas con queso.

Sharon miró mi plato con compasión. —Abandónate a las pasiones de vez en cuando, Alex. Ser puritana todo el tiempo es muy aburrido.

Su comentario me hizo reír. Protesté—No lo soy.

Sharon no sonrió. —Eres tan dura contigo misma. Da la impresión de que te impones unas normas y las cumples a rajatabla. ¿Es que nunca te das un respiro?

La conversación me incomodaba, sobre todo porque las evaluaciones que Sharon hacía de los demás solían ser inusitadamente acertadas. —No hablemos más de mí— dije con suavidad. —Veamos qué información tienes sobre Lee Paynter.

Sharon reflexionó mientras se llevaba a la boca un buen bocado de tarta. —Bien. Estamos ante una mujer que ha triunfado y que, desde luego, no ha llegado donde está comportándose como una santa.

De ahí todos esos comentarios acerca de que es una cabrona y una rompepelotas.

—Yo no he oído a nadie pasarse tanto...

—Seguro que sí, pero no has querido reconocerlo. Steve es un buen ejemplo. A él le fastidia el doble porque Lee es lesbiana declarada, lo que significa que no puede ser objeto de intimidación sexual, ni se la puede obligar a adoptar el papel de mujercita dócil.

Me quedé perpleja ante la ira que se traslucía en el tono de Sharon. —No sabía que pensabas así.

Se pasó los dedos por la melena rojiza. —Acuérdate de que trabajo en publicidad. Se supone que me gusta todo el mundo, ¿recuerdas?— Más seria, prosiguió —Sin duda sabes a lo que me refiero.

No podemos dormirnos en los laureles, siempre probando que somos mejores que nuestros adversarios masculinos y con cuidado de no revelar nada que pudiera considerarse una “debilidad”

femenina. ¿No es así?

Me encogí de hombros. —Supongo.

—Lee Paynter ha optado por no escalar puntos y por fundar su propia empresa y aún así tiene que tratar con empresas dirigidas por hombres a quienes les molesta que haya mujeres poderosas.

De pronto, sentí desolación. —Es tan deprimente.

—No, no lo es mientras existan mujeres como Lee que llegan arriba. Y sin haber heredado el negocio de la familia o de un marido. Se lo ha hecho todo ella sólita.

—Y en el plano personal, ¿cómo es?

Pensativa, Sharon puso el azúcar en el *capuccino*. —Creo que hay mucho más en ella de lo que se ve a simple vista, pero no es de las que lo muestran. Circulan muchos rumores sobre ella, claro, puesto que no hace nada por ocultar que es lesbiana. He oído decir que es muy promiscua, y lo cierto es que la primera vez que la vi en público estaba con una mujer y una semana después la vi con otra distinta, así que supongo que es cierto. Pero también te digo que Lee nunca mezcla el placer con los negocios. Como puedes imaginar, a más de uno le encantaría hacer circular rumores culpándola de acoso sexual.

Tomó un sorbo de café y añadió —¿Era eso lo que querías saber?

Me sentí incómoda. ¿Era sobre su vida personal de lo que en realidad quería hablar?. Carraspeé. —

Su empresa marcha muy bien...

—Desde luego. Lee Paynter sabe muy bien lo que quiere y casi siempre lo consigue— Sonrió y añadió —Y por si estás preocupada te dire que a pesar de lo que diga Steve, yo nunca he oído decir que Lee le trirara los tejos a ninguna mujer que no fuera homosexual...

—Y ya sabes cómo me gusta vivir la vida a tope— respondí en tono burlón.

La isla de Tern se distingue por tener su propia colonia de artistas. Fundada años atrás por un ceramista excéntrico, en la actualidad ocupa una pequeña extensión del bosque tropical a la que se accede a pie desde la playa. Se trata de un arreglo simbiótico: por una parte los folletos del complejo la describen como un elemento exótico más entre los muchos que brindan los paisajes tropicales, y por otra, los artesanos y artistas aprovechan la coyuntura para darle el sablazo a

los turistas curiosos.

Sir Frederick se había sumado al grupo de unas veinte personas para una visita temprana a la colonia. Estaba charlando con Hilary Ferguson, que llevaba un modelo de color crema tipo “safari”

muy elegante pero poco apropiado para la ocasión. Pensé en cómo su modelado acento inglés parecía estar fuera de lugar en el cálido marco iropical. Cuando terminó de hablar con ella se volvió hacia mí y me dijo algo acerca de fletar unos helicópteros para visitar el Cabo Tribulación.

Avanzó con decisión y se colocó a la cabeza del grupo, como si fuera el monitor de una excursión de niños. Nos pusimos en marcha y le seguimos como un rebaño. Flotando en el aire llegaban a nuestros oídos los fragmentos de la animada conversación que, con su acostumbrado acento inglés, mantenía con un tour operador japonés.

—Nuestro Fred está intentando ligar con el yen— dijo Steve colocándose a mi altura. En esta ocasión llevaba una versión verde kaki de su habitual conjunto australiano. Le miré al cinturón, como esperando encontrar un machete o un cuchillo enorme. —¿Dónde está Lee?— dijo.

—Por ahí delante, hablando con el delegado ruso.

—¿Ves? No se pierde una. Ahora que el antiguo bloque comunista se está abriendo al turismo, va a haber tortas por entrar —y ella va a ser la primera.

Steve se cortó cuando nos acercamos a Lee, que nos estaba esperando a un lado del camino. Se puso su sonrisa de niño. —Buenos días— dijo en un tono expresivo. —Alex te estará cuidando bien, supongo.

—Si, claro— Me gustó el modo en que alzó una ceja, con aire de asombro ante semejante pregunta.

Dubitativo, dijo. —Ah, estupendo. Y después de añadir un jovial, —Hasta luego— se reincorporó al resto del grupo, y se colocó junto a Hilary Ferguson.

Lee dijo, —¿Está siendo condescendiente, quizás?

—Sólo un poco— dije con brusquedad. Lee frunció la boca.

El zumbido incesante de los insectos invadía el aire, saturado de un

denso olor a humus. Para llegar a la colonia de artistas era necesario atravesar un puente colgante de madera tendido sobre un barranco tan atascado de maleza, que era imposible conocer con exactitud su profundidad.

Tras cruzar el puente, el camino se curvaba y se retorcía una y otra vez, en un intento de esquivar los troncos muertos y las enormes raíces de algunos árboles, que asomaban a la superficie. Las copas de los árboles bloqueaban casi por completo la luz del sol por lo que los heléchos y las palmeras, modestas plantitas en climas más fríos, crecían con profusión salvaje y emergían con fuerza de las capas densas de hojas y cortezas podridas. Las gruesas lianas que colgaban como lazos de los árboles que estrangulaban parecían formar parte de un decorado.

—No me extrañaría nada encontrarme con Tarzan saltando de árbol en árbol— dijo Lee. Me miró de reojo y añadió, —O mejor aún, Jane.

Esbozó una sonrisa y me pregunté que pensaría de mí, si es que pensaba algo. ¿Daría por sentado que era heterosexual? ¿O tal vez había presentido la verdad: que el sexo no me importaba demasiado, que no me interesaba?

La cadencia de su acento americano interrumpió mis pensamientos.

—Sir Frederick y yo hemos estado tanteando la posibilidad de realizar eco—tours en zonas hasta ahora inexploradas por el turismo americano.

—¿Mini—aventuras?— La denominación oficial me encantaba porque comprendía una buena dosis de audacia, sin renunciar a la comodidad.

— No tan mini. Más de uno estará dispuesto a pasar sin una ducha caliente cada día. Sir Frederick dijo que tal vez tú tuvieras algunas sugerencias. Me gustaría que elaboraras un itinerario detallado de todos los mini—tours posibles junto con una evaluación de los operadores de tierra existentes en la

zona. ¿De acuerdo?

— ¿Y para cuándo lo quieres?

— Lo antes posible.

Asentí con una sonrisa, aunque sentía amargura. Por supuesto, lo

quería todo lo antes posible. Y

Lee siempre obtenía lo que quería. Me permití el lujo de sentirme maltratada, pero tuve que admitir la triste realidad: estaba empeñada en encontrar algo en ella que me desagradara. No estaba a la defensiva porque me hubiera pedido esa información, ya que se trataba de una petición razonable; lo que me irritaba de ella era su actitud abierta con respecto a su sexualidad.

Me vino a la memoria el eco del tono dulce y a la vez mordaz de mi madre. —Todo el mundo comenta, Alex. Dicen cosas sucias y abominables acerca de ti y de Zoé. Cosas inimaginables...

Sin darme cuenta, absorta como estaba en mis pensamientos, llegamos al centro artesanal. Recorrí con la mirada aquella puesta en escena y pensé con ironía que todo era demasiado artístico. La espesura del bosque tropical se había despejado con el fin de permitir la entrada de luz natural que iluminaba las diversas esculturas que rodeaban el centro de atención, una piscina en la que se bañaban multitud de pájaros de colores brillantes.

El edificio principal estaba construido con planchas de madera coloreadas, que estaban cubiertas de trepadoras y florecillas. El tejado tenía mucha pendiente y estaba engastado con una serie de tragaluces de vidriera. A lo largo del vértice del tejado se erguían unas veletas magníficas, muchas de las cuales habían sido fabricadas con maderas viejas y trozos de metal esmaltado.

Un hombre con una barba espesísima irrumpió en la escena; llevaba un mono rosa que se daba de tortas con la tonalidad gengibre de su pelo. Se trataba de Malcolm, el principal artesano de la colonia.

Ya había escuchado su presentación en otras ocasiones y admiraba la habilidad con que conseguía hacer que su tan ensayado discurso sonara espontáneo. Nos condujo al interior de los talleres. Había una gran variedad de ellos: marroquinería, alfarería, tejidos y bordados, pintura, tallas de madera, joyería, esmaltado. Algunos de los artículos me parecían preciosos, sobre todo la joyería de plata engarzada de piedras semipreciosas, pequeños trozos de coral y conchitas.

De manera inconsciente me pregunté cuál le gustaría a Lee y escogí un collar de plata y coral. De pronto me sentí ridicula; ¿qué hacía escogiendo joyas para una extraña?.

Y antes de que te des cuenta, estarás tejiéndole un pullover.

Sonreí. Lee, por supuesto, habría dicho un *sweater*.

Me enojé conmigo misma. Era obvio que esta mujer me había calado hondo, y ni siquiera hacía dos días que había llegado. Desconcertada, me di cuenta de que sabía con exactitud dónde se hallaba sin necesidad de mirar; sabía que estaba detrás mío y a mi izquierda, sumida en una conversación con Malcolm el barbudo.

Me acerqué discretamente. Estaban hablando de los productos artesanales que podrían interesar más a los turistas estadounidenses, y del modo más sencillo de enviar las piezas más grandes a Estados Unidos.

Hice un esfuerzo por analizarla de un modo objetivo: tanto su aspecto como su tono denotaban inteligencia y una gran confianza en sí misma. Daba la impresión de ser una persona sensata, avispada, aunque también encantadora. Cuando escuchaba, lo hacía con atención y el lenguaje de su cuerpo indicaba que se concentraba en su interlocutor, como si en ese momento nadie en el mundo pudiera decir algo más interesante. Al hablar, el sonido de su voz era dulce, vital y sincero.

Por la repuesta entusiasta de Malcolm, deduje que Lee le había desarmado por completo. Desde mi posición de espectador me resultó facíl asegurarme que a *mí* no me desarmaría, que no sucumbiría susceptiblemente a su carisma.

Con un suspiro, Tony Englerl acomodó sus amplias formas en uno de los sillones. —Alex, querida, estoy hasta aquí de las bellezas de nuestro maravilloso país. Se colocó la mano a la altura de la nariz.

Su lono lúgubre me hizo sonreír y dije, —Tienes un poco de convencionalitis. Ya se te pasará.

Créeme.

Cerró los ojos, exagerando su cansancio. —A ti te resulta muy fácil decirlo, porque al menos haces algo interesante. Yo me limito a ser imprescindible, a ir detrás de Sir Frederick todo el tiempo. No tengo un momento de respiro.

Abrió bien los ojos. —A propósito, se le ve muy interesado en tu trayectoria profesional.

—¿A Sir Frederick?

—Al mismo.

—Pero, ¿qué es esto?— dije con una mezcla de resistencia e impaciencia. —¿Una conspiración?, deduzco que Steve Monahan te ha estado contando su versión de los hechos.

La voz de Tony cambió de repente, y dijo con saña, —¿Ese hijo de puta? Ya me gustaría verle colgado de las pelotas. Me quedé helada. Nunca había oído a Tony hablar con tanto resentimiento. —

¿Qué es lo que te ha hecho?

Se incorporó un poco y su rostro adoptó de nuevo la expresión agradable de siempre.

—Nada por lo que merezca la pena preocuparse.

Su tono me dejó bien claro que la conversación estaba zanjada, así que dije, —Lee Paynter quiere que elabore un perfil de los posibles *ecotours.* Parece que lo que está buscando es una especie de aventuras *light,* aunque no *light* del todo.

—¿Qué tal nuestro paquete *Aventurero?*.

Tony se refería aun paquete adicional diseñado por A.RR que ofrecía excursiones optativas para visitantes de entre treinta y cuarenta años, ávidos de aventuras y en buena forma física, actividades extenuantes y a veces hasta peligrosas como hacer *rafting* en Tasmania, acampada libre en Arnheim Land o explorar grutas junto al río Margaret, en el Oeste de Australia.

—Demasiado fuerte— dije. —En realidad se trata de turistas normales en busca de algo diferente y emocionante, pero que a la vez no sea demasiado incómodo. ¿Alguna sugerencia?

—Pues si: Broone y la región de Kimberley, para empezar. ¿Y qué me dices de Shark Bay? Está en medio de la nada, es un paraje muy hermoso y ha sido declarado patrimonio de la humanidad. ¿Qué te parecen mis sugerencias?

De pronto sentí un impulso afectuoso que me llamaba a acercarme a él y tocarle, pero me contuve.

—Un esfuerzo considerable— dije en tono burlón, preguntádome qué demonios me estaba ocurriendo. La buena y reprimida de Alex había estado a punto de sucumbir—horror de los horrores

— a un ataque de sentimentalismo.

4

Al día siguiente, justo antes de dar comienzo la reunión matinal, Sharon tomó asiento a mi lado y me dijo, —Esta mañana temprano estuve jugando al golf con Lee. Me hizo unas cuantas preguntas acerca de ti; una especie de interrogatorio sutil.

—¿Ah si?

Sharon hizo una mueca. —Puedes fingir que te importa un bledo, pero estoy segura de que te mueres de ganas por saber qué es lo que he dicho de ti.

Me incliné hacia adelante, intrigada, —Me interesa más saber lo que Lee quería saber y por qué.

—Es algo muy normal en ella... le gusta saber que táctica tiene que emplear con cada persona. Por eso se le dan tan bien las relaciones públicas.

Aunque me daba perfecta cuenta de que Sharon bromeaba, no pude resistir la tentación de preguntarle, —¿Y qué es lo que le has dicho de mí?

Con ironía, dijo, —Sólo la verdad, Alex, aunque lo cierto es que a la mayoría de las personas no es lo que más les favorece.

—¿La verdad?. Me había tocado la fibra sensible. No pude evitar que mi voz temblara, —¿Y cuál es tu versión de la verdad?

Me miró a los ojos. —¿Estás enfadada? Pensé que te agradaría que Lee se interesara por ti como persona, y no sólo como empleada de A. P.P.

—Estoy extasiada.

—Vamos Alex, no seas así. Te contaré lo que le dije. Rió, —Más o menos, vaya; tampoco quiero que te lo creas demasiado.

Aguardé, paciente, a sabiendas de que era inútil meterle prisa a Sharon cuando estaba en plan bromista.

Cuando al fin vio que no pensaba reaccionar, prosiguió. —Lee me ha dicho que estaba impresionada contigo, sobre todo después de la partida de tenis. Preguntó sobre tu formación, y quiso saber cómo habías llegado a trabajar con A.P.P. Le di unos cuantos datos acerca de

tu trayectoria profesional —los que conozco—, le dije que ibas por muy buen camino, le mencioné que valoraba mucho nuestra amistad... y todos esos elogios.

No quise hacerle esta pregunta, pero la curiosidad pudo conmigo. —Te preguntó si estaba casada?

—Pues la verdad es que sí. Le dije que estabas divorciada. ¿Te parece mal?

Interrumpimos la conversación en el instante en que Sir Frederick reclamó la atención de todos con unos golpecitos en el atril. Su asistente, Jackie, miró en torno a la habitación, dirigiendo una mirada particularmente virulenta hacia nosotros. Yo era consciente de que no le gustaba, era evidente; pero ignoraba el porqué, ni cuándo había comenzado esta antipatía que sentía hacia mí.

Sir Frederick comenzó a hablar, aunque apenas escuché lo que decía, concentrada en la irritación

—o el resentimiento incluso—, que me causaba el hecho de que Lee Paynter hubiera estado haciendo preguntas acerca de mí y que Sharon las hubiera respondido.

Suspiré para mis adentros, y tuve que admitir que yo había hecho lo mismo cuando indagué acerca de Lee Paynter, por lo que ahora no podía pretender ponerme en el papel de la ultrajada. Claro, que siempre podía justificar mi interés por ella; en esta profesión es esencial conocer a fondo las motivaciones de los demás.

Así que se trataba de un mero interés profesional, por ambas partes. Y no era nada más que eso.

Steve y yo volaríamos hasta Cairns con dieciocho de los invitados. Una vez allí, yo saldría con la mitad de ellos a visitar La Gran Barrera de Coral a bordo de un ferry catamarán, mientras que Steve saldría con la otra mitad a pescar agujas negras a bordo de una lancha pesquera. El vuelo había sido programado para esta ocasión en particular, y partiría justo después de la reunión, por lo que lo arreglé todo para que el mini-bus recogiera a los invitados y viniera después a buscarnos a la salida de la reunión.

El autobús llegó y Steve subió en primer lugar, con su jovialidad característica y su “Buen día” de siempre en la boca. Yo subí después, más seria. Había un sitio libre al lado de Lee, así que me senté.

-¿Se te dio bien el golf esta mañana?

-Si, Sharon es bastante buena.

Como si supiera que mi pregunta implicaba algo más, con una sonrisa, añadió, —Y tal vez te ha dicho que le pregunté acerca de ti.

Me mostré impasible. *¿Por qué demonios tiene que ser siempre tan directa?¿Lo hará para irritarme?* —Sí... algo me dijo.

Lee respondió a la pregunta implícita. —Estoy interesada.

De pronto y sin quererlo, sentí una mezcla de emoción y de alivio porque habíamos llegado al aeropuerto, con lo cual la conversación quedaba zanjada.

El piloto, que trataba a todo el mundo de "compañero", sin tener en cuenta el sexo, cargó el equipaje de mano mientras que Steve y yo nos ocupamos de sentar al pasaje en la pequeña cabina.

Observé divertida el empeño con que Steve procuró que Hilary embarcara cuando los asientos delanteros estaban ya ocupados, para poder sentarse con ella. En pocos minutos estábamos listos; la avioneta se preparó con un par de sacudidas, rugió con estrépito por la pista y despegó, sumergiéndose en el azul pálido del cielo.

Evité sentarme junto a Lee a propósito... Quería reflexionar sobre el placer inesperado que me había causado su interés por mí.

Además de que el estruendo monótono del motor hacía difícil la conversación, el delegado alemán que se hallaba sentado a mi lado tenía un acento muy fuerte, —a juego con su voluminoso físico de teutón—, por lo que me fue fácil renunciar a cualquier intento de conversar. El alemán estaba sentado en el asiento de ventanilla: tras mostrarle unos cuantos puntos de interés, dando mi labor por concluida, me relajé un poco.

No me gustaba sentirme etiquetada como si fuera un objeto, así que aproveché la oportunidad para quitarme la placa de identificación verde y oro.

Sir Frederick tenía una costumbre irritante de hacer chequeos relámpago, y solía decir siempre a los díscolos: —¡Tu nombre es importante! Los demás tienen que saber quién eres y cuál es tu función.

Y además de un recordatorio para nuestros clientes, también lo es para ti mismo.

Estiré las piernas tanto como me permitía el reducido espacio entre los asientos, e intenté relajar

los hombros. Lee estaba sentada en mi sitio favorito, justo detrás del piloto, y observaba por encima de su hombro la masa de agua salpicada de islas que se extendía más abajo. La observé durante unos instantes, pensativa: no era alguien a quien se pudiera ignorar con facilidad; tal vez fuera el aura de energía y decisión que la envolvía.

Al igual que había ocurrido en el comedor, pareció darse cuenta de que la estaba observando.

Volvió ¡a cabeza y me pilló *in fraganti,* antes de que pudiera desviar la mirada hacia otra parte.

Nuestras miradas se encontraron con una curiosidad intensa durante unos instantes hasta que Otto, mi enorme acompañante alemán, me tiró del brazo para preguntarme algo, y retiré la mirada para responderle.

Cairns se extiende a lo largo de la costa de la bahía de Trinity. Está rodeado de plantaciones de caña de azúcar, piña y nueces de macadamia que contribuyen, cada una con su tonalidad de verde particular, al conjunto del *patchwork* de la superficie. La bahía está repleta de barcos que descansan cercanos a la costa, o entran y salen de la ensenada como juguetes flotando en un estanque.

El avión se precipitaba hacia la pista. Miré tierra adentro: unas colinas verdes arrugadas delineaban la profusa franja costera. Siempre que contemplo nuestro gigantesco continente desde sus confines—

a la vez alejada del suelo—, pienso en el Centro, en ese corazón de Australia inmenso y misterioso llamado El Outback1.

Cairns, como siempre, estaba imbuido en una atmósfera de libertad y diversión: hoteles de lujo, bares, restaurantes y tiendas, siempre listos para tentar a los turistas, la savia vital de la ciudad.

El sol bailoteaba en la superficie turquesa del agua. Steve llevó a su grupo —compuesto en su mayoría por hombres— hasta Marlin Jetty, donde unas embarcaciones equipadas por completo y de aspecto un poco funesto, aguardaban para conducir a los cazadores de agujas negras, tiburones y barracudas al Mar de Coral.

Les vi partir con una mueca de amargura. El año anterior había hecho la excursión promocional en uno de esos barcos de recreo. El invitado de honor, un conocido personaje de la televisión muy escandaloso, había logrado pescar una aguja negra gigante gracias a la discreta colaboración de la tripulación. Nuestro invitado sudaba y bramaba peleando con el pesado aparejo al tiempo que el pescado luchaba tenazmente por su vida. Al cabo de un tiempo, uno de los tripulantes tuvo que tomarle el relevo, pues nuestra estrella no tenía la forma física para semejante ejercicio. Todavía recordaba la sonrisa vanidosa del cazador con su presa cuando posó en el muelle con la aguja gigantesca colgando junto a él, hermosa aún después de muerta.

Nuestro destino, Creen Island, era un islote que se hallaba a menos de una hora de Cairns, en la Gran Barrera de Coral. El ferry catamarán, construido en aluminio y con terminaciones azules, se deslizó viento en popa dejando un estela blanca sobre el agua iridiscente. Me sentía llena de vida, eufórica; el perfume del agua, el sabor de la sal en los labios, la promesa cálida y tranquila de la brisa...

Miré a mi grupo con detenimiento: un canadiense delgado e inquieto, mi enorme amigo alemán, Otto, dos inglesas —una era Hilary, que iba guapísima con un conjunto blanco y un sombrero para proteger su piel de melocotón, y la otra, una escocesa corpulenta que hablaba con un acento de los Highlands y se daba aires de importancia—, una irlandesa que de hecho decía *begorrah2,* dos escandinavos, que respondían por completo al estereotipo rubio y de ojos azules, y un típico macho argentino muy concienzudo, que dispensaba su elaboradísima cortesía a todas las mujeres del grupo y dirigía miradas suspicaces a los hombres.

Pedí bebidas y algo de picar, respondí a sus preguntas, y ejercí de mama ganso hasta que los

delegados se esparcieron por la embarcación para charlar, o para contemplar el panorama. Excepto Lee. Merodeó por aquí y por allá, examinando la embarcación de proa a popa, y charló durante un buen rato con el capitán. Cuando finalmente bajó a la cubierta, me acerqué a ella sonriendo. —¿Todo bien?

Parecía que al fin se disponía a descansar. Se estiró con generosidad. —Muy bien. Señaló hacia los islotes, ya cercanos. —Y supongo que aún voy a ver un poquito más del paraíso.

En comparación con la isla de Tern, Creen Island es insignificante. El islote es resultado de la acción de los remolinos de agua, que durante

miles de años han ido acumulando los sedimentos de la plataforma coralina, coronando así el coral vivo con un bonete ovalado de vegetación exhuberante.

Green Island siempre me ha parecido un nombre pedestre, que de ningún modo hace justicia al maravilloso universo submarino que subyace al islote. Ibamos a pasar dos horas en la isla, y después iríamos al extremo oriental de la Gran Barrera de Coral. Aunque mis tareas habían concluido —los miembros de los grupos estaban bastante acostumbrados a evaluar las atracciones turísticas sin ayuda de nadie—, me aseguré de que todos entraban en el observatorio submarino instalado en el muelle en el que habíamos atracado.

Mientras contemplábamos la misteriosa belleza del mundo submarino a través del cristal, me divertí imaginando la situación a la inversa; que éramos humanos atrapados en un tanque de agua y los peces nadaban en libertad.

Lee estaba hipnotizada.Me coloqué a su lado junto a una de las ventanas y tocándome el brazo, me dijo, —Esto es impresionante.

No había sido más que un roce superficial, pero la sensación fue muy intensa. Resistí el impulso de rascarme para aliviar el cosquilleo que sentia, concentrándome en el microcosmos que se exhibía al otro lado del cristal: corales, estrellitas de mar, anémonas... criaturas que en tantas ocasiones había visto en folletos y fotografías, y que se mostraban ahora tan reales ante nuestros ojos, sumergidos en su universo verdoso. Conocía algunos de sus nombres: el ángel imperial, con sus alegres rayas amarillas, el pez papagayo, verde y azul, el emperador mjn, con sus llamativas bandas rojas, y el ídolo morisco, amarillo, blanco y negro, un pez diminuto pero precioso.

Recordé a los componentes del grupo que puesto que la marea estaba baja, era posible acceder a pie a la Barrera de Coral y que había embarcaciones con el fondo de cristal, y quedamos a las doce para almorzar.

Lee echó un último vistazo a un banco de peces que zigzagueaba en formación, como si cada uno de los miembros hubiera sido programado de antemano para realizar una serie de movimientos complejos.

De proonto dijo, —Me gustaría echar un vistazo a la isla.

Y lo dijo en serio; no fue ni mucho menos un paseo de esparcimiento, y no tuve ni un minuto para pararme a contemplar el contraste entre

la arena blanca de coral, las figuras retorcidas y grises de los maderos y el azul opaco del cielo. Con unas zapatillas de goma, para protegernos los pies de las rocas afiladas, nos dirigimos a pie hacia la parte del arrecife —muy extensa— que se hallaba al descubierto.

Lee se interesaba por todo. Con una tenacidad implacable y mucho encanto, interrogó a un zoólogo residente en la zona acerca de la reproducción de los pólipos de coral, de las preferencias culinarias del bicho de mar y del pepino de mar, de la capacidad de destrucción de la corona de espinas, de la posibilidad de que en ese momento nos encontráramos de pie sobre un mortífero pez

piedra gigantesco, y acerca de las posibilidades de que una almeja gigantesca abriera las fauces y atrapase el pie de algún bañista desprevenido. Esta última pregunta le hizo reír y dijo, —Sería una buena historia; lástima que sea poco factible...

Ocurrió lo mismo a bordo de los barcos con el fondo de cristal; a medida que avanzábamos sobre el brillante colorido de los cúmulos de coral, Lee bombardeaba al guía con preguntas de todo tipo.

La masa sólida y compacta de la base coralina presentaba tonalidades de púrpura, malva, amarillo y marrón, mientras que las delicadas ramificaciones de coral resplandecían con tonalidades de rosa, verde y amarillo. El universo submarino rebosaba vida: cangrejos de arrecife, a manchas rojas y blancas, estrellas de mar de un color azul brillante, estrellas serpiente, naranjas y negras, bancos de peces luminosos, anémonas rojas y rosas, entre cuyos tentáculos venenosos circulaban atentos e ilesos los pequeños peces que las escoltaban, babosas de mar, erizos de mar de color carbón, y rayas a manchas azules. Y los crustáceos: los caoríes atigrados, los conos de pan de oro, las arañas de mar, los yelmos, los cazos y —los más fascinantes de todos— las almejas gigantes, que con sus enormes valvas abiertas, exhibían su capa aterciopelada de tonos que iban desde el verde oscuro hasta el azul pavo real.

El almuerzo a bordo del catamarán consistió en un suntuoso buffet, durante el cual Lee continuó interrogando al personal acerca del servicio de *catering*, mientras que el resto comíamos con apetito.

—¿No crees que podrías relajarte un poquito?— sugerí, incitada por el vino a hablarle con una ligereza imprudente.

—Podría, pero no he venido a disfrutar, sino a trabajar.

Su brusquedad suscitó en mí un sentimiento de rechazo y conforme

me alejaba, me prometí a mí misma que no volvería a sobrepasar la línea invisible. Me haré a la idea de que soy su señorita de compañía, pensé furiosa.

Aunque el sol aún brillaba sobre el agua, para mí el día había perdido ya parte de su encanto y me sentí remotamente alejada de la belleza de los pequeños islotes solitarios. Nuestro destino, en el extremo de la Gran Barrera de Coral, era uno de entre los miles de arrecifes individuales que juntos constituían el ente viviente más largo del mundo: dos mil kilómetros de pólipos de coral diminutos, como una fina capa de un barniz viviente que cubriera los cimientos creados por los innumerables esqueletos de sus antecesores.

Cuando anclábamos en el extremo del arrecife, Hilary exclamó, —¿Que es eso? ¿Una tortuga?—, señalando hacia una cúpula de color verdoso medio sumergida, que de pronto desapareció ante nuestros ojos bajo la superficie. El agua era tan clara que podíamos ver al detalle cómo la tortuga perseguía a un banco de peces, aleteando y con el cuello estirado.

Uno de los biólogos marinos que se habían sumado al grupo en Green Island se mostraba visiblemente encantado de poder trabar amistad con Hilary y, pese a que hablaba en voz alta para que todos pudieran oírle, era evidente que dirigía su atención afable a ella en particular. “Se trata de una tortuga verde ya adulta. El caparazón mide cerca de un metro de longitud —un poquito más de tres pies— y pesa cerca de ciento veinte kilos —unas trescientas libras—. Viven en el agua, y sólo las hembras se ven obligadas a arrastar su pesos sobre la arena cuando salen a poner los huevos.”

—¡Típico!— dijo Hilary. —Como siempre, la mujer es la que se ocupa del trabajo duro.

Lee hizo una mueca. —¿No crees que es cierto?

Le devolví la sonrisa y me sentí un poco más cómoda a su lado. Tal vez me estuviera acostumbrando a esa superficie abrasiva de su personalidad.

Había varias actividades para elegir en el arrecife: se podía practicar el *snorkeling,* el *scuba,* o contemplar el paisaje submarino a bordo de un semisumergible. Aquellos que habían optado por bañarse fueron a los vestuarios a ponerse el traje de baño —yo ya llevaba el mío debajo de la ropa—, y nos reunimos después para recibir las instrucciones y el equipamiento correspondientes. El grupo se dividió en grupitos de

dos y de tres. No me sorprendió ver cómo el atractivo argentino se aseguraba la compañía de Hilary Ferguson.

Sentí un ligera irritación cuando supe que Lee poseía un título de *scuba;* me hubiera gustado saber que había *algo* que no sabía hacer.

Fingí un tono despreocupado y dije, —Yo voy a hacer *snorkeling,* Lee; el *scuba* no es una de mis especialidades.

—Entonces voy contigo.

Había cierto calor en sus palabras, calor que pronto temple con la frialdad de mi sentido común: no era posible que estuviera lanzándome una indirecta. Lee nunca mezclaba el placer con los negocios y yo no había mostrado por ella el más mínimo interés y, además, era poco probable que yo fuera su tipo.

Además, Alex, no querrías repetir la experiencia de la última vez.

El azul intenso y gélido del océano abierto rompía su oleaje contra la solidez de la estructura de coral, pero en el interior de esa fortaleza, el agua era verde y tibia.

Nos pusimos las aletas y los *snorkels* e hicimos una entrada en el agua mucho menos triunfal que la de aquellos que habían optado por el *scuba,* que se arrojaban al agua salpicando con estrépito.

Pronto me embebí en las sorpresas que nos ofrecía el mundo submarino y en la profusión de plantas y animales marinos que hacían de estas murallas porosas su hábitat.

Los cuerpos relucientes de los peces tropicales se deslizaban en ráfagas veloces por entre los bosques de coral, formados por los frágiles cuernos de ciervo, las colmenas, y los corales de puntas redondas.

Nadamos junto a las Dagas Azules; admiramos los elaborados volantes del Bacalao Mariposa, contemplamos a los diminutos peces Doncella, de un color azul verdoso, que flotaban en suspenso durante unos segundos, para huir después precipitadamente; esquivamos el avance siniestro de una raya; y saltamos por encima de los tentáculos ondulantes de las anémonas.

En un momento dado toqué el hombro de Lee para mostrarle como una gamba de coral a rayas limpiaba de hongos y parásitos el cuerpo a rayas amarillas de un pez de arrecife, que permanecía inmóvil durante el tiempo que duró la exhaustiva limpieza.

A pesar de que llevábamos ya varias horas y éramos los últimos en el agua, Lee no quería salir.

Subió al catamarán, agarrada a la escalera, se quitó la máscara, y dijo, —No he visto bastante. Es como un enorme jardín submarino. Podría haberme quedado mucho más tiempo.

Comencé a subir por la escalera. —Cuidado, podrías retrasarte en tu programa— dije.

Lee rió. —Sé que me lo tengo bien merecido, Alex. Mi gente a menudo dice que soy imposible.

De un brinco se colocó en la cubierta, y aceptó un vaso de vino y una toalla de manos de uno de los miembros de la tripulación quien, despues de mirarla de arriba abajo, sonrió con aprobación. Yo fui a cambiarme, mientras Lee fue a reunirse con Hilary sobre la cubierta esterior delantera para echar un último vistazo al arrecife.

Me sequé el pelo con la toalla y de pronto sentí un vacío que me era ya familiar. A menudo, cuando la actividad principal del día había concluido, me sentía abrumada por la esencia solitaria de mi naturaleza, y tenía que luchar para no dejarme llevar por la melancolia.

En la zona principal del catamarán había un bar con mesas y bancos tapizados dispuestos a ambos lados a lo largo de los ventanales. La exploración del arrecife era una tarea dura y todos estábamos sedientos; unos se apiñaban alrededor del bar y otros llevaban sus bebidas a mis respectivas mesas.

Ya había hecho la ronda obligatoria, sonriendo a unos y otros, cuando Lee hizo su aparición, vestida por completo.

—¿Quieres tomar algo, Alex?

Yo tomé vino blanco y ella un poco de *bourbon.* Parecía que al fin había dejado a un lado su labor de investigación y estaba dispuesta a relajarse. Con la bebida en la mano, me contempló a través del reborde de su vaso. —¿Qué es lo que más te gusta de tu trabajo?

Suelo pensármelo bastante antes de responder a una pregunta, pero en esta ocasión contesté de inmediato. —Me encanta mi país, es precioso. Y me encanta enseñárselo a los demás. La verdad es que adoro mi trabajo—. Me callé de pronto, sintiéndome un poco ridicula. —Lo siento, suena un poco blandengue ¿no crees?

Su sonrisa mostraba una calidez que no había observado antes en ella.
—No, no lo creo.

—¿Y a ti? ¿Qué es lo que más te gusta de tu trabajo?

—Que soy la jefa, que tengo mi propio negocio, y que tengo que vivir con los éxitos y los fracasos.

Deseé que fuera así siempre, tan franca y tan espontánea.

—Suena como si lo disfrutaras a fondo.

Se reclinó hacia adelante y, rebosante de entusiasmo, dijo, —Ya lo creo. Empecé con una agencia pequeña que llevaba yo sola. Después creció, pedí un préstamo, me arriesgué, y comencé a organizar mis propios viajes a Latinoamérica. Durante esos cinco años, hubiera podido hundirme en cualquier momento, pero la ignorancia y la suerte me ayudaron a proseguir. Era tan emocionante saber que las decisiones que tomara determinarían mi éxito o mi fracaso, que no podía culpar a nadie si las cosas iban mal...

Sentí envidia del entusiasmo con que hablaba de su profesión, y pensé que era una suerte poder entregarse por completo a una labor tan placentera y saborear las recompensas con tanta intensidad.

— ¿Aún te resulta emocionante?

—Si, pero ahora es distinto. Ya no soy yo sola contra el mundo. El negocio ha crecido y ahora vendo mis *tours* al por mayor a otros agentes. Hay mucha gente trabajando a mis órdenes, así que si yo me hundo, ellos también.

—¿No tienes un compañero?

—¿Un compañero ? Ah,... ¿te refieres a un socio?

Noté que me ruborizaba y enojaba, porque me sentía en desventaja, dije en un tono mordaz —Pues claro que me refería a un socio. ¿Por qué iba a preguntarte sobre tu vida privada?

—Porque sientes curiosidad.

Se hizo un silencio que tuve que llenar y dije —¿Quieres tomar otro?

Me tendió el vaso, su mirada clavada en la mia. —Gracias.

Caminé hacia el bar tan serena como pude, consciente de que me

estaba observando. ¿Qué era lo que sentía? Una especie de emoción indignante. La indignación era comprensible; la emoción, sin embargo, me inquietaba.

Aquella noche soñé con mi hermano Bobby que murió ahogado cuando tenía diez años. En mi sueño me veía a mí misma con seis años era ese mismo día caluroso, soleado y... terrible—, y estábamos en la playa. Lo veía todo desde un plano exterior, como si flotara por encima de la escena: las franjas rizadas de espuma blanca que mi rodaban de forma inexorable contra la orilla, el agua repleta de cabezas que botaban arriba y abajo, y mi hermano, que había salido al encuentro de las olas. Veía a mi madre sentada bajo una sombrilla leyendo mientras yo jugaba en la orilla, resistiéndome a la fuerza del agua que intentaba arrastrarme consigo. De pronto, en el punto en que los bañistas se encontraban con las olas, vi cómo el banco de arena se venía abajo y cómo el torbellino arrastraba consigo a docenas de bañistas que gritaban pidiendo auxilio.

Yo lloraba aterrorizada, sin llegar a comprender bien lo que estaba ororriendo, mientras los salvavidas sacaban el cuerpo de mi hermano del agua y lo depositaban en la playa, vi los intentos frenéticos para reanimarle y a mi padre arrodillado sobre la arena cubriéndole el rostro con las manos... A mi madre repitiendo una y otra vez, “Bobby, bobby: ¿Por qué has tenido que ser tú? ¿Por qué?”.

Me desperté temblando y llorando, igual que el día de aquel verano. Nadie me había consolado entonces, nadie me consolaba ahora. Encendí la luz, salí de la cama y paseé de un lado a otro de la habitación, en un intento desesperado por liberarme de la pesadumbre de esos recuerdos.

Ahora, de adulta, podía comprender que la muerte de Bobby había ido sumiendo a mi madre en una amargura que, finalmente, acabó por arrebatarle el gusto por la vida.

Mis padres nunca me lo dijeron con palabras, pero con el tiempo llegué a sospechar que de haber muerto yo en lugar de mi hermano, la pérdida para la familia —y para mi madre— hubiera sido menor.

No obstante, tenía que admitir que mi infancia había sido feliz. Mis padres me querían, a su modo, y nunca me escatimaron nada, pero por muchos esfuerzos que hiciera, sabía que para ellos siempre ocuparía el segundo puesto.

5

A la mañana siguiente, de pie en el embarcadero, Sir Frederick y yo hablábamos sobre las posibilidades que había para los *mini tours* adicionales que Lee había solicitado. En comparación con su impecable conjunto marino, compuesto de una chaqueta *blazer* azul oscura con la insignia de un selecto club privado en el bolsillo, mi pantalón blanco y mi blusa naranja resultaban demasiado informales. Sin embargo, Sir Frederick dijo—Estás más encantadora que de costumbre esta mañana, Alexandra.

Le di las gracias en un susurro, consciente de que se trataba de una observación inusitádamente personal. Me inquietaba aún más el hecho de que no mencionara que se me había olvidado ponerme la placa con mi nombre. De pronto, las maliciosas advertencias de Steve y los escuetos comentarios de Tony comenzaban a cobrar sentido.

Poco a poco iban llegando los invitados, que habían sido escogidos con gran esmero para acompañar a Sir Frederick en un crucero nocturno a bordo de una antigua goleta buscadora de perlas. El barco se había reacondicionado por completo para realizar cruceros de placer por la Barrera de Coral y las islas costeras, borrando toda huella del deterioro sufrido en su vida anterior como embarcación comercial. El "Ocean Dream" —ahora de un blanco reluciente y equipada con *chef,* biólogo marino y todo lo necesario para la vida opulenta— se mecia con suavidad mientras Steve atendía a los invitados que iban llegando

Sir Frederick frunció el ceño sobre la lista de las mini aventuras que había confeccionado a petición de Lee.

—Las cordilleras de Flinders y los Warrumbungles son una buena elección. Yo incluiría la Garganta de Whitenoom, los Pináculos del Oeste de Australia y las regiones de Broome y Kimberley.

Ponte en con tacto con la oficina de Sydney y diles exactamente lo que quieres. Tiene que ser un trabajo rápido y muy profesional. Quiero que Lee tenga los itinerarios detallados, los folletos y el estudio comparativo de los precios de los diferentes operadores para cuando regresemos mañana por la tarde. Y lo quiero todo en un paquete completo y profesional; no olvides que la presentación es muy importante. Le he dicho a Jackie que vas a utilizar mi despacho, lo dejo todo en tus manos, Alexandra.

Lee apareció en el embarcadero, enfrascada en una conversación con Hilary Ferguson. Sir Frederick siguió mi mirada con la suya y sonrió. —¡Buenos días!— dijo, con mucha diplomacia se las ingenió para encasquetarme a Hilary y así poder concentrarse en Lee. —Justo en estos momentos estábamos hablando de tus mini aventuras. Mientras nosotros navegamos, Alexandra preparará toda la información para entregártela mañana con todos los detalles.

Hilary me sonrió con compasión. —La verdad es que no me parece justo que te quedes aquí trabajando mientras los demás disfrutamos de este tiempo tan maravilloso. Hubiera preferido que nos acompañaras en el crucero.

—Alguien tiene que trabajar— dijo Sir Frederick dándome una palmadita cordial en el hombro.

Respondí con la sonrisa pertinente, un poco alarmada de que me hubiera puesto la mano encima. Me resistía a la idea de que se tratara de algo personal, no sólo por las complicaciones que podía

acarrearme, sino también porque no quería tener que escuchar el jocoso “ya te lo dije” de Steve.

Sir Frederick sonrió.

—Estás en buenas manos, Lee. Alexandra ya ha explorado algunos de los lugares más remotos e inhóspitos de Australia.

Dadas las circunstancias, el comentario no me pareció muy halagüeño, pero repuse alegre —Si, sólo me he perdido en unas cuantas ocasiones.

La noche era perfecta, había luna llena y el “Ocean Dream” navegaba por un de los mares más bellos del mundo. Dejé volar mi imaginación y me vi en la cubierta del barco, hablando en un susurro con Lee Paynter bajo la luz de la luna y contemplando las islas plateadas que discurrían ante nuestros ojos, flotando en un mar de plata. De pronto la voz penetrante de Jackie Luff me arrancó de mi ensoñación. Haciendo un verdadero esfuerzo porque su tono fuera a la vez desafiante, grosero, y autoritario, dijo —¿Alex?Te llaman otra vez desde Sydney, extensión dos.

Le di las gracias y cogí el teléfono; me negaba a ser tan grosera como ella, por lo que fingí no darme cuenta de su actitud. El perfil de Jackie era tan anguloso que se podía cortar con un abrelatas.

Sus codos, sus dedos, hasta la línea de sus hombros, eran afilados. Me había dado cuenta del tono vigoroso y entusiasta que empleaba al hablar con Sir Frederick y otros superiores; sin embargo, cuando hablaba con personas a las que consideraba inferiores —y aquí me incluía a mí— su voz se volvía mucho más agresiva.

Pasé gran parte del día al teléfono y en el fax, de modo que hacia media tarde tenía una lista con gran parte de la información relativa a los vuelos y alojamientos y una relación de los puntos turísticos de visita obligada. Ahora era Sydney quien debía rematar el trabajo final y enviarlo a Tern por correo urgente.

Cansada, me recliné en el sillón afelpado del despacho de Sir Frederick y, con la barbilla apoyada sobre las manos, contemplé ociosa una fotografía de un ave marina conocida con el bonito nombre de *bobo enmascarado.*

Mis pensamientos giraban en torno a Lee Paynter, pero procuré no profundizar demasiado; tenía el inquietante convencimiento de que si lo hacía, mi imaginación me traicionaría y me arrastraría a una espiral de fantasías sin fin. Por supuesto que todo esto tenía mucho que ver con la tranquilidad con la que Lee aceptaba su lesbianismo... Yo nunca podría admitirlo tan abiertamente, sin sentir miedo a que todo el mundo lo supiera.

Las imágenes que habitualmente procuraba contener revoloteaban en mi conciencia: mi madre, con esa voz tan suave y tan mordaz al tiempo, diciendo, “Así que pretendes que aceptemos que Zoé es tu amiga *especial,* ¿no es eso?”, y mi padre, mordisqueando nervioso el interior de sus mejillas, frunciendo el ceño y haciendo conjeturas desdeñosas acerca de que Zoé era el verdadero motivo por el que me había divorciado de Carl.

Entonces yo tenía veinticuatro años. Sin embargo mis padres me veían como una niña que luchaba por no sentirse rechazada. "No conocí a Zoé hasta después de divorciarme. Y a pesar de lo que os hayan podido contar, sólo somos amigas...”

Lo primero era cierto. Lo segundo, no.

Después de lo de Carl quise empezar de nuevo. Utilicé el dinero que obtuve tras liquidar algunas propiedades en la entrada de una casa bastante deteriorada, y me dediqué a renovarla en mi tiempo libre. Cuando Frank Hayp, un conocido de mi padre, me ofreció trabajar como representante en su empresa, una agencia turística que florecía

con rapidez, acepté sin pensalo dos veces, puesto que ya

había llegado todo lo lejos que cabía esperar en la pequeña empresa que en un principio despertó en mi el gusto por este oficio. La empresa de Frank me brindó la oportunidad de ampliar mis conocimientos en turismo y, además, trabajar allí resultaba muy divertido.

Aussie Affairs3 contaba con una plantilla de quince empleados y ofrecía servicios turísticos que nuestra campaña publicitaria calificaba como "genuinas aventuras Aussie." Los pequeños grupos de turistas hacían acampada libre, aunque de un modo civilizado, en granjas selectas de ovejas y terneros, en las cuales aprendían a guiar al ganado, a esquilar a las ovejas, a hacer té en un perol, a preparar tortitas australianas y a cantar "Waltzing Mathilda". En definitiva, tomaban contacto con la vida del campo en Australia.

Zoé fue la primera persona que conocí al entrar en la empresa. Era mayor que yo y muy popular por su viva personalidad, por sus risotadas estruendosas y sus gestos extravagantes. Nos hicimos amigas y una noche me propuso ir a su casa a cenar. Compartimos una botella de vino... un beso... y su cama. Zoé me sedujo con arte, fue una experiencia placentera. Yo quedé asombrada ante mi propio comportamiento; no podía imaginarme que la pasión pudiera apoderarse de mí con una fuerza tan licenciosa. En los meses que siguieron, Zoé me enseñó tanto las técnicas físicas del sexo, como las normas de supervivencia.

Y las normas de supervivencia resultaron ser más que prudentes; eran básicas. Frank Hayp hacía comentarios sarcásticos y chistes de nal gusto sobre los maricones y las lesbis un día sí y otro no.

En el plano emocional, mi relación con Zoé no era intensa. Nos gustabamos, desde luego, pero teníamos poco en común a excepción del deseo fulgurante que compartíamos. Eso bastaba; nunca antes había sentido una satisfacción sexual tan plena, y cada uno de nuestros encuentros era un puro deleite para los sentidos.

También obtuve algo muy valioso: mi iniciación en el mundo gay, que hasta entonces ni siquiera sabía que existía... Por primera vez en mi vida podía relajarme y ser yo misma. Fue en esta etapa de mi vida cuando conocí a dos de mis amigas más queridas, Trish y Suzie, que eran pareja desde hacía seis años y comencé a apreciar la existencia de la invisible red gay que se extiende por toda la sociedad.

Zoé permanecía inamovible en el armario, pues le aterraba que pudieran colocarle el letrero de lesbiana. Ni siquiera hoy logro entender cómo ni por qué empezaron los comentarios, pero, como quiera que fuera, las consecuencias terribles se hicieron notar de inmediato. Primero fueron los comentarios encubiertos, después los comentarios de mal gusto, y por último, Frank llamó a Zoé a su despacho.

—Si quieres sobrevivir, tienes que negarlo todo—, me había dicho Zoé en una ocasión, y eso fue lo que hicimos.

Frank no me llamó a mí a su despacho; pensó que era mejor hablar con mi padre. Para ellos —lo descubrí durante la horrible escenita con mis padres—, yo era la víctima inocente que debido a la falta de experiencia en la vida y a lo desgraciada que me sentía tras el divorcio, me había convertido en presa fácil de una lesbiana depredadora.

Mi comportamiento con Zoé, mi silencio cobarde, no dejará de avergonzarme jamás. Ninguna de las dos admitimos nada, pero ella se vio obligada a abandonar su puesto de trabaje, mientras que a mí me siguieron tratando como si fuera una inmadura, y lo que es peor aún, como a una pobre víctima.

A pesar de que Zoé me aseguró que no esperaba que yo la apoyara, sé que debía haberlo hecho. No tuve valor para hacerlo, no era capaz de enfrentarme al profundo desprecio que me manifestaba mi madre. —Acaso quieres que la gente piense que eres una de *esas* mujeres? ¿Es eso lo que quieres,

Alex?

Mi padre la apoyaba. —Si los rumores se propagan, no llegarás muy lejos en tu carrera, por mucho que hagas...

Zoé emigró a otro estado, donde comenzó a trabajar en un departamento de turismo gubernamental. Yo me quedé en Aussie Affairs hasta que se acallaron los rumores y después, con la excusa de ampliar mi experiencia, acepté un puesto en la cadena internacional de hoteles Hilton.

Para entonces ya sabía —y sin lugar a dudas— que era lesbiana. Pero también sabía que no estaba dispuesta a jugarme mi futuro, ni el afecto de mi familia pregonándolo a los cuatro vientos. La soledad que experimentaba me impulsó a entablar alguna que otra aventura fugaz y secreta, que siempre terminaba con una retirada por mi parte, por

miedo a ser descubierta. Iniciaba las relaciones esperando muy poco, y eso era lo que obtenía de ellas: alivio físico en algunas ocasiones, pero nunca pasión. Ninguna me proporcionó jamás una sensación de plenitud.

Durante el último año, me había apartado por completo del mundo, aceptando el hecho de que, cuando menos en esa época, tenía que hacer mi vida sola. Aunque no era muy reconfortante, me consolaba pensando que al no mantener vínculos estrechos con nadie, sería inmune a la infelicidad.

El permanecer con los pies en el suelo me impediría volar con las alas de la emoción, aunque también me evitaría hundirme en los abismos. Era un compromiso justo y razonable.

De pronto, el fax que Jackie Luff puso ante mis ojos me arrancó de mi ensimismamiento. En un tono poco cortés preguntó, —¿Quieres alguna otra cosa?

Disentí con un leve movimiento de cabeza y estuve tentada de preguntarle qué eralo que tenía contra mí, pero su expresión beligerante me hizo desistir casi al instante. Estaba demasiado cansada para un enfrentamiento que a buen seguro sólo incitaría a Jackie a afirmar que no tenía nada en mi contra.

El fax no era importante. Le eché un vistazo, lo puse a un lado de la mesa, me recliné en el sillón, y me puse a mirarme las manos. Las líneas de las palmas aparecían claras y definidas.

El mes pasado, en un mercadillo de Sydney, Tony Englort había logrado convencerme de que fuera a leerme la mano. Aquel sábado por la mañana, estaba en Paddington buscando un regalo original para el cumpleaños de Sharon Castell, cuando de pronto, oí su voz

—Alex, cariño. ¿Qué estás haciendo aquí?. Él vivía por el barrio, en un ático reformado. —

¿Quieres que vayamos a que te lean la mano? Te aseguro que quedarás satisfecha; Madame Marcia es una vieja amiga mia.

—¿Madame Marcia?— dije en tono dubitativo, por no decir burlón.

Rió entre dientes. —Bueno, su verdadero nombre es Debbie Smilh, pero admitirás que Madame Debbie no suena muy bien.

Era completamente ridículo, pero cuando la rimbombante Madame

Marcia me sentó en el interior de su estrecha caseta, me lomó las manos y las comenzó a mirar con atención y con ojos de miope —

primero una palma y luego la otra—, sentí el hormigueo de una turbación irracional. Y resulta curioso que aparte de los comentarios generales, y pese a que no dramatizó especialmente al decirlo, recuerdo que me dijo, —Veo un cambio; va a producirse un gran cambio en tu vida Sucederá muy pronto y será como un explosión tremenda en tu vida ¡Una explosión!.

Como no soy supersticiosa, no se me quedó ninguna otra de las premoniciones que me hizo la amiga de Tony esa mañan. Era lo bastante desconfiada para creer que esa Madame Marcia iba

haciendo predicciones idénticas, o cuando menos similares, a todos sus clientes. Pero, ¿por qué no podía apartar de mi mente ese mensaje melodramatico en concreto?

Mis padres, en especial mi madre, habían condenado siempre esc tipo de prácticas. —El futuro llegará sin que podamos evitarlo—, solía decir en un tono que más bien indicaba que no sería bienvenido cuando llegara. Ahora me preguntaba si en realidad recordaba aquellas palabras de Madame Marcia porque no me había gustado lo que oí, o porque estaba satisfecha con mi vida y no quería que se produjera ningún cambio, sobre todo si iba a tratarse de “una explosión".

¿Le habrían leído la mano a Lee alguna vez? Me resultó fácil visualizar sus manos: sus dedos largos, fuertes y bien formados, y sus uñas sin pintar; unas manos que reflejaban con sus movimientos la energía de Lee, su resuelta confianza en sí misma.

Sharon había dicho que Lee era promiscua. En caso de ser cierto, podía deberse a que sus relaciones eran como las mías, efímeras. Pero podía no ser eso, y podía ser que tuviera una mujer para la que reservaba le mejor de su ser.

Me encogí de hombros. De todos modos, no me importaba. No era tan difícil mantener las distancias, aunque sentía que entre las dos reinaba un respeto mutuo que bien podía ser la base de una amistad entre iguales.

Sin embargo a pesar de lo mucho que trataba de razonarlo, tenía que admitir que había un componente físico importante. Su boca me fascinaba; tersa, de labios carnosos, dibujaba en las comisuras una deliciosa curva ascendente.

Qué se sentiría al besarla...

Ni se te ocurra pensarlo. Es una lesbiana declarada, y si hicieras algún intento de acercamiento, todo el mundo lo sabría. ¿Por qué iba a guardar tu secreto?

Fruncí el ceño. No podía —ni quería— permitirme el lujo de flirtear con Lee, si es que era posible.

Pero, entonces ¿qué era lo que esperaba de ella? Respeto. Que me valorara como persona. Quería que me aceptara como un igual: ni mejor, ni peor, simplemente como era.

6

Durante los seis últimos meses había estado trabajando en la organización de la convención de Tern. A través de A.P.P., la industria turística de Australasia había captado a tour operadores de todo el mundo, con el único propósito de darles a conocer la variedad de productos y servicios creados por nuestros operadores para el disfrute de los visitantes.

Pese a lo espectacular que es nuestro país, resultaba inútil limitarse a destacar la existencia de una cascada sensacional aquí, de una impresionante garganta allá, o de una fauna única y fascinante, pues los mayoristas exigían siempre detalles exhaustivos acerca de aquellos tours que cubrían las mejores visitas "obligadas" y que más se acomodaban a los gustos de su clientela.

Algunos mayoristas, tras probar una selección de nuestros tours, delegaban en nosotros como agentes, para que les confeccionáramos los diferentes paquetes turísticos. Otros como Lee Payntcr, preferían un contacto más directo e insistían en experimentar ellos mismos la mayor parte de los tours.

Los primeros días de la convención se destinaron a que los diferentes delegados experimentaran por ellos mismos algunas de las bellezas de Queensland y se solazaran en el lujo que la isla de Tern les brindaba. Al final de la semana, como para coronar la convención, A.P.P tenía preparada una especie de feria comercial en la que se exhibiría lo mejor de las tierras de Australia y Nueva Zelanda.

Hasta ahora todo había ido viento en popa, pero me preocupaba el éxito de la segunda mitad, pues el resultado de esa feria era decisivo.

El día siguiente lo pasé ultimando los detalles de la exhibición y examinando el paquete de Lee, que había llegado desde Sydney por correo urgente. En la oficina de Sydney eran muy eficientes: no sólo habían incluido toda la información que les pedí, sino que además habían enviado todo en un elegante maletín personalizado de color azul pastel. El dossier incluía una sinopsis de cada visita, con horarios, mapas, gráficos, ilustraciones y cuadros de precios en los que se detallaban las diferentes opciones.

Sir Frederick llegó por la tarde a las oficinas de administración. Estaba de un humor excelente y entró frotándose las manos y sonriendo. — Ha sido un crucero excelente, Alexandra. ¿Sabias que Tony es

aficionado a la astronomía? Se trajo un telescopio pequeño, que según dijo había construido él mismo y anoche, por turnos, nos dedicamos a contemplar el firmamento— Agitó la cabeza. —El cielo es magnífico de noche. No me explico cómo no se nos había ocurrido una idea así antes. Ha dado tan buen resultado, que voy a sugerir que a partir de ahora incluyan en los cruceros del Ocean Dream a un experto en astronomía.

Jackie Lufff irrumpió de pronto con un montón de mensajes y recordatorios, pero Sir Frederick la apartó con un gesto. —Después, Jackie. ¿Podrías prepararnos un poco de café y algo de comer?

Alexandra y yo vamos a trabajar en mi despacho.

Jackie me dirigió una mirada malévola. Comenzaba a sospechar que lo que molestaba era la atención que Sir Frederick me prestaba, aunque no lograba discernir si su rechazo hacia mí se debía a los celos o se trataba simple y llanamente de perversidad por su parte.

Sir Frederick estaba entusiasmado. —¡Siéntate, siéntate!. Veo que tenemos la información para Lee Paynter. Vamos a revisarla, ¿quieres? ¿Qué te ha parecido?"

A pesar de que estaba cansada, muy irritable y que ya había examinado el dossier a conciencia, accedí cortésmente y soporté incluso que Sir Frederick tomara su silla, la pusiera al lado de la mía y se sentara pegado a mí. Moví mi silla hasta que hubo entre nosotros una distancia considerable. Echó un vistazo rápido a las diferentes secciones, haciendo algún comentario que otro, pero tuve la impresión de que tan solo se trataba de una excusa para retenerme allí. Por fortuna Jackie nos interrumpió con las bebidas, oportunidad que aproveché para levantarme y aliviar la tensión del momento mediante el ejercicio rutinario de servir el café y la pregunta recurrente de: —¿le gustaría comer algo?.

Cuando Sir Frederick hizo patente que nuestra proximidad física era ineludible, suspiré para mis adentros. Sorbió un poco de café y dijo en un tono caluroso, —Estoy muy satisfecho del trabajo que has venido haciendo. Ya conocía tus dotes de organización, pero tratar con Lee Paynter es otra historia. Me ha dejado bien claro que está impresionada contigo—. Se inclinó hacia mí y me dio unas palmaditas en la mano. —Y eso es fenomenal. Fenomenal.

Lo de la mano fue el colmo. Retiré mi mano de debajo de la suya, haciéndolo tan obvio como pude, y sin duda él se dio cuenta, aunque

siguió como si tal cosa. Gruñí para mis adentros. Steve tenía razón, maldito sea: el interés de Sir Frederick no era sólo profesional y lo que era más, a juzgar por su expresión cálida y complaciente, se diría que no lo era en absoluto.

Blasfemé en silencio: era una complicación que en estos momentos no necesitaba. Me resentí de tener que perder el tiempo tramando estrategias para lograr el difícil objetivo de disuadir a Sir Frederick, sin poner en peligro mi trabajo.

Temiendo que de un momento a otro fuera a decir algo que los dos lamentaríamos, me bebí el café de un trago y recogí deprisa todos los documentos del dossier.

—¿Quiere que vaya a dejarle esto a Lee?

—Si, claro—. No dejaba de mirarme. —Es preciso que lo vea cuanto antes.

Salí tan airosamente como pude y conforme caminaba hacia la playa, mi expectación iba en aumento. Tenía ganas de ver a Lee de nuevo, y no por ninguna razón en particular, sino porque era una de esas personas, cuya energía flota en el espacio circundante y que se mueven en un aura de vitalidad electrificante.

No estaba preparada para la decepción que sentí cuando llamé a la puerta y nadie respondió. Era ridículo, pues sabía casi con toda certeza que la vería esa misma noche. Le escribí una nota, dejé el maletín de color pastel apoyado en su puerta y me dirigí a mi búngalo para ducharme y cambiarme para la cena.

Cada uno de los estados australianos, al igual que Nueva Zelanda, contaba con sus propios representantes encargados de promover el turismo, y cada noche después de la cena, se aprovechaba el cautiverio de la audiencia para hacer una serie de presentaciones audiovisuales diseñadas para captar la atención incluso del tour operador más agotado.

Esa noche el programa se inició con las bellezas espectaculares de las Tierras del Norte. La cascada de imágenes —el Parque Nacional de Kakadu, la cordillera de MacDonnel, Ayers Rock, Las Olgas, los bajorrelieves de Eqaninga, el desfiladero de Standley, la garganta de Katherine—

desfilaban por la escena en combinación con los sonidos sempiternos de los golpes de las estacas y los *dudgeridoos* empleados por los

aborígenes en los rituales *Corroboree.*

Estaba atenta a la llegada de Lee y observé que llegó tarde a la cena y que tenía la cara un poco quemada por el sol. Se acercó a mi mesa cuando servían el café y, antes de que pudiera hablar, dije —

¿Has visto ya el dossier de los tours?. Lo dejé en tu búngalo.

—Lo he mirado por encima. Me ha impresionado.

Su comentario me avergonzó; tal vez pensara que había sido yo la responsable del dossier y que iba a la caza de un cumplido. Consciente de que era un cambio de tema muy abrupto, dije, —¿Cómo fue el crucero?

—Estupendo. ¿Quieres tomar algo? Me gustaría que revisáramos algunos puntos referentes al tour de mañana.

Accedí, a pesar de que en mi interior estaba reticente porque me sentía frágil e irritable. Caminé a su lado en silencio, pensando en lo poco que me gustaba el bar del complejo, y no sólo por su atmósfera festiva y casi frenética, sino también porque la decoración tropical me parecía espantosa: demasiado bambú, demasiadas cortinas de cuerda lronzada, demasiadas flores artificiales de colores chillones, por no mencionar los nombres, horterísimas, de los cócteles.

Lee parecía compartir mi aversión. Se detuvo en la puerta, y haciendo patente con una mueca que la cacofonía del local le molestaba, sugirió que nos sentáramos fuera junto a la piscina iluminada, donde sólo había unas cuantas mesas ocupadas.

Sabía que mi cuidada expresión no delataba ni un poco la tensión que sentía y agradecí la botella de champán francés que Lee pidió, porque con ella podría ahogar mi ansiedad.

Lee alzó el vaso en un brindis. —Por las semanas que nos quedan. Porque las disfrutemos.

Quiso que le diera algunos detalles adicionales acerca de su itinerario para los próximos días, y le respondí sucintamente.

Tenía la esperanza de poder retirarme temprano, pero la cortesía me hizo hacer preguntas intrascendentes acerca del crucero nocturno. A Lee parecía no acabársele la conversación. Disimulé mi impaciencia y al cabo de un tiempo, me había relajado tanto con el champán, que comencé a hablar con un entusiasmo superficial, aunque con poca

concentración.

—¿Alex?

Me sobresalté. —Lo siento, no he oído lo que has dicho.

—Nos hemos bebido una botella de champán entre las dos. ¿Quieres que tomemos otra?

—No, gracias. La verdad es que me voy a ir a dormir. Estoy cansada.

Lee se puso en pie. —Te acompaño.

Abandonamos el barullo del bar para introducirnos en una noche tropical perfecta, tan perfecta que parecía un cliché. Una enorme luna amarilla navegaba serena en el cielo aterciopelado; una brisa suave transportaba fragancias exóticas de los jardines en penumbra, y las frondas de los cocoteros susurraban por encima de nosotras. Nos detuvimos en el borde de la orilla a contemplar el agua plateada que suspiraba sobre la arena pálida.

—Demasiado hermoso para ser cierto—, dije. —Parece que estamos en un plato.

La sonrisa blanquísima de Lee resplandecía bajo la luna. —¿Y cuál es tu papel?

—El de yo misma.

Lee rió con suavidad. —Eres una mujer tan misteriosa, Alex; no sé bien quién eres.

Desconcertada por la intimidad cálida de su voz, me volví y comencé a caminar por el extremo superior de la playa, entrando y saliendo por entre las sombras serradas de las palmeras. Lee anduvo a mi lado en silencio.

Era como estar en una isla desierta: el ruido del bar se había acallado, para ser sustituido por el murmullo del agua que discurría suave sobre la arena y por el susurro de las hojas, acariciadas por el aire cálido y perfumado que circulaba susurrante bajo la luz plateada.

El búngalo de Lee se hallaba junto al mió. Me detuve frente al pequeño sendero que conducía a él.

Una iluminación tenue permitía distinguir el sendero, aunque no disipaba la oscuridad que reinaba bajo los árboles. “Bueno... hasta

mañana.”

—¿Tan pronto?—, parecía divertida. —¿Y en una noche tan romántica?

Frente a frente y en silencio, me sentí hipnotizada por la luz de la luna, por el aire dulce, por su proximidad física. Me cogió la mano. El contacto bastó para impulsarme a dar ese paso adelante y caer en sus brazos.

Percibí su aroma suave, sentí los músculos tensos de su espalda, escuché un murmullo en lo más

profundo de su garganta. Nos besamos con suavidad, casi con cuidado... De pronto la boca de Lee se abrió sobre la mía, su lengua recorrió mis labios, y sus brazos se ciñeron con fuerza en torno a mí.

Quise apartarme. No podía satisfacer las exigencias de Lee. Me oí a mi misma gemir. No era suficiente. Una parte de mí quería más, mucho más. Los labios de lee habían despertado en mí una urgencia electrificante. Sin quererlo, mi boca se abrió por completo a la llamada insistente de su lengua.

Ahogada en las sensaciones, luché por mantener siquiera un mínimo de control.

Cuidado, te vas a derretir y estarás perdida.

Me resultó más fácil cuando nuestros rostros se habían separado.

-Lo siento. No pretendía... Olvida lo que ha pasado.

—¿Olvidarlo?— Su voz, ligeramente temblorosa, me excitaba y me atemorizaba a la vez. —Dudo mucho que pueda llegar a olvidarlo.

Lee permaneció ahí, inmóvil, mientras que yo me obligué a mí misma a caminar con paso ligero en busca del refugio de mi búngalo. Cerré la puerta tras de mí y permanecí de pie en la oscuridad.

¿Cómo había podido ser tan idiota y arriesgar mi profesión de esa manera? Di al interruptor de la luz, agitada y enojada. Comencé a deambular sin rumbo por la habitación. Escuché con claridad las palabras de mi madre, aquella frase tan conocida que a menudo repetía: “Si juegas con fuego, te quemarás.” Mi familia tenía una despensa llena de refranes de ese tipo, casi todos ellos relacionados con las consecuencias de una conducta inconsciente, inmoral o

negligente.

¿Qué era lo que había hecho? Y sólo por una gratificación momentánea, por un impulso que no había intentado dominar.

Me dirigí al baño y me observé en el espejo. Estaba pálida y el contraste de mi pelo y mis ojos oscuros era mucho más dramático, aunque la compostura de mi rostro era la de siempre.

Mis labios se curvaron en una sonrisa forzada.

Muy bien Alex, a ver cómo sales de ésta.

7

Al día siguiente tenía que madrugar. El reloj me despertó de golpe a una hora en que los pájaros daban la bienvenida al sol con un entusiasmo casi indecente.

El programa del día incluía un viaje en helicóptero a Port Douglas, un desayuno suntuoso en un hotel de lujo, un vuelo sobre el arrecife más cercano a la superficie continental y una excursión que nos llevaría a contemplar la belleza del bosque tropical del cabo Tribulación, patrimonio de la humanidad. Permanecí tumbada mirando al techo, reacia a ponerme en marcha y comenzar un día que prometía ser, cuando menos, difícil —entre las cuatro personas de las que debía ocuparme figuraba Lee—.

Estaba un poco mareada a causa de la fatiga. Cuando por fin conseguí dormirme, mi descanso fue interrumpido por unos sueños inquietantes y en duermevela, las imágenes se repetían una y otra vez en mi cabeza. ¿Cuáles serían la consecuencias de mis actos? ¿Qué haría Lee? ¿Qué debía hacer yo?

De una cosa estaba segura: tenía que hablar con Lee cuanto antes si quería evitar que este asunto creara una situación muy incómoda para ambas, si quería albergar alguna esperanza de recuperar el respeto hacia mí misma y de que nuestra relación volviera a un cauce profesional.

Me despabilé de golpe con una ducha fría y me puse un pantalón amarillo limón y una camiseta con un reborde que tenía un dibujo de un amarillo más intenso. Contemplando el resultado en el espejo pensé que además de hacer un buen contraste contra mi cabello oscuro, el amarillo acentuaba de forma efectiva mis profundas ojeras de color púrpura.

Me armé de valor, procurando mantener un semblante sereno, eche un último vistazo en el espejo, *y* me dirigí a paso ligero hacia el bungalow de Lee. No me permití vacilar y llamé a la puerta con decisión.

Lee abrió de inmediato. Parecía descansada, segura. Tras un breve silencio dijo en un tono distendido, —Hola. Ya casi estoy.

—Quiero decirte algo...

Esbozo una sonrisa y gesticuló con las manos.

—No es necesario. Respiré hondo. —Si que lo es. Anoche me comporté como una idiota, me pasé de la raya. Quiero que sepas que no volverá a ocurrir.

—Pues sería una lástima.

La ligereza de su tono me irritaba. —¡No juegues conmigo! Ya me siento lo bastante avergonzada como para tener que aguantar encima tus golpes bajos.

Pareció sorprendida de la vehemencia de mis palabras y dijo, — Alex, lo siento. No lo he dicho con esa intención.

Recobré el dominio de mi misma *y* procuré mostrarme más despreocupada. —Me gustaría olvidarlo. No vuelvas a mencionarlo. ¿De acuerdo?

Me contempló pensativa. —Claro. Si es eso lo que quieres. Por lo que a mi respecta, aquí no ha pasado nada.

Tuve la impresión de que el vuelo en helicóptero hasta Port Douglas y el elaborado desayuno tropical que nos sirvieron en el hotel transcurrían como una bruma de imágenes inconexas, aunque al parecer debí comportarme de un modo correcto en todo momento, pues nadie me dirigió mirada alguna de burla o consternación. Otto, por el que comenzaba a cobrar cierto afecto —me refería a él con el apelativo de “mi alemán”— hacía sus típicas preguntas enrevesadas y escuchaba mis respuestas como si se preparara para un examen; el señor Moto, un caballero japonés algo rellenito y reticente, grababa todo lo que veía en su complicada cámara de vídeo; Hilary Ferguson, que ocultaba sus grandes ojos azules tras unas enormes gafas oscuras, hablaba poco, pero presentaba un aspecto muy coqueto con su vestido rosa pálido. Y Lee; Lee se reía, se movía y hablaba con la misma impetuosidad de siempre, como si no hubiera ocurrido nada entre nosotras.

Varias tazas de café concentrado en el desayuno me devolvieron a un estado parecido a la normalidad. Mientras que nuestro piloto revisaba el instrumental, me retiré de la conversación general para darme la oportunidad de reflexionar sobre la situación. Era un alivio el que Lee me huiera asegurado que lo olvidaría. Después de todo no había sido más que un instante de intimidad excesiva, causado por un descuido. Si hubiéramos hecho el amor habría sido más grave.

Lee se había sentado en el asiento junto al piloto y mantenía con él una animada charla acerca de la variedad de vuelos a disposición de los turistas que parten del norte de Queensland.

Para colmo de males, mi imaginación no sólo invocaba con una viveza tormentosa los recuerdos del sabor de su boca y las reacciones de mi cuerpo; mis pensamientos indómitos iban aún más lejos, sumiéndome en ensoñaciones mucho más complejas, mucho más intensas.

Lo que faltaba. Un arrebato de lujuria es justo lo que necesitas ahora que aún tienes que pasar dos semanas más con ella.

El helicóptero despegó con la facilidad de un insecto y ladeado sobrevoló Port Douglas, en otro tiempo un pequeño pueblo costero, que en virtud de su proximidad al mar, sus magníficas playas y sus bosques tropicales casi vírgenes, se había convertido en una gran atracción turística.

Contemplé con deleite el trazo de los arrecifes que sobrevolábamos, cercanos a la costa. Su extensión me resultaba abrumadora y eso que desde la altura, no se podía tan siquiera sospechar la belleza submarina que yacía escondida. La formación de esas fortificaciones gigantescas que se alzaban contra el Océano Pacífico había sido un proceso de millones de años. Sentí el impulso de compartir la fascinación que sentía y alcé la voz por encima del zumbido metálico del helicóptero. “A lo largo de la costa de Queensland se extienden un total de dos mil quinientas islas y arrecifes individuales. —Pensé en añadir un referente americano y dije, —Cubren una extensión equivalente a la mitad del estado de Tejas.

Lee hizo una mueca. —Eso si que es impresionante.

El helicóptero se ladeó, inclinándose sobre el verde tentador de la profusa vegetación. Al sobrevolar la cubierta de bosque tropical —de un verdor más denso y profundo—, pensé que no eramos más que unos visitantes entrometidos cuya presencia era efímera en relación con el tiempo y con la perdurabilidad paciente de la naturaleza.

El todoterreno nos estaba esperando. Era un Toyota rojo reluciente, que brillaba como si acabara

de salir del salón del automóvil, en una total discordancia con el entorno.

Yo ya conocía a Vince, nuestro conductor. —¡Alex!—, exclamó como si se hubiera encontrado con un familiar al que no veía desde hacía

tiempo.

Vince era un bosquimano de mediana edad y piel acartonada, hablador, aunque muy sensato, que despreciaba de forma enérgica la vida urbana y sentía una pasión desmesurada por su tierra. Tan limpio y aseado como su vehículo, iba vestido con una camisa color kaki muy bien planchada, unos bermudas a juego, unas gruesas botas marrones relucientes y un sombrero Akubra inclinado hacia adelante, bajo el cual asomaba su rostro sonriente. Era un australiano auténtico; pensé que a su lado, Steve Monahan no parecería sino una imitación mediocre.

Se presentó a todos uno por uno, dándoles la mano. —¿Cómo se llama, amigo? —¿Otto? ¡Buen día. Otto! ¡Hilary! ¡Lee!

El Sr. Moto, alarmado ante la locuacidad de semejante personaje, acabó susurrando su nombre lo que para Vince fue como un pequeño triunfo —Así que Toshi... ¿correcto? Vamos, no sea usted tan tímido, amigo.

Tras posar complaciente delante de su todoterreno para Moto y su camara, Vince nos invitó a subir al vehículo. —Muy bien Alex, como tú ya has hecho esta excursión antes, ponte detrás, ¿de acuerdo?, Toshi seguro que quiere filmarlo todo, así que le pondremos en la ventanilla—. Miró a Hilary y a Lee sonriendo. —Las señoras irán delante conmigo, así que Otto irá detrás también.

El vehículo avanzaba dando brincos a causa de los baches. Con un gesto, Vince nos señaló la vegetación circundante. —¿Saben por qué se llama bosque tropical? Les daré una pista. En ocasiones pueden llegar a caer hasta treinta y dos pulgadas de lluvia en veinticuatro horas— Se volvió a mirar a los que estábamos sentados detrás de él, y tuve que contenerme para no incorporarme y coger el volante. —Cuatro metros: unos trece pies de lluvia al año... *por eso se* llama bosque Iropical—.

Volvió la mirada hacia la carretera, dando un volantazo para no meterse en el arcén. —Cuando lleguemos al río Daintree les rogaría que no se bañaran. Aquí somos muy cuidadosos con lo que damos de comer a los cocodrilos.

Reprimí una sonrisa. El humor bosquimano no siempre resulta comprensible para otras culturas.

El Sr. Moto, por ejemplo, estaba alucinado. —¿Cocodrilos?— dijo.

—Hay cocodrilos en el agua—, expliqué.

—Y muy grandes—, dijo Vince al tiempo que soltaba el volante para indicar el tamaño abriendo los brazos. —¡Veinte o treinta pies!

Como era de esperar, Hilary parecía sorprendida. —Dios mío, Vince, ¿y se comen a las personas?

Vince sonrió con malicia. —Te arrancan una pierna en dos segundos, o incluso menos—. Hizo una pausa para lograr un efecto más dramático. —Lo que hacen es que agarran a sus víctimas, se las meten en el agua y las sacuden de un lado a otro hasta que se ahogan. Después, esconden el cuerpo debajo de algún tronco y lo guardan para cuando tengan hambre. Son unos auténticos hijos de puta, y rápidos como el rayo cuando quieren.

Enérgicamente dije, —Es poco probable que veamos algún cocodrilo.

Y no lo vimos. A bordo del ferry del río Daintree, atravesamos las aguas verdosas y opacas y en apariencia libres de reptiles mortífero aunque Hilary miraba con atención la profundidad lóbrega sin perder la esperanza.

Confiados a la protección entusiasta de Vince, descendimos del ferry con brusquedad y retomamos la carretera sin asfaltar que conducía al cabo Tribulación.

La bóveda del bosque tropical era tan espesa que parecía que atravesábamos una cueva verde gigantesca, llena de aire húmedo y caliente.

Por encima de nosotros acechaban los troncos sesgados de algunos árboles, decorados con lianas enrolladas, orquídeas de árbol, liqúenes y musgos.

—Aquí, el bosque tropical es como un jardín en una azotea—, dijo Vince señalando con el dedo hacia arriba. —Hay helechos, orquídeas e higueras estraguladoras, —ya os enseñaré lo que hacen, cuando paremos— y mariposas pájaro, con una envergadura de casi ocho pulgadas. Es donde viven los mapaches y las luciérnagas del ázucar, pero sólo salen de noche y nunca bajan hasta aquí.

El Toyota rugía conforme la cuesta se hacía más empinada. A nuestra derecha el terreno se precipitaba en una pendiente tan fuerte, que daba la impresión de que los árboles se abrazaban a la tierra, al tiempo que luchaban por alcanzar la luz. La cámara del Sr. Moto

runruneaba filmando el precipicio; Otto, horrorizado tras echar un vistazo, se echó a la izquierda todo lo que pudo y me estrujó. Sin duda pensaba que con su peso desmesurado lograría contrarrestar el del vehículo, en caso de que nos viéramos a punto de caer por el precipicio.

A Lee pareció divertirle la escena. Se volvió hacia él y le sonrió. — No llegaríamos muy lejos, Otto. Los árboles nos detendrían.

De pronto se abrió un claro en la bóveda que nos deslumbró y nos hizo parpadear. Vince paró en seco en la cima de la pendiente. —Este lugar se llama La Ventana, porque desde aquí se divisa el mundo que se extiende mas allá del bosque tropical. Mirad al fondo... de ahí venimos nosotros. ¿Véis dónde el Daintree desemboca en el mar?

Parecía que la exhuberante vegetación hervía en una implacable lucha por sobrevivir. Los árboles, las trepadoras, los helechos, las palmeras, todos luchaban por abrirse paso en busca de la luz. Los insectos zumbaban, el suelo desprendía una humedad tan densa que casi se podía tocar: la tierra entera parecía rebosante de vida voluptuosa. A lo lejos, por debajo de nosotros, se divisaba un extenso llano costero y a continuación, el intenso azul aguamarina del Mar de Coral, que se difuminaba en el punto en que el río Daintree se unía a él.

Otto lanzó una exclamación al ver a una mariposa gigante que, con un destello azul eléctrico, se precipitó y dio un giro brusco bajo la luz del sol.

Era una Ulises— dijo Vince. —Observadla cuando se pose. Desaparecerá.

Como un zafiro viviente, la Ulises planeaba, se ladeaba y flotaba, como si de manera deliberada quisiera mostrarnos su belleza. En una calada se posó sobre un capullo, juntó sus alas y se hizo casi invisible, al mezclarse el suave tono marrón de la parte exterior de sus alas con el color de la tierra.

—¡La mariposa!— exclamó Hilary al ver un pájaro pequeño que tenía el pecho de color amarillo muy intenso y el pico corvo.

Vince le dio un palmadita en el brazo y dijo, —tranquila. Es un pájaro de sol. No se alimenta de insectos, sino de néctar. Esa es una hembra —muy bonita por cierto—, pero espera a ver a su compañero.

El pajarillo lanzó un silbido agudo, y de pronto, como respondiendo a su llamada, apareció otro.

Tenía las alas y el dorso de color verde oliva y parte de su pecho amarillo, con una mancha en forma de babero de un azul intenso, casi violáceo. Se acercó a la hembra que descansaba en un arbusto

cubierto de capullos rojos, y suspendido en el aire batiendo las alas, hundió el pico en una flor.

Miré a Lee. Estaba atenta a los pájaros y sonreía. Mi cuerpo me recordó que la había besado la noche anterior; mi mente me advirtió del peligro.

Retomamos el camino y nos adentramos en un entorno cerrado y umbrío del bosque tropical.

Vince, orgulloso de sentirse nuestro protector, aparcó el Toyota junto a un cartel que anunciaba el sendero de Marrdja. -—¡Perfecto!-— dijo, agitando los brazos para indicarnos que nos acercáramos hasta que formamos un grupito frente a él. —Por si a alguien le interesa, Marrdja quiere decir en la lengua Aborigen bosque tropical. No os salgáis del camino y no os alejéis de la ruta marcada.

El sol trazaba dibujos sobre la superficie del suelo, que se movían conforme los haces de luz se filtraban por las aberturas del techo de la vegetación. —Mirad allá arriba— dijo Vince señalando con el dedo. Observé divertida como todos obedecíamos sus órdenes y alzando la cabeza, dirigimos la mirada hacia las palmeras gigantes, cuyas frondas parecían sombrillas abiertas. —Son las palmeras *abanico,* una especie muy rara que tan solo se encuentra en esta parte del mundo.

Tras admirar las palmeras durante algún tiempo, nos pusimos en marcha de nuevo mientras Vince nos explicaba por qué, aparte de las suculentas plantas y helechos, el suelo del bosque tropical aparecía —asombrosamente— desprovisto de vegetación. —Las hojas, las ramitas y ramas que caen continuamente de los árboles, forman un alfombra que en este clima se pudre con rapidez y se mezcla después con la tierra. La mayoría de las plantas necesita más luz que la de los escasos rayos que llegan hasta el suelo, de modo que cuando un árbol se derrumba, el sol penetra a través del hueco que éste deja en la bóveda vegetal, haciendo que las plantas florezcan y se alcen, luchando por la luz.

Aquellas que lo consiguen, tapan de nuevo la entrada con su follaje, por lo que las que no lo logran, perecen.

Con la punta de su bota revolvió la tierra cercana a un tronco podrido y dejó a la vista un grillo enorme que parecía indignado. “Un grillo

rey," dijo dirigiéndose a Hilary, que había retrocedido con una exclamación contenida. —Y si pensáis que este bicho es grande, es que no habéis visto las cucarachas que tenemos por aquí: son tan grandes que se les podría poner una silla de montar encima.

Lee se paró junto a un árbol gigante, cuyo tronco era un maraña enorme de protusiones, como gruesas raíces entramadas en un complicado zigzag. —¿Qué es esto? Parece como si le hubieran trenzado el tronco.

Vince dio una palmadita afectuosa en el tronco del árbol.

—Es una higuera estranguladora. Ya os dije que os hablaría de ella. Todo comienza cuando los pájaros o los zorros voladores comen sus frutos; las semillas de higo que caen a través de la bóveda vegetal, comienzan a florecer en el ángulo de una rama o en una pequeña oquedad —y tened en cuenta que esto ocurre a una altura de noventa o cien pies—. Conforme van creciendo, sus finas y largas raíces se dirigen hacia el suelo que pisamos, formando una cortina que hace casi imposible la existencia del pobre árbol sobre el cual crece. Cuando por fin llegan al suelo, ¡zas!, sus raíces se hacen más fuertes y gruesas, y comienzan a estrangular a su huésped, mientras que las hojas de arriba, al crecer, bloquean la luz del sol, por lo que el otro árbol muere. Y ese es el fin; ha ganado.

A continuación Vince señaló una madeja de trepadora y dijo, —Y éstas son palmeras o ratanes trepadores. No suelen ser más gruesas que éstas que veis aquí y pueden llegar a medir hasta cien pies de altura. Tienen una especie de ganchos con los que se sujetan para trepar—. Hizo una mueca irónica. —En Australia las llamamos *abogados*, porque una vez que te enganchan, ya no hay forma de que te suelten.

Lee nos dejó atrás y prosiguió el camino por el sendero. De pronto se detuvo, se inclinó hacia delante y se volvió hacia nosotros, pidiendo silencio con un gesto. Yo esbocé una sonrisa al ver al oso hormiguero, que iba revolviendo con su largo hocico las capas de hojas acumuladas en el suelo, y se paraba de vez en cuando a hurgar en el humus con sus garras impresionantes.

En un susurro, Vince dijo, —Seguro que la mayoría de vosotros pensáis que es un puercoespín; pero aunque tiene púas y come insectos, no pertenece a la misma familia. Esta especie se da tan solo en Australia y al igual que el ornitorrinco, pone huevos como los pájaros, aunque ambos son mamíferos y amamantan a sus crías.

Al oso hormiguero no parecían intimidarle nuestras miradas. Se detuvo a husmear entre las hojas podridas, nos miró con sus diminutos ojos negros y, acto seguido, en un tris-tras, se enroscó transfoi mandóse en una pelota cubierta de púas marrones.

Otto se aventuró a tocar las erectas púas y logró que el animal sr encogiera aún más. Mientras el Sr. Moto se arrodillaba, cómo no, para captar la escena con su cámara de video, Lee me dijo, —Yo conozco gente así: graciosos, pero cubiertos de púas.

Asentí y quise preguntarle, —¿Te refieres a mí?—, pero me sentía incapaz de arriesgarme a que ella me respondiera impasible, —¿A ti?

En la distancia se oyó el crujir tintineante del pájaro latiguillo macho, seguido del "chu chu" de la respuesta de la hembra. Vince nos hizo señas para que nos acercáramos. —Mirad esto— dijo.

Nos miró con atención. —Es un geco con cola en forma de hoja. Se mantiene al acecho, escondido tras su apariencia de corteza de árbol —fijáos cómo los costados de su cuerpo están arrugados, para no proyectar una sombra definida—, esperando a que algún insecto incauto, un pequeño lagarto o una rana de árbol, se aventure a pasar por ahí y le sirva de almuerzo.

Siempre he sentido debilidad por las ranas de árbol. Además de ser de color verde muy vivo, tienen unas ventosas en las extremidades con las que pueden trepar incluso por superficies de cristal, lo que me hace pensar en los montañeros que con mucha cautela escalan la pared de un desfiladero.

Además, estoy convencida de que poseen un excelente sentido del humor. Recordé un incidente que sin duda alguna, debió divertir mucho a las ranas. Ocurrió en una ocasión en que acompañaba un tour operador suizo bastante pesado por una visita a Queensland. Durante una parada nocturna que hicimos en el Cabo York, el suizo sintió la urgencia de ir al servicio, que consistía en una instalación bastante primitiva. De pronto, regresó muy agitado, y con cara de espanto e indignación insistió en que le acompañara de vuelta al baño, arguyendo que un gran sapo de color verde oscuro le había sonreído con malicia desde el reborde del inodoro.

—¿Es que nadan en la cisterna?— preguntó.

—Preste atención— dije al tiempo que tiraba de la cadena. El pequeño remolino de agua hizo que salieran catapultados de su escondite dos cuerpos verdes, e incluso juraría que les oí chillar mientras bajaban

arrastrados por la cascada. Una vez que el agua recobró la quietud, vimos que uno de ellos había desaparecido por la tubería, mientras que el otro escalaba con alegría por la resbaladiza porcelana. Yo estaba encantada por la fechoría de estos dos personajes; el suizo, en cambio, no parecía tan impresionado.

—¿De qué te ríes?— preguntó Lee.

—De las ranas de árbol. Ya te lo contaré después.

Vince comenzó a ponerse poético: —Si pasarais la noche aquí, saldríamos con las linternas y veríais a los canguros, a los canguros de árbol, a los zorros voladores, a los diminutos potorós

marsupiales, que son del tamaño de un conejo, y a los cuscuses de cabeza redonda, que no tienen orejas y miran con unos ojos enormes y atentos.

Proseguimos el viaje hacia el Cabo Tribulación. Vince continuaba pletórico de entusiasmo. —

¿Quieren saber por qué lo llaman Cabo Tribulación?— Fue una pregunta retórica, y continuó antes de que nadie pudiera responderle. —Fue en 1770, el capitán Cook —por aquel entonces descubrió Australia—, chocó contra un arrecife justo en este promontorio. El *Endeavour* no se hundió, pero la colisión le ocasionó tantos problemas, que bautizó el lugar con el nombre de Cabo Tribulación—.

Agitó la cabeza. —Hay que tener ganas para echarse a navegar por el mundo en esos pequeños barcos de madera.

Nos detuvimos en una playa para almorzar en un complejo lujoso situado al abrigo del bosque tropical. Vince se bajó del Toyota de un brinco y, con un movimiento amplio de brazos, exclamó, —

¡Arrecifes, bosque tropical y playa!

La espesa vegetación se detenía de golpe en el borde de la arena rosácea y desierta, que se extendía hasta un promontorio lejano. El agua verdosa chapoteaba dibujando ondas perezosas y, por encima de nosotros, la bóveda del cielo era de un azul tan intenso que parecía vibrar.

Estaba cansada, emocional y físicamente. La luz era demasiado deslumbrante, la belleza, abrumadora. De pronto sentí sobre mí todo el peso del tiempo: ese paisaje había permanecido inmutable desde

hacía al menos un millón de años. Extrañas criaturas, canguros gigantes, wombats de tamaño de rinoceronte, marsupiales enormes y feroces—, habían vagado por los bosques primigenios que antaño poblaran la costa al igual que lo hacía ahora el bosque tropical; el mar hervía entonces con criaturas monstruosas y los pólipos de coral comenzaban a sentar los cimientos de los baluartes que más tarde se convertirían en la Gran Barrera de Coral.

El eco de las palabras de Lee, que estaba sentada a mi lado, me devolvió a la realidad. —Es un continente tan antiguo...

Vince la oyó, —El más antiguo del mundo— dijo orgulloso. —Tenemos rocas en el *Outback* que, según los científicos, pueden tener hasta tres mil millones de años.

Otto, un apasionado de la información, quería conocer más detalles; el Sr. Moto había perdido el interés, pues ya no había nada que filmar; Hilary sonrió triunfal y dijo, —¿Vamos a almorzar, Vince?

Estoy muerta de hambre.

El almuerzo —a base de pescado fresco, sin más, muy sabroso, fue un éxito, aunque yo no lo saboreé. Más tarde Vince nos conduciría de vuelta al helicóptero, y de allí sobrevolaríamos el espectacular litoral que une Port Douglas y Cairns. Abrumada por el cansancio, permanecí en silencio, sentada en medio en el asiento trasero, con el volumen ingente de Otto a un lado y la cámara omnipresente del Sr. Moto al otro. Hilary y Lee charlaban muy animadas. De pronto me di cuenta de que sentía... ¿celos? Cerré los ojos, decidiendo que estaba demasiado cansada para pensar de forma ordenada.

Estuve a punto de sonreír; un poco de orden era justo lo que más necesitaba dadas las circunstancias.

El *chop chop* estruendoso del helicóptero me irritaba aún más, con lo que apenas tuve ganas de mirar las magníficas playas — franjas de arena semiocultas, bañadas por un mar cristalino, y orladas

de palmeras—, que discurrían interminables bajo nosotros. Deseé que Vince nos hubiera acompañado pues él conocía bien cada promontorio, cada playa, y siempre tenía nlguna historia que contar de cada punto.

Parecía que todos estábamos saturados de tanta belleza. El Sr. Molo había dejado de filmar; Otto miraba por la ventana en silencio; Hilary se tapó la boca con un gesto elegante, ocultando un bostezo, y Lee

estaba sentada junto al piloto, pero por primera vez, no hacía preguntas. Observé con detenimiento su perfil pronunciado. Parecía fuerte, decidida, implacable. Estaba segura de que cumpliría su promesa; de que se comportaría como si no hubiera habido beso alguno, ni indiscreción por mi parte. Pero, yo... ¿lograría olvidarlo? No podía.

8

Me fui a la cama cansada y melancólica. Me desperté descansada y melancólica. En mi mente flotaban aún fragmentos de sueños que se desvanecían con la luz. Bostecé y me estiré. ¿Había soñado con Lee? El recuerdo de su risa grave se disipó en el momento en que el despertador cobró vida con un estruendo musical.

Lo último que quería hacer era saltar de la cama. Apagué la radio, me sumergí de nuevo en las sábanas, y escondí la cara en la almohada. Adormilada aún, la imaginación me traicionaba con sensaciones eróticas y dulces; los besos de Lee, la textura de su boca, la presión de su cuerpo contra el mío cortándome la respiración. Me incorporé.

Esto no tiene remedio. Estoy loca por una mujer que se reiría de mí si supiera lo que siento. Tengo que conservar algo de dignidad y, sobre todo, mi carrera.

Recordé que se había convocado una reunión de personal a primera hora y salí de la cama con un pequeño cabreo. Di rienda suelta a mi enfado: era una manera de contrarrestar el deseo que me turbaba y confundía porque, aunque se trataba de algo más que un imperativo físico, yo estaba dispuesta a ignorar cualquier dimensión más profunda. Había aprendido a no albergar grandes esperanzas porque después la desilusión era mayor.

Ten orgullo. Ten un poco de orgullo, Alex. Ella no te rechazara si mantienes las distancias.

Podía sermonearme cuanto quisiera. La imaginación se me resistia y elaboraba sus propias imágenes seductoras. Lee era lesbiana, le encantaban las mujeres y demostraba sin reservas que disfrutaba de mi compañía. Recordé cómo había abierto la boca para besarme. Me había besado de verdad. ¿Qué hubiera ocurrido si me hubiera quedado en vez de marcharme?

Me dirigí al cuarto de baño. “Ducha fría" me receté en voz alta, enfurecida. ¿Qué era un beso al fin y al cabo?, sin embargo hacer el amor tenía mucha más trascendencia que un simple abrazo. Santo cielo, Lee era una profesional, yo también lo era, y Sharon había dicho que nunca mezclaba el placer con los negocios. No había motivos para suponer que se saltaría sus propias reglas por Alex Findlay.

Sonreí con pesadumbre. *Una pena... pero así es.*

Hoy era un día de vital importancia para el éxito de la convención. Nuestros tour operadores domésticos expondrían sus ofertas a la evaluación severa de los mayoristas internacionales y de las pequeñas empresas dedicadas a tours especializados. Era el día en que se presentaban los paquetes de viajes, se firmaban contratos y se concretaba el potencial turístico.

El propósito de esta reunión de personal a primera hora era estimular al máximo nuestra eficiencia y entusiasmo. Debíamos vestir de blanco y llevar las tarjetas de identificación bien a la vista. Se nos habían asignado tareas concretas; la mía era de facilitador —en estos últimos meses Sir Frederick se había aficionado a la jerga de la psicología y a la teoría de mandos—. Mi función consistía en asegurar que las negociaciones entre los operadores de tierra y los mayoristas transcurrieran sin problemas, y en cuidar todos los detalles de la manera más discreta y eficiente posible. Aunque Lee Paynter y Otto Schmidt eran responsabilidad mía, se esperaba que todos los empleados de A.P.P.

contribuyeran a la venta del turismo australiano en general.

Casi llegué tarde a la reunión. Por suerte la cabellera roja de Sharon no pasaba desapercibida. Me abrí paso entre la multitud para cogerla del brazo. Quería pedirle consejo antes de que regresara a Sydney al día Iguíente. —¿Podemos hablar después, un momento? Es importante.

Ella alzó una ceja inquisitiva —Se trata de Steve otra vez?—, me preguntó.

—No, es bastante peor. A él sé cómo llevarle.

—Entonces es Sir Frederick.

—¿Así que lo has notado?

Sharon sonrió comprensivamente. —Lo he notado y además he oído el chismorreo malicioso de Jackie Luff. Te lo pensaba comentar después de la reunión. Anda diciendo que te acuestas con él para trepar.

—Vaya, qué bien.

Sir Frederick dio unos golpecitos en el atril para reclamar la atención de los asistentes. En su papel de perro fiel, Jackie Luff lanzó una mirada feroz que exigía silencio. Le devolví la mirada. —Esto es justo lo que me faltaba—, le dije a Sharon. —Voy a ponerla en su sitio.

Ella sonrió con ironía. —Eso sí que me gustaría verlo. Hace mucho tiempo que Jackie se la está buscando...

Sir Frederick reclamó atención de nuevo, esta vez con clara impaciencia. Se hizo un silencio, esperó un momento y luego empezó a hablar: —No es necesario que os diga lo importante que es este día, porque hoy vamos a cosechar los frutos de todo el trabajo de los últimos meses...

Mantuve la expresión atenta, pero desconecté para intentar analizar lo que sentía. Verbalizar mis propias reacciones me ayuda a aclararme las ideas. Presente en la reunión, pero a la vez ausente y con la mirada fija en la figura apuesta de Sir Frederick, se me ocurrieron palabras como crispada, tensa, peleona y, muy a pesar mío, infatuada.

Sonreí con ironía. Era extraordinaria la facilidad con que Lee Paynter alteraba mi equilibrio.

La reunión terminó y Sharon y yo salimos fuera. Steve se nos acercó con una sonrisa triunfal.

Estaba muy guapo vestido de blanco.

Siempre aparecía acicalado, como si acabara de mirarse al espejo y estuviera bien satisfecho con su imagen.

—¿Tenía o no tenía razón?— me dijo señalando a Sir Frederick con un gesto disimulado.

Me permití con cierta satisfacción la imagen mental de meterle los, dedos en los ojos, mientras le decía en tono jovial. —Espero que tu fuente de información no sea Jackie, porque desde luego está equivocada...

En el momento en que dije esto, llegó la ayudante de Sir Frederick de la sala de reuniones. Dejé a Sharon y a Steve, me planté frente a ella y le dije, —Jackie, quiero hablar contigo. En privado y ahora mismo.

Ella intentó escabullirse. —Estoy demasiado ocupada— dijo. Ahora mismo Jackie, no tardaré mucho.

Contuve la rabia, aunque se traslucía algo en mi voz. Por fin Jackie accedió. Volvimos a la sala de reuniones, que había quedado vacía. Cerré la puerta. No subí la voz; mi madre me había enseñado lo eficaz que puede resultar un tono suave y a la vez mordaz. —He oído que te dedicas a propagar chismes sobre Sir Frederick y yo.

Jackie no se atrevía a mirarme a la cara. Se encogió de hombros, frunció la boca y dijo con resentimiento, —No sé de qué me hablas.

—Tengo entendido que le has dicho a varias personas que mantengo relaciones sexuales con Sir Frederick.

Parpadeó ante mi brusquedad: —¿Quién te ha dicho eso?

No iba a desviar la conversación hacia quién le dijo qué a quién. —¿Estás segura de que quieres involucrar a otra gente en este asunto? Ya es lo bastante feo de por sí, pero si fuera necesario, estoy dispuesta a llegar hasta el final. Me importa mucho mi reputación, tanto personal como profesional, y este chisme carece de cualquier fundamento.

Su mirada estaba cargada de ira. —A ti te da lo mismo que él esté solo. Para ti, Sir Frederick no es más que una oportunidad de trepar, de aprovecharte. Perdió a su mujer y sus hijos son ya mayores, es un blanco fácil, ¿no?

Exasperada le dije, —Eso es ridículo. No tienes ningún derecho a propagar una historia que sabes que es falsa. Atente a las consecuencias.

Se produjo un silencio. Jackie se mostraba inquieta: el hecho de que yo estuviera dispuesta a llegar hasta el final del asunto era una clara amenaza cuyo resultado sin duda la perjudicaría. Por fin dijo,

— bueno, y qué quieres que haga yo al respecto?.

—Quiero que dejes de contar esa historia ya mismo y que si alguien vuelve a mencionarte algo al respecto, lo desmientas. La ira comenzaba a desbordarme. —En otras palabras, Jackie, quiero que cierres la boca.

No iba a permitir que salvara el tipo. No quería acabar la conversación con el más mínimo atisbo de reconciliación. Al abrir la puerta, le dije, —Y que sea la última vez.

En cierto modo había vencido. Sharon se ocuparía de los rumores clandestinos y, si el cotilleo no se repetía, acabaría enfriándose deprisa y sería sustituido por alguno más reciente, de modo que no

me pareció necesario rebatir personalmente lo que fackie había contado, el tiempo se haría cargo.

¿Pero qué habría pasado si el rumor se hubiera referido a Lee? ¿ Y si Jackie hubiera ido diciendo que yo era lesbiana? En ese caso no habría podido soportarlo, ni ahora ni nunca.

Por la tarde Sir Frederick anunció que la jornada había sido un éxito rotundo. Para mí había transcurrido deprisa, yendo y viniendo entre Otto y Lee, si bien ambos habían hecho su trabajo, sabían lo que querían y por tanto sólo necesitaban que localizara a unas personas determinadas e hiciera algunas presentaciones.

Muchos de los delegados abandonarían de la isla de Tern al día siguiente: unos, acompañados por el personal de A.P.P partirían con rumbo a otros destinos en Australia, y otros regresarían a sus países. Por este motivo la cena de esa noche sería una despedida oficial, aunque esta vez discreta.

Escogí la ropa con esmero: me puse unos pantalones de seda de talle alto a juego con una camisa de manga larga de un ámbar dorado que contrastaba con el tono oscuro de mi pelo y de mis ojos.

Desde mi sitio en la mesa oficial, busqué a Lee con la mirada. Entró con Hilary, que llevaba un conjunto muy escotado de color rosa estridente que la favorecía mucho. Lee llevaba un vestido azul tan pálido que resultaba casi blanco y el brazalete de malla de plata que había llevado la primera noche. Me sonrió al sentarse.

Después de la cena, Sir Frederick pronunció un discurso, breve y ameno, y nos pidió a un grupo reducido que fuéramos a tomar cale con él a su cabaña. Sir Frederick y el Sr Wen de Corea encabezaban el grupo; el primero daba unas zancadas tan largas que su compañero, de menor estatura, se veía obligado casi a trotar para seguirle, Tony, Sharon y yo caminábamos en un silencio cordial, sintiendo la caricia estimulante del aire cálido y perfumado mientras que detrás nuestro, Hilary Ferguson y Lee se reían con alguna historia divertida. Sin quererlo pensé que en los últimos días pasaban mucho tiempo juntas...

Las cabañas, amuebladas de forma más opulenta que los búngalos, estaban diseñadas para recibir invitados. El lujoso alojamiento de Sir Frederick se ocultaba detrás de unas hileras de arbustos en flor, hábilmente dispuestas para crear la impresión de que la cabaña estaba situada en su propio bosquecillo, alejada del resto de los edificios. El salón, desde el que se podía acceder a un patio de piedra, era muy amplio y estaba cubierto con una alfombra blanca y lujosa. Un camarero servía café y pasteles, mientras que Sir Frederick recorría la habitación sujetando afablemente una bandeja de licores. Yo opté por

tomar café, pues ya había bebido vino con la cena y no quería mezclar la proximidad de Lee con más alcohol.

Recorrí la habitación charlando con unos y con otros y me detuve más tiempo con Otto, quien en un alarde de galantería dijo que tenía el corazón roto por tener que separarse de mí. No hablé con Lee. En un momento dado me topé con Tony, cuyo recorrido había sido similar al mío, pero en sentido opuesto. —Hemos cumplido— dijo. —Busquemos un lugar para relajarnos.

Tony se hundió a mi lado en un sofá amplio, de color bermejo. —Me gusta el mobiliario amplio, Alex. Hace juego con mi amplitud física—. Se escuchó una risotada del otro lado de la sala, donde Hilary, que se mostraba de un humor excelente, entretenía a Lee y a Steve, aunque me pareció obvio que se dedicaba más a ella. Su risa contagió a Tony, que miró a Hilary con aprobación y dijo, —Es muy guapa, ¿verdad?

Empleó un tono objetivo, carente de connotaciones. No era la primera vez que Tony me daba que pensar: había estado casado y tenía hijos, pero se había divorciado hacía años y sus hijos eran casi adultos.

Me rozó con el codo. —Mira a Steve— me dijo. Hilary y Lee mantenían una conversación animada y Steve hacía intentos frustrados de hacerse con las riendas de la situación. Tony comentó con marcada ironía, —¿Le estarán dando la espalda a Steve? ¿Cómo se atreven a negarle el protagonismo?

—Pues eso parece—, murmuré. Me empeñé en prestarle toda mi atención a Tony, con el fin de ignorar a las dos mujeres, pero aún así no pude evitar el sentir una puñalada de ¿qué? ¿Resentimiento o tal vez celos?

Por fortuna Sir Frederick se trajo una silla y se sentó con nosotros, estaba encantado con los resultados del día y quería conocer nuestras impresiones al respecto, por lo que pude centrarme en responder a sus preguntas y exponer mis opiniones. Su actitud hacia mí esa noche era correcta y profesional. Resultaba tentador pensar que había oído los chismes de Jackie y que había decidido dar marcha atrás.

Tan pronto como Sir Frederick se distrajo con otros invitados, aproveché la oportunidad para escaparme. La sala rebosaba de ruido: las risas, las conversaciones, los tintineos de tazas y vasos. Esa conocida sensación de alienación me invadió, me dirigí discretamente al patio y salí afuera. Las voces se redujeron a un ruido de fondo a medida que me adentraba en el jardín. Me senté en un banco de

piedra y me imbuí en la paz de la noche.

La luna, al salir, bañaba la noche de claroscuros. Los grillos —sin duda enormes— cantaban, y el perfume de las flores tropicales invadía la brisa.

—¿Te importa que me siente?— dijo Lee.

El corazón me dio un vuelco, no de sorpresa ni de alegría, sino de miedo, y no sólo porque la deseara con una pasión carnal turbadora, pues contra eso podía luchar. Lo que sentía por Lee tenía otra dimensión, era algo más profundo, más incomprensible y peligroso.

—Alex.

¿Por qué su voz me causaba siempre tanta desazón?

—¿Qué?

Se quedó mirándome con el ceño fruncido.

—¿Te pasa algo?

Miré hacia otro lado. —Sí...

Dilo de una vez. Atrévete a expresar lo que piensas y lo que sientes La luz de la luna bañaba el jardín, los grillos cantaban. Alcé la vista. —Quiero acostarme contigo.

Lee esbozó una sonrisa. —Hagámoslo.

—¿Así, de repente?

Su risa grave y ahogada me dejó sin aliento. —Así, de repente.

Caminando bajo la luz de la luna nos dirigimos hacia el búngalo de Lee, sin rozarnos ni mediar palabra. Me sentía desconectada, fatalista; lo que tuviera que ser, sería y si resultaba un fracaso, si hacía el ridículo, era porque tenía que ser así.

Lee introdujo la llave en la puerta, abrió y me hizo una seña para que entrara. Parecía tranquila, concentrada.

Para ella es algo normal, ha debido de hacer esto miles de veces.

La habitación estaba oscura, no había más que una lámpara. La sangre me martilleaba los oídos.

Lee estaba de pie, esperando.

En la oscuridad la miré a los ojos, ella abrió los brazos y me hundí en su abrazo.

El calor de su boca despertó en mí un deseo paralizante y voraz que me hacía temblar, gemir.

Quería arrancarle la ropa, recorrer con los dedos su piel desnuda, saborearla, consumirla, pero era Lee quien me desnudaba y me besaba sin parar. Deslizó las manos bajo mi camisa, me desabrochó el sujetador y me quitó la ropa con delicadeza, dejando mi torso al desnudo. Inclinó la cabeza, haciéndome cosquillas con el pelo, me cogió los pechos con las dos manos y jugó a lamer y a morderme los pezones erectos.

Escuché mi propio jadeo. Tenía que decírselo.

—No aguanto más de pie—. ¿Era esa mi voz, tan enronquecida por la pasión?

Lee murmuró: —Sólo un poco más. Sus dedos hábiles y firmes luchaban con mi cinturón y yo la ayudaba, desesperada por verme desnuda. La desazón que sentía entre las piernas era tan apremiante que quería cogerle la mano y suplicarle que se diera prisa.

Era un puro desenfreno. Yo jadeaba; mi autocontrol se había desvanecido. —Lee, no puedo esperar.

Sentí la frescura de las sábanas contra mi piel acalorada, mis caderas se elevaron casi sin quererlo y me abrí de piernas. Sentí la boca de Lee en mi pecho, su mano firme y segura. Un éxtasis de tensión me recorrió el cuerpo y me arqueé temblorosa, estaba a punto...

Escuché la voz de Lee, que me exigía con dulzura, —Córrete por mi. Y escuché mis propios gemidos, mientras mi cuerpo se retorcía en oleadas de alivio.

¿ Cómo he podido llegar al extremo de gemir así, de sentir que los huesos se me disuelven, que el cuerpo se me derrite?

Permanecí tumbada, con la cara recostada en su cuello, llena de una languidez placentera y consciente del tacto suave de su ropa fina contra mi piel desnuda.

—Lee...

De nuevo escuché su voz grave. —¿Alex?

—Me gustaría desvestirte—. *Qué palabra más aséptica... Quiero... Deseo... Anhelo el tacto de tu piel contra la mía,*

Se limitó a observar mientras yo intentaba, con torpeza, bajarle la cremallera, Su mirada era profunda, tenía los labios entreabiertos y esbozaba una sonrisa. Parecía serena, pasiva, pero podía sentir su pulso en la garganta. Estaba impaciente; necesitaba agarrarla, devorarla, satisfacer la sed insaciable que sentía por su cuerpo.

—Ayúdame—, le dije con voz ahogada. Se levantó de la cama y permaneció de pie mientras la desnudaba. Le quité el resto de la ropa, y sentí el tacto cálido de su piel dorada. Quería sentirla sobre mí, quería introducirle los dedos, quería...

—Oh Dios—, me oí decir.

Ella me miraba con los párpados entornados. Nuestras bocas se encontraron. La sujeté con fuerza entre mis brazos y la así contra mí, sintiendo el abrazo de su cuerpo contra el mío. Del beso emanó mu espiral de sensaciones que se confundían en un remolino de senil mientos, tan intenso que era como un dolor exquisito, prohibido.

Quise mantener la calma, ser suave, considerada, pero temblaba de pasión y pedía a gritos un alivio que sólo su cuerpo podía brindarme. Me dejé caer sobre la cama y la arrastré conmigo. Ella se dejó llevar, permitiéndome colocarla sobre mí. Abrí la boca, a la espera de la suavidad de sus pechos grandes y repletos. Tenía un muslo entre sus piernas y ella se frotaba contra mí, húmeda al igual que yo, temblando como yo.

Lee lo era todo en ese momento: su pelo rubio revuelto y atezado, su respiración entrecortada, el sabor de su piel, el ritmo descontrolado de su cuerpo...

Entonces me di cuenta de que yo estaba sollozando, aunque no sabía por qué.

9

El vuelo a Cairns partiría a media mañana. En breve llegaría alguien a recoger mi equipaje. De pie, miraba sin ningún entusiasmo todo lo que me quedaba aún por empacar y me preguntaba por qué siempre que uno se marcha, parece llevar mucho más equipaje del que trajo consigo.

Me senté en el borde de la cama. La estrategia de concentrarme en el equipaje y pretender que no había pasado nada, no me estaba dando resultado. Aquellas imágenes recientes me asaltaban sin cesar: la luz de la luna, los pechos de Lee, las sábanas revueltas, su piel resbaladiza de sudor, la agonía del deseo, mis lágrimas...

—¿Por qué lloras?—, me había preguntado con voz suave.

—No lo sé.

Me estrechó entre sus brazos, consolándome, y brotó de nuevo mi pasión; me vi desbordada por un apetito frenético y salvaje que nunca antes había experimentado.

Después dormimos. Desperté al amanecer, y al intentar desasirme de su abrazo, ella abrió los ojos.

Adormilada aún, me miraba mientras yo me vestía con rapidez.

—¿Por qué te marchas, Alex? Vuelve a la cama.

Tenía que huir. El remordimiento, el miedo, el pánico incluso me martilleaban la cabeza.

Sonrió. —¿Despides a tus amantes con un beso o acostumbras escaparte así?.

—Me escapo.

Esto había ocurrido cuatro horas antes y ya había tenido el linnpi» suficiente para reconsiderar los hechos. Me encontraba en un callejón sin salida. Esa pasión, inicialmente sublimada en mis fantasías seconvertía ahora en una realidad candente; tan sólo de pensar en ella ardía en deseo. Se trataba de algo más que un deseo físico, quería dar y recibir ternura, apoyo y comprensión.

¡Dios mío! No has hecho más que pasar una noche con ella, y ya pretendes

amor eterno. Vamos Alex, ya es hora de crecer

A pesar de que siempre me había sentido muy segura de mi profesión, ahora temía que pudiera verse amenazada. Me despreciaba a mi misma por esos temores, pero eso no frenaba mi ansiedad.

Lee era lesbiana declarada. ¿Y si alguien me hubiese visto saliendo de su bungaló? ¿Cómo se comportaría conmigo después de lo sucedido? ¿Revelaría tal vez que nuestra relación había pasado a un plano más íntimo?

Mis temores resultaron infundados. En todo momento, en el minibus, al abordar la avioneta,

durante el viaje a Cairns, y mientras esperábamos nuestros respectivos vuelos en la terminal, Lee se comportó igual que antes. No hubo miradas de soslayo, ni indirectas en su conversación, ni sonrisas cómplices. Se centraba, como siempre, en el trabajo.

Sentí una liberación amarga: por un lado su actitud me producía alivio, por otro irritación. ¿Tan poco había significado para ella nuestro apasionado encuentro?.

Desde Cairns, Sir Frederick y Steve Monahan acompañarían a un grupo reducido, que incluía a Hilary Ferguson, a Top End, y de camino visitarían Darwin y el Parque Nacional de Kakadu. Yo por mi parte iría junto con Tony Englert, el señor Wen—el representante coreano— y Lee, a Red Centre, pasando primero por Alice Springs, para proseguir a Ayers Rock, donde nos encontraríamos con el resto para regresar después todos juntos a Sidney.

Con cierta ironía pensé que era una bendición el poder librarme de Sir Frederik y de Steve durante unos cuantos días, el tiempo justo para aclararme aclararme las ideas. ¿Me bastaría con unos cuántos días? Escuché como mi “yo” racional se mofaba de mi certidumbre.

En el aeropuerto de Cairns, Sharon, que regresaba directamente a Sidney, se despidió de mí con un abrazo y tras besarme en la mejilla, me dijo, —Estás guapísima, Alex. ¿Qué te has hecho?.

Sir Frederik se limitó a ponerme una mano en el hombro y me dedicó una cálida sonrisa, —Ya te he dicho antes, Alexandra, que estoy muy contento con tu progreso. Pronto hablaremos de tu futuro.

Steve se apartó de Hillary Ferguson lo suficiente para susurrarme al oído, —Vas por buen camino.,

“queri”. Juega bien tus cartas y dentro de nada eres Lady Alexandra.

Tony había permanecido callado junto a mí, y mientras Steve se alejaba con paso liviano, vi como lo observaba con inquina.

Le toqué la mano. —Tony, ¿qué te ha hecho Steve?

—Nada—, respondió ausente.

—Venga, está claro que te cae fatal. Es insoportable y egocéntrico, pero no es para odiarlo.

—Steve es un auténtico cabrón—, dijo. —Ten cuidado con él, Alex. Es peligroso—. Y dirigiendo la mirada al panel que anunciaba los vuelos, cambió de tema, con un alivio evidente.

—El vuelo a Alice esta embarcando... Voy a buscar a nuestro Sr. Wen.

Tony se sentó con Lee, pues Sir Frederick me había recomendado que aprovechara la oportunidad que brindaba un vuelo largo para hacer buenas migas con el señor Wen, lo cual me pareció buena idea ya que si ascendía al puesto de directora regional de Asia, gran parte de mi atención iba a centrarse en el floreciente mercado coreano.

El señor Wen hablaba un inglés excelente. Llevaba unos pantalones de lino cortos bastante arrugados y una camisa de flores muy llamativas, y guardaba sobre las rodillas, con gran recelo, la funda abultada de un equipo fotográfico. Le ofrecí el asiento de ventanilla y, como hacía buen tiempo y apenas había nubes, hablamos de la variada fisonomía del paisaje que se desplegaba poco a poco bajo las alas plateadas del avión. Volábamos en dirección suroeste hacia el centro geográfico de Australia, el Outback —también denominado el Corazón Rojo o El Centro Rojo—; una tierra vasta, semiárida y casi deshabitada, poblada de vetustas cordilleras rojas, rocas de color y gargantas de arenisca que le confieren un aire de majestuosidad espectral.

Conforme nos aproximábamos a Alice Springs, le hablé sobre la regata de barcos del río Todd —

una típica broma australiana, porque el Todd por lo general no es más que un cauce fluvial seco que se caracteriza por tener una serie de charcas, una de las cuales le da su nombre a Alice Springs—. La

regata se celebra en agosto, los barcos no tienen fondo y las tripulaciones los llevan a cuestas mientras corren furiosos por los lechos resecos.

Dejamos de hablar. El paisaje se tornaba cada vez más espectacular: el desierto enorme, las cordilleras de MacDonnell, los lechos secos, serpenteantes de ríos antiguos; todo lo que antaño constituyó el escenario natural de tantas leyendas aborígenes.

El Alice, que así se llama, es una explosión de civilización en medio de la nada. Cada vez que me acerco en avión, tengo la impresión de estar sobrevolando las antípodas de Palm Springs del desierto australiano.

Cuando el avión se aproximaba al aeropuerto, el señor Wen se volvió hacia mí y exclamó entusiasmado "¡Un lugar como Alice!", probando así que la historia de Neville Shute ya fuera como libro, película o serie televisiva aún resultaba cautivadora.

Tony y Lee estaban sentados dos filas por delante. Habían pasado la mayor parte del viaje hablando en un tono bajo, poco frecuente en Lee y al desembarcar, los dos parecían preocupados y serios. No llegaba a comprender por qué, pero esa idea no dejaba de rondarme la cabeza.

Me acerqué a Tony mientras se dirigía a la recogida de equipaje y le pregunté en tono ligero, —

¿De qué demonios hablabas con Lee? Los dos tenéis una cara de lo más siniestra.

—No es asunto tuyo, Alex.

Su reacción me sorprendió y me hirió. Pensaba que nuestra amistad me permitía hacer esas preguntas. —Perdona.

El se detuvo. —Mira... lo siento... es algo de lo que no puedo hablar.

—Y con Lee sí puedes hablarlo?

Asintió con sobriedad. —Sí, con Lee puedo.

No iba a hacerle más preguntas; su expresión me dio a entender que el asunto estaba zanjado. Hice un comentario animado e intrascendente para darle a entender que había captado el mensaje, mientras consideraba su retícencia enigmática. ¿Qué podía haber hablado con Lee —una extraña a fin y al cabo

— que no pudiera hablar conmigo?

El vuelo había sido largo y los cuatro íbamos en silencio en el taxi de camino al Sheraton. Lee pareció animarse al ver un campo de golf que

lindaba con el hotel y como yo me excusé, acabó embaucando al Sr Wen y a Tony a jugar una partida a primera hora de la mañana —Y después quizá podíamos buscar una cancha de tenis, me dijo con una mueca.

—No habrá tiempo, a no ser que quieras desbaratar el programa y ya sé lo importante que es para ti.

—No discutáis—, dijo Tony haciendo una buena imitación del genuino acento inglés de Sir Frederick. —Debo recordarte, Alexandra, que un mayorista extranjero siempre tiene razón, por descabelladas que te parezcan sus exigencias.

Lee me miró y su sonrisa se agrandó. Era la primera insinuación de complicidad entre nosotras, y sentí que me sonrojaba al recordar lo que yo le había exigido la noche anterior.

De pronto me sentí desconcertada, insegura. ¿Qué pensaba ella de mí? ¿Me veía tan sólo como una mujer con quien pasar unas horas agradables... o tal vez sería algo más?

Los cuatro tomamos una cena ligera, charlamos un rato y de mutuo acuerdo decidimos retirarnos temprano. Lee dejó que los otros dos se nos adelantaran y entonces, mirándome a los ojos, esbozó

una sonrisa.

—¿Alex...?

Su intención estaba clara. Yo disentí con la cabeza. —No—. Mi voz sonó desabrida y hostil. Lee me miró durante un instante y asintió con suavidad, —Hasta mañana entonces.

Sola en la habitación, deambulaba impaciente, infeliz, indecisa ¿Por qué había rechazado a Lee?

No podía pretender que me jurara amor eterno tras pasar tan solo una noche juntas.

Venga, Alex, no dramatices. Procura disfrutar de su compañía míentras esté aquí.

Dejó que el teléfono sonara dos veces y respondió, —Lee Paynlei

—¿Puedo cambiar de opinión?

Escuché su risa grave y placentera. —Pediré champán. No tardes

Nuestras habitaciones estaban muy cerca, en la misma planta. De nuevo indecisa, vacilé unos instantes frente a la puerta antes de llamar. Me consumía un deseo carnal que sólo Lee podía satisfacer; pero yo quería más, mucho más que eso y sabía que ella se marcharía muy pronto.

Llamé a la puerta con impaciencia y con un golpecito firme.

Lee parecía serena. —¿Qué es lo que te preocupa, Alex?

—¿A mí? —No hay ningún compromiso, si ese es tu problema. No es mi estilo.

—¿Entonces es por pura diversión?— sugerí.

Dejó su champán, se acercó a mí y me miró con atención; tenía las pupilas dilatadas y su respiración era entrecortada. Quitándome el vaso me dijo, —Es algo más que eso.

La boca le sabía a pasta de dientes y a champán. Interrumpí el beso para hacer un comentario ridículo. —Te has lavado los dientes. —¿Tú no?

Sonreí, —Sí.

—Entonces estamos empatadas.

Esta noche, me prometí a mí misma, pienso disfrutar de nuestro amor. No voy a dejarme arrastrar por los impulsos desenfrenados de mi cuerpo.

No eran más que promesas. El fuego sacudía mi cuerpo, me bailaba en la yema de los dedos, me rugía en los oídos. —Lee, date prisa, creo que me va a dar algo.

Nos desvestimos con urgencia, tirando la ropa en cualquier sitio, y la tumbé sobre la alfombra.

—Cavernícola—, jadeó, medio riendo.

El despertador de Lee me espabiló de golpe. Lo primero que vi al abrir los ojos fue su pelo rubio.

Estaba de espaldas a mí y yo me acurrucaba contra ella con las rodillas pegadas a las suyas, rodeándole la cintura con el brazo.

Se revolvió, alargó la mano y tanteó a ciegas la mesilla buscando el

despertador. Después se arrimó más a mí y me atrapó en su abrazo adormilado.

—Lee, deja que me vaya. No debería estar aquí. Además, tienes una partida de golf a primera hora.

—Los abrazos bajan la presión sanguínea—, murmuró.

Tiré con suavidad para desasirme de su brazo y dije, —Si tuviera la presión más baja estaría muerta.

—Yo conozco la manera de subírtela...

—Alguien podría llamar a mi habitación.

Ella suspiró, exasperada, y se volvió hacia mí, —¿Y qué si llamara alguien, Alex? Aunque llamara todo el mundo, no estás. No es tan grave.

Me incorporé y crucé los brazos sobre mi pecho desnudo. —Mira, para ti es más fácil...

—¿Ah, sí?

Su tono me dejó helada, pero seguí desbarrando. —Mi carrera es importante para mí y me importa mucho lo que los demás piensen. No puedo permitirme el lujo de...

—Que haya gente que piense que eres lesbiana.

Me resultó más cómodo mirar en otra dirección. —Sí.

Se hizo un largo silencio; podía oír su respiración lenta y regular. Por fin dije, —¿Es que no vas a decir nada? ¿No vas a decirme que estoy equivocada?

—No. Tú tomas tus propias decisiones.

Su tono me indicó que no había más que añadir. Salí de la cama, encontré mi ropa y me vestí tan rápido como pude. No quería quedarme ahí, soportando el pesar indiferente que mostraba ante mi cobardía. Me sentí desolada.

Si pudieras llegar a amarme alguna vez, Lee, esto no ocurriría. No soy valiente como tú. No estoy dispuesta a arriesgarme.

¿Amor?. La palabra tenía un sabor amargo y abrasador. Había hecho

bien en aferrarme a mi mundo solitario.

Vacilé en la puerta unos segundos, intentando pensar en algo que quebrara el silencio tenso que había entre nosotras, y entonces, ridículamente, dije, —Que se te dé bien la partida—, y salí al pasillo cerrando la puerta con cuidado.

La partida de golf había sido un gran éxito. Tony y el Sr. Wen parecían estar muy satisfechos de sí mismos cuando nos reunimos para desayunar. Lee estaba más alicaída. La conversación consistió en una especie de *postmortem* entusiástico de la partida, que tanto parecen disfrutar los jugadores de golf, en el que con un deleite masoquista analizaron uno por uno los tiros fallados y aquellas jugadas que habían acabado en el agua de manera accidental.

Tras escucharles durante un largo rato, dije, —Yo debo ser un bicho raro, pues soy incapaz de ver el golf de la forma en que lo veis vosotros. Antes prefiero un buen paseo.

—Hablas así porque no sabes jugar—, dijo Tony con un bufido.

Y Lee añadió: —Yo te enseñaré los entresijos del juego, Alex. Después pedirás a gritos que te dejemos jugar.

Con una sonrisa, disimulé la desdicha que sentía de pronto: no llegaría a conocer a Lee lo suficiente como para que pudiera enseñarme a jugar al golf, ni para llegar a compartir cualquier cosa de su vida cotidiana. Nos quedaba poco tiempo juntas en este país —para ella extranjero— y después seguiríamos caminos separados.

Consulté el reloj y recordé a Lee y al Sr. Wen que en pocos minutos debíamos partir para visitar el desfiladero de Standley, a unos cincuenta kilómetros de Alice Springs.

Tony se quedaría a ultimar los detalles de nuestra visita a Ayers Rock, de modo que los tres partimos de excursión en un coche alquilado de lujo —Sir Frederick no escatimaba gastos cuando se trataba de crear una buena impresión—, en dirección a las cordilleras occidentales de MacDonnell.

El día era cálido y apacible. Conforme avanzábamos por las tierras aridas, fui mostrándoles los lugares de interés: la tumba de John Flynn,fundador del famoso *Flying Doctor Service* (el Servicio Aéreo de Asistencia Médica); los siniestros cúmulos de resinas situados contra el fondo opulento de las cordilleras de MacDonnell, que Natmajira, uno de los primeros artistas aborígenes que empleó las técnicas

occidentales de la acuarela, había plasmado en lienzos de una belleza y un brillo extraordinarios. Una bandada espesa y veloz de periquitos de un intenso color verde surcó el cielo.

Aparqué el coche e iniciamos un paseo de diez minutos por el lecho seco de un arroyo, hasta el desfiladero de Standley.

Aunque Australia, al igual que Japón, emplea el sistema métrico decimal, traduje las medidas como deferencia hacia Lee. Además, siempre he pensado que las medidas expresadas en pies impresionan más que en metros, al igual que ocurre con las temperaturas en *farenheit* cien grados *farenheit* parece una temperatura más elevada que su equivalente de 38 grados centígrados.

—El desfiladero de Standley tiene cinco metros de ancho —unos dieciséis pies—, por setenta y cinco metros de alto —unos doscientos cincuenta pies—.

El Sr. Wen asentía, Lee permanecía seria, oculta tras las gafas.

Nos detuvimos a la entrada de la garganta. Las medidas que acababa de detallar, que por sí solas no significaban nada, ahora se traducían en las vistas más espléndidas. Es tan profunda que en ella el sol entra tan solo durante diez minutos al día, justo después de las doce. Sus paredes rojizas se elevan abruptas desde el suelo rocoso y la única vegetación existente son unos tenaces arbustos de secano que brotan de las muchas grietas y fisuras de las paredes coloreadas.

No éramos los únicos; muchos visitantes aguardaban con las cámaras listas para captar el momento de la iluminación diaria de la grieta. Miré a mis acompañantes. El señor Wen aguardaba paciente, y con la cámara preparada. Lee estaba tranquila; llevaba las manos en los bolsillos de sus pantalones cortos vaqueros y admiraba, con la cabeza echada hacia atrás, la franja despejada y azul oscura del cielo.

Imaginé la tierra girando inexorablemente y el ojo del sol listo para inundar con su luz la estrecha garganta. Entonces, en el instante en que la tierra y el sol sincronizaban las paredes, como sorprendidas por el haz de un faro incandescente, comenzaron a lanzar destellos de brillantes tonos rojos, bermejos, ocre y oro.

—Es precioso. Esto es espectacular—, murmuró el señor Wen, que tomaba fotos sin parar. Lee no dijo nada. Se limitó a sonreír mientras contemplaba el resplandor de las paredes rocosas. Sentí que el

corazón me dio un vuelco.

Me resultaría tan fácil enamorarme de ti...

La tarde transcurrió en Alice Springs, recorriendo las diversas atracciones turísticas del lugar junto con Lee y el Sr. Wen. Les llevé a una galería de arte aborigen que exhibía el esplendor de los colores de la tierra y los motivos complejos de una visión genuina que mostraba representaciones estilizadas de animales a modo de radiografía.

Donde quiera que fuéramos, el señor Wen hacía fotografías de todo y Lee hacía preguntas. El día finalizó con un viaje a la cima de la colina de Anzac a la caída del sol, desde donde contemplamos la luz mortecina iluminando el bermellón de las cordilleras de MacDonnell.

La actitud de Lee hacia mí parecía ser igual que antes. No obstante, no podía olvidar la conversación fútil que habíamos mantenido aquella mañana. Después de la cena dije que estaba cansada, evité su mirada y subí a mi habitación. En efecto, estaba cansada, pero también quería evitar una nueva discusión. ¿Cómo podía explicarle a alguien como Lee que debía guardar mi secreto y permanecer en el armario, cuando ella estaba tan cómoda fuera?

Era hora de analizar mis perspectivas. Pedí que me subieran un café, me senté en la mesa junto a la ventana y me dediqué a observar las luces de los coches que se dirigían veloces a sus destinos, preguntándome a dónde me dirigía yo.

Lee suscitaba en mí una respuesta física salvaje, desconocida para mí hasta entonces. Como persona, me intrigaba: cierto que podía ser dura, pero también era capaz de ser tierna. Recordé cómo me había consolado cuando lloré, descubriéndome así una faceta distinta de su personalidad. También recordé que Sharon había dicho que Lee tenía integridad. Estaba de acuerdo. Confiaba en Lee. No percibía en ella esa disonancia inquietante que emanaba de las personas cuyos actos no concuerdan con sus palabras. Y era muy resuelta: le había dicho al mundo que era homosexual y no era su problema si el mundo no lo aceptaba.

Pero ¿qué pensaba Lee de mí? En el plano sexual le agradaba, de eso no me cabía duda. Por lo demás... Las dos teníamos un sentido del humor parecido, y yo era capaz de hacerla reír. Y eso sin duda era importante en una relación...

Una *relación.* Esa era la palabra clave. Sharon había dicho que Lee era promiscua. Tenía que aceptar el hecho de que yo era sólo otra aspirante más.

Llamaron a la puerta, y antes de abrir, sabía que era Lee. Se había puesto unos vaqueros y una camisa verde jade, y su expresión era comedida, seria.

—Hola. ¿Puedo hablar contigo un momento?

Me hice a un lado, señalando hacia la mesa. —Todavía queda algo de café, si no te importa usar mi taza...

Mi comentario suscitó una leve sonrisa. —Te beso. ¿Por qué no iba a compartir tu taza?

Me sentí extraña, incómoda, pero a la vez muy feliz de que estuviera allí.

Acerqué una silla y le serví el resto del café. Se sentó apoyando los codos sobre la mesa y sujetando la taza con ambas manos, y escrutó la expresión de mi cara.

—¿Qué?— le dije.

—Deberías jugar al poker; tienes la cara perfecta.

Hice un conato de impertinencia. —¿Quieres decir que tengo una cara inexpresiva?

Sorbió un poco de café. —Me refiero a que no logro adivinar lo que piensas ni lo que sientes—.

Nos adentrábamos en un terreno peligroso. Sentí un impulso loco de contarle la verdad y decirle que me estaba enamorando perdidamente de ella, pero me contuve, y mis palabras, fueron más prosaicas.

—Pediré más café— dije. —¿Te apetece algo mas.

Mientras llamaba al servicio de habitación, la observé. Estaba tranquila —algo inusual en ella— y miraba por la ventana, tal como habla hecho yo antes. Incluso cuando estaba sentada, su cuerpo se envolvía de un aura de vitalidad; pero esta noche su energía parecía estar dormida. Cuando volví a la mesa dijo, —Siento lo de esta mañana, Alex, No tenía ningún derecho a juzgarte.

Suspiré. —Debo parecerte el premio nobel de la cobardía.

Eso le hizo sonreír. —¿El premio nobel de la cobardía?— repitió.

—No quiero que todo el mundo sepa que soy lesbiana. Eso es todo. No

sé qué sería de mí si se enteraran. De cualquier modo, no soy lo bastante valiente como para intentarlo.

Una llamada discreta a la puerta anunció la llegada del servicio de habitación. Con fingido afán, servi dos tazas y en el centro puse galletas y queso, como si estas pequeñas tareas domésticas pudieran suavizar el tono crítico de las palabras que a buen seguro Lee iba a pronunciar.

Pero permaneció callada. Por fin dije, —¿Siempre has sido tan explícita con respecto a ti misma?

—Al principio no, aunque después, sí—. Forzó una sonrisa. —Lo siento, ha sido una respuesta un poco críptica. A los dieciséis años ya sabía que era lesbiana, pero me lo callé pensando tal vez que se me pasaría.

Quería saberlo todo sobre ella. —Pero...

—A los dieciocho años me enamoré, perdida, desastrosamente de Justine, y ella de mí—. Fijó la mirada en la taza y permaneció en silencio. Imaginé los recuerdos que desfilaban por su mente y sentí celos.

—¿Y qué pasó?— pregunté con reticencia.

—Justine tenía pavor de que alguien la descubriera. Intentó llevar dos vidas paralelas: una secreta conmigo y otra de cara al resto del mundo. Tenía novio... para cubrir las apariencias, decía, pero se acostaba con él y se acostaba conmigo. Yo le dije que no pensaba compartirla y que tenía que elegir.

Hizo una mueca. Y no me eligió a mí.

No se me ocurría nada que no sonara recurrente, así que esperé, Lee añadió, —La quería tanto...—

Asintió con la cabeza. —Pero ya está bien de sensiblerías. Después de aquello, decidí salir del armario. Me pareció que era lo apropiado en aquel momento. Y lo fue; nunca me he arrepentido. Se acercó y me tocó la mano. —Alex, no te estoy diciendo que deberías hacer lo mismo, pero a mí me funcionó. Ahora soy libre. Nadie puede amenazarme con sacarlo a la luz, nadie puede intentar chantajearme ni siquiera un poco, y lo que es más, me he reafirmado respecto a mi persona—. Me soltó la mano, se reclinó hacia atrás, y dibujó una sonrisa apologética. —Perdona, casi te echo un discurso.

—¿Cómo se lo tomaron tus padres?

—No muy bien: estaban horrorizados y se culpaban de ello, claro. Se preguntaban qué era lo que habían hecho mal, por qué me había convertido en "una de esas mujeres." Pero me quieren y con el tiempo, llegaron a aceptarlo. No digo que fuera fácil, Alex, pero ahora puedo mostrarme tal y como soy con ellos. Y eso merece la pena.

Miré en otra dirección. —Mis padres nunca me lo perdonarían si lo supieran.

—¿Estáis muy unidos?

—¿Unidos? No.

Yo no estoy unida a nadie, Lee. ¿No te das cuenta?

Empujó la silla hacia atrás y se levantó. —Me voy—. Sonrió con picardía. —A las dos nos vendrá bien al menos una noche de descanso en este viaje.

La acompañé hasta la puerta y la besé con tanta delicadeza como pude. La estreché con cuidado, temiendo que fuera a romperse, aunque sabía que era yo la más frágil, la que más sufriría por causa de este romance.

10

Conozco las características físicas de Ayers Rock: está compuesta de una gruesa arenisca llamada arcosa, que hace quinientos millones de años formaba parte del sedimento que constituía el lecho de un enorme mar interior. La inmensa figura que se yergue a una altura de mil pies sobre la llanura no es más que la cumbre de una montaña enterrada en un mar de arena que alcanza a buen seguro los diez mil pies de profundidad. Pero por sí sola la geología no basta para explicar el impacto que causa la roca.

Observé la cara de Lee al ver el Ulurú —su nombre aborigen— por primera vez. El avión se aproximaba sobrevolando un desierto de arena, y de pronto, ahí estaba: un gigantesco monolito rojo de paredes escarpadas, impregnado de leyendas ancestrales, que se erguía acechante sobre la lisa y monótona planicie, como desde hace un millón de años.

Esperaba que reaccionara ante el espectáculo grandioso, pero permaneció en silencio. Por fin dije,

—¿Qué te parece?

Sacudió la cabeza. —No se puede describir con palabras.

Tenía razón, desde luego. Igual que no encontraría palabras para describir los cambios cromáticos que mostraba la roca en el transcurso del día. La primera vez que visité Ulurú observé como las enormes paredes de piedra cambiaban de color conforme avanzaba el día un rojo brillante al amanecer, que se tornaba en naranja, en carmesí en púrpura, para convertirse finalmente en un marrón chocolate, antes de que la noche desértica se instalara sobre la planicie.

Conforme nuestro avión se aproximaba, dijo, —¿Se puede llegar a la cima?

—Si, pero es una escalada bastante difícil.

—¿Vendrías conmigo?

Iría a cualquier sitio contigo.

—De acuerdo—, respondí.

El Parque Nacional de Ulurú pertenece a los Aborígenes, pero es el

Gobierno quien se encarga de administrarlo. Estábamos alojados a veinte kilómetros de Ayers Rock, en el complejo de Yulara, “el hogar del dingo aullador”. El contraste se me antoja siempre extraño: en medio de un territorio agreste y vetusto, presidido por el monolito más grande del mundo, uno se encuentra con el lujo tecnológico del aire acondicionado, de la televisión y de piscinas equipadas hasta con toldos ultramodernos, que además de proporcionar sombra a los privilegiados de la naturaleza, se emplean para dirigir y sacar el máximo provecho de las brisas del desierto. Es cierto que el complejo fue diseñado en armonía con el paisaje, pero en su esencia invade un medio en el que, lejos de sus comodidades, cualquier ser viviente ya sea planta o animal, sostiene una lucha diaria sólo por sobrevivir.

A Lee no parecieron impresionarle las estadísticas acerca de los que se habían caído de la roca —

sólo unos cuantos—, o de los que habían sufrido un ataque al corazón —algunos más. Miró a Tony sonriente, y dijo, —¿Tú no la has escalado? Será una experiencia maravillosa.

—Si tú lo dices, dijo poco convencido. —Antes de comprometerme me gustaría tener una idea más concreta de lo que va a suponer.

Los dos me miraron. —¿Queréis los datos? Pues los tengo—. Los enumeré con los dedos: —La base mide seis millas. Ocupa una superficie de casi mil acres...

Lee interrumpió. —Queremos escalarla, no rodearla.

Ese comentario es injusto. No quería desperdiciar la información que me sé de memoria, pero si insistes... Ayers Rock tiene una altura de doce mil pies. La única ruta practicable está marcada. Cubre una distancia total de una milla y media, y para ir y volver se necesitan unas dos horas. Llevad ropa cómoda y calzado antideslizante. Por lo general se advierte que puede ser un reto difícil para todo aquel que no esté en forma.

—Pues yo ya he decidido— dijo Tony. —No quiero morir; así que subiréis sólitas. El Sr. Wen ya se ha marchado con su cámara y su trípode para fotografiar todo lo que se le ponga delante.

Yo tampoco había subido hasta la cima del Ulurú, por lo que experimenté una gran emoción cuando de pie, desde la cara nordeste, contemplamos los impresionantes flancos inclinados que se elevaban muy por encima de nosotros.

Durante los diez primeros minutos no fue demasiado difícil, pero a partir de ahí se hizo patente el desafío de la escalada. En una de nuestras paradas dije, —Trish y Suzie, unas amigas mías, escalaron el Ulurú el año pasado. Me contaron que este punto se llama la Roca Gallina, porque los que se rajan

como gallinas lo hacen aquí.

—Yo no me pienso rajar. ¿Y tú?

—Nunca.

Hablé con atrevimiento, aunque sin duda estaba nerviosa.

Era reconfortante saber que ancianos octogenarios habían escalado la Roca brincando como cabras montesas, pero la verdad es que la inclinación era ahora tan escarpada que hubiera sido casi imposible de no ser por la cadena que, a la altura de las rodillas, subía serpenteando por la arenisca roja. Señales ominosas advertían del peligro de soltar la cadena para recuperar algún objeto caído.

Casi en cuclillas, azotadas por un viento maligno que de repente se había arremolinado a nuestro alrededor, continuamos avanzando con dificultad. Más bien era yo la que avanzaba con dificultad: Lee, que se mostraba inmune al miedo a caer que me hacía aferrarme a la cadena de forma compulsiva, iba muy por delante de mí.

Me habían dicho que ésta era la parte más difícil de la escalada, y me lo creí cuando, al volver la cabeza para mirar hacia abajo, me puse a temblar sólo de pensar en el descenso.

El resto del camino era mucho menos empinado, por lo que recobre mi entusiasmo inicial. Lee me sacaba bastante ventaja, y avanzaba con el garbo de un atleta. Le di alcance sobre un enorme collado di roca roja antes del ascenso final, y alcanzamos juntas la cima.

—No ha estado mal, ¿verdad?— dije.

Lee abrió los brazos con un movimiento amplio. —¡Cuánto espacio La cúpula pálida e inmensa del cielo se enarcaba sobre la belleza desolada de un paisaje primigenio, cocido por una luz implacable Nuestra vista alcanzaba a ver a cientos de kilómetros. Al oeste veíamos las extrañas figuras agazapadas de Las Olgas y una cordillera llamada Las Sedimentarias. La gran extensión de la llanura estaba salpicada de parches de hierba espinosa, de mulga de un verde oscuro y de arbus tos de eucalipto, que constituían la tenaz vegetación de

secano en la que se cobijaba una variedad asombrosa de reptiles y pájaros, asi como walabís, canguros y dingos.

En la cima había un hito con un libro en el que los visitantes registraban su hazaña. Puse mi firma debajo de la de Lee y sentí una ridicula satisfacción al ver que nuestros nombres constaban juntos de forma permanente.

Lee, inquieta, quería explorar. —¿Hay alguna leyenda acerca de la roca?

—Esta tarde, cuando hagamos la ruta de las pinturas rupestres y los bajorrelieves, aprenderás muchas más cosas acerca de la mitología aborigen, pero te puedo decir que hay un pozo en el que vive una enorme serpiente mítica llamada Wanambi, la serpiente del arcoiris. Cuando alguien la provoca, sale del agua y se transforma en un arcoiris capaz de matar a quien la haya ofendido.

—Dudo mucho que se pueda ver un arcoiris por aquí.

—Pues te equivocas. Yo lo vi la primera vez que visité Ulurú. Es cierto que no es frecuente, pero cuando sucede, es espectacular. Recuerdo que al agua manaba de la roca en torrentes y que en unos cuantos días, las flores del desierto habían brotado por todas partes. Duran muy poco tiempo y luego mueren, pero sus semillas quedein en la tierra a la espera de la próxima lluvia.

Me sonrió. Había tanto afecto en su sonrisa, que mi corazón dio un brinco. —Alex, desearía tener más tiempo para ver tu país contigo.

—¿Podrías quedarte más tiempo?

—No.

Procuré tomármelo a broma; no quería que supiera lo mucho que me afectaba. —Por un momento olvidé que el programa de Lee Paynler es lo primero, lo segundo y lo último. ¿Verdad?

—Más o menos.

Encontramos un recodo resguardado de la brisa implacable desde el cual podíamos mirar el desierto. Compartimos un silencio afable durante unos instantes, y finalmente Lee dijo, —Has estado casada...

—Cuando no sabía lo que hacía.

—¿Quieres contármelo?

Me resultó curiosa la facilidad con que hablé de mis padres y de Carl Ella no hizo preguntas; tan sólo me miraba de vez en cuando. La mayor parte del tiempo permaneció con la barbilla apoyada sobre las rodillas y mirando hacia el horizonte. Le conté más cosas de las que jamás había contado a nadie, más aún de las que hubiera querido contar.

Como la confianza llama a la confianza, una regla tácita me permitió preguntarle a Lee acerca de su vida privada. —Después de Justine... ¿ha habido alguien importante?

Se volvió para mirarme. —Me encantan las mujeres, Alex. Me encanta su compañía y me encantan sus cuerpos... Y por supuesto, en un par de ocasiones pensé que había encontrado un amor duradero, pero no funcionó. Debe ser que lo de tener una persona especial no va conmigo. Mi vida es plena y satisfactoria tal como es.

Es un aviso, ¿verdad Lee? Me estás advirtiendo que no me involucre demasiado, que no espere demasiado.

Jovial, dije, —O sea, que muchos aperitivos, pero ningún plato fuerte, ¿eh?

Echando la cabeza hacia atrás, dijo riendo. —Me encanta.

La escalada a Ayers Rock supuso un cambio en nuestra relación Ahora era una amistad, o tal vez más que eso, pues la intimidad que compartíamos en la cama se traducía en una intimidad equivalente en nuestras conversaciones.

Por la tarde nos reunimos con Tony y el Sr. Wen, y junto con un grupo de turistas fuimos a recorrer la base de la roca acompañados por un guarda aborigen que nos explicó el significado de los grabados y de los seres mitológicos que retrataban. Me sentí como un intruso en medio de un tapiz de folklore y leyenda inmenso que no alcanza a comprender. Dos hechos yuxtapuestos explicaban mi turbación Ulurú había sido el centro de las creencias espirituales de los aborigenes durante cuarenta mil años; un explorador blanco, cuya herencia cultural se encontraba a doce mil millas, en Europa, la descubrió por el mil ochocientos setenta y la bautizó con el nombre de Ayers Rock, en memoria de su tío.

Traté de explicarle a Lee lo que sentía, si bien tenía pocas esperanzas de que me comprendiera: siempre acostumbro a no entregarme del

todo a los demás, pues evitando esperar demasiado, evito también las decepciones. Pero Lee entendió lo que le decía. Más que eso; lo identificó con su propio país, con el efecto que había tenido sobre los indios americanos la incursión y el asentamiento de los europeos.

De pronto me di cuenta de que sentía hacia ella un cariño hasta entonces insospechado para mí. Las

distintas facetas de su personalidad, de su mente, de sus vivencias, se desplegaban ante mí, esperando a ser exploradas.

La cena en el comedor del Sheráton —lujoso pero discreto—, tenía como plato principal del menú emú y cocodrilo, para el deleite del Sr. Wen. Todos nos sentíamos tan relajados e invadidos por un placentero cansancio, que para cuando comenzaron a servir el café, me hallé reprimiendo un bostezo.

El Sr. Wen, encantado con las hazañas fotográficas de ese día, insistía en describir las distintas tomas y en pasarnos las fotos que había revelado de la Barrera de Coral.

Miré en torno a la mesa: éramos como un grupo de viejos amigos prolongando la sobremesa. Me resentí de que Sir Frederick y el resto fueran a venir al día siguiente a perturbar los lazos que habíamos tendido entre nosotros.

Cuando nos despedimos para irnos a dormir, le dije a Lee en un tono acertadamente ligero, —¿Tu habitación o la mia?

Parecía sorprendida. —¿Es que hay elección?

Sabía muy bien lo que quería decir, pero aún así respondí, —¿Y por qué no iba a haberla?

Me miró muy seria. —Porque, Alex, si tú vienes a mí, te puedes marchar cuando quieras. Tendrías libertad para elegir.

—Ven a mi habitación.

Hizo una mueca. —Vale. Pero no se te vaya a ocurrir echarme a mitad de la noche, porque no pienso moverme.

Una hermosa y lánguida sensualidad se había apoderado de mí. Sentada a horcajadas sobre Lee, me incliné sobre ella, rozando su cara con los labios, y hundí mis dedos en su cabello; la acaricié con suavidad. Levanté la cabeza: ella había cerrado los ojos, y sus labios

dibujaban una sonrisa placentera. Sentí al tacto los huesos de su cabeza, las vértebras de su cuello y la parte posterior de sus hombros.

Ella se estiraba y ronroneaba bajo mis caricias, tirando de mí para acercarme a ella. Nos enlazamos en un beso lento y profundo, explorándonos, sondeándonos. Tomé su cara entre mis manos y dibujé sus rasgos con la lengua, sintiendo que se me formaba en la garganta un nudo de palabras impronunciables.

El latir de su pulso entre mis dedos me producía un placer casi doloroso. El deseo me abrasaba, pero con un calor placentero y paciente. Le rocé los pechos con la palma de las manos y jugueteé con sus pezones hasta sentirlos erectos.

Con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados, Lee comenzó a estremecerse al tiempo que levantó sus caderas hacia mí. “Alex”, suspiró. Sentí la mención de mi nombre como un fuego en los muslos. Quería susurrarle esas palabras imposibles; decirle que la amaba desde el centro de mi ser…

Recorrí su cuerpo poco a poco, descubriendo sus secretos. De pronto me separé de ella.

—No me dejes. No pares.

Me deslicé hasta el borde la cama, me arrodillé y la atraje hacia mi Ella dobló las rodillas y se me abrió por completo. Era delicioso: el olor, el sabor y la respuesta que su cuerpo me brindaba. Jugué a atormentarla con la lengua, rozándola con suavidad, tentándola… y entonces cuando mis dedos se cerraron con fuerza dentro de ella, mis movimientos se volvieron mucho más intensos, más exigentes.

Emitía sonidos inarticulados y su cuerpo se arqueaba y vibraba. Con un brazo bajo su cuerpo, la estreché con fuerza contra el calor húmedo de mi boca. Ella contuvo la respiración y durante un instante permaneció serena, en silencio, expectante.

—-Alex!— Los temblores que la agitaban eran violentos, arrolladores, y yo me sentí consumir por la mención de mi nombre en sus labios.

—Te quiero— dije, a sabiendas de que la tormenta del orgasmo le impedía oírme.

Pensé que nunca volvería a decirlo

11

El vuelo procedente deTop End, en el que viajaban Sir Frederick, Steve, Hilary Ferguson y algunos otros miembros de la convención, tenía prevista su llegada a primera hora de la mañana. Tenía la esperanza de que pudiéramos marcharnos a Las Olgas antes de que llegaran al hotel, pero no fue así.

Sir Frederick irrumpió en el hall del hotel con paso ligero en el momento justo en que esperábamos el autocar junto con otro grupo de turistas y nuestro guía. Todo el mundo volvió la cabeza, sin duda cautivado por su porte afable y distinguido. El entrecortado acento inglés de Sir Frederick se escuchó por encima del murmullo de las conversaciones. —Me alegro de encontrarte aún aquí. ¿Qué planes teneis para hoy?— Conforme iban entrando el resto de los componentes de su grupo, les dijo, —Se van de excursión a Las Olgas, y puesto que sólo tenemos un día en Ulurú, imagino que algunos querrán ir con ellos.

La compañía de desconocidos era una cosa; la de Steve, Hilary y demás, otra bien distinta.—Es mejor escalar Ayers Rock por la mañana — sugerí esperanzada.

Hilary parecía sorprendida sólo de pensar en escalar el monolito. Steve no tomó en cuenta la sugerencia. —Yo lo he escalado, y es una tarea muy difícil. Además, una vez que llegas arriba no merece la pena. Iremos con vosotros a Las Olgas.

Suspiré para mis adentros. Me hubiera gustado pasar otro día con Lee, sin intrusiones, pero la idea se desvanecía con rapidez. Intente evitar que la ironía se trasluciera en mi tono y dije, —¿Vendrá tambien con nosotros, SirFrederick?

Se mostró complacido con mi sugerencia, y comprendí de inmediato que había sido un craso error por mi parte: lo último que debia hacer era animarle. —Como lo siento Alexandra, pero tengo algunas llamadas que hacer que no pueden esperar. Aunque nos veremos más tarde.

Tardamos menos de una hora en llegar a Las Olgas. Yo fui la última en subir al autocar, por lo que tuve que sentarme en el único asiento vacante que quedaba, junto a un desconocido. Nuestro guía, un aborigen de carácter jovial, que parecía tan delgado y resistente como la vegetación desértica que nos

describía, nos llamó la atención sobre los cúmulos enormes de hierba espinosa, el sorprendente tono naranja de las flores del grevillo, los bosques de sanguinarias, las mulgas y los robles del desierto.

Recuperé el ánimo a medida que nos acercábamos a esas ocho millas cuadradas de ensueño: Las Olgas. Aunque el nombre aborigen, Katatjuta, tiene el significado prosaico de "muchas cabezas", las formas redondeadas de esas enormes cúpulas de roca, —en total son treinta y cinco, o más, esparcidas en un semicírculo que rodea un valle central— se me antojan seductoramente femeninas.

Aunque datan de la misma época que Ayers Rock, están hechas de un material diferente: un conglomerado de cantos rodados, arena y pedruscos, todos fundidos en una especie de engrudo. Al igual que la Ayers Rock, Las Olgas cambian de color durante el transcurso del día y al caer la tarde alcanzan el morado más intenso. Ahora, a media mañana, mostraban un tono suave rosa violáceo.

—Parecen enormes budines de piedra—, le dije a Tony al empezar nuestra caminata desde el aparcamiento que a través de la Garganta de Olga, nos conduciría al Valle de los Vientos.

Hacía una mañana espléndida para caminar bajo la presencia imponente de aquellos elevados domos de piedra. Una brisa ligerasuavisaba el calor metálico del sol; en el cielo, un águila con cola en forma de cuña trazaba espirales remontando las corrientes de aire ascendente, y desde una pendiente cercana, dos canguros rojos observaban a nuestro grupo con una mirada cándida y los ojos muy abiertos.

Alguien dejó escapar un grito al ver un puercoespín de aspecto feroz que tomaba el sol sobre una roca, y en ese preciso momento, Tony me cogió del brazo y dijo,—Tengo que hablar contigo.

Esperamos a que todos hubieran pasado para quedarnos los últimos y me quité las gafas de sol. —

¿Es algún asunto de trabajo?

—No, no exactamente. Es sobre lo que estaba hablando con Lee en el vuelo a Alice Springs.

Recordé su actitud tan brusca cuando saqué el tema en el aeropuerto, y respondí en un tono áspero.

—¿Y qué es lo que ha decidido a compartir el secreto conmigo?

—Lee.

Callé durante unos instantes. Hacía calor, y Tony se detuvo a limpiarse el sudor de la cara. Después dijo, —Esto es confidencial.

—Por supuesto.

—Pues bien... Aunque te parezca que estoy dramatizando, la verdad es que... Steve está intentado chantajearme. No por dinero; es algo más delicado que eso. Está buscando un enchufe. Steve está muy interesado en el puesto de Asia y como sabe que Sir Frederick lo va a consultar conmigo, quiere que le recomiende a él para el puesto.

Intenté ocultar mi sorpresa y pregunté con frialdad, —¿Y con que te chantajea?

Dio un largo suspiro y dijo, —Soy gay.

—Pero si has estado casado... Fue un comentario estúpido; yo también había estado casada.

Pronto vi que Tony pensaba como yo. Enrojeció de rabia. —Alex, *tú* deberías saber mejor que nadie que eso no significa nada.

La expresión de mi rostro cambió. Al instante, Tony añadió,— Nadie me lo ha dicho. Ya lo sabía.

—¿Cómo?

—Tranquila, los demás no lo saben. Lo supe por pequeños detalles. Y porque un día te vi en un bar gay... Soltó una carcajada breve y amarga. —Y me escondí para que no me vieras. ¿Te lo puedes

creer?

Inquieta, dije, —Y Steve...¿cómo ha averiguado lo tuyo?

—Mala suerte: Steve fue al colegio con un chico que conocia a mi... amigo. Un día coincidieron en una reunión y comenzaron a hablar...

—¿Por qué me cuentas todo esto ahora?

—Mi relación con Lee es buena, y en uno de los viajes de A.P.P. a Estados Unidos, se lo conté.

Steve ha empezado a apretar las tuercas en las últimas semanas, así que decidí hablarlo con ella duranle el vuelo de Cairns a Alice Springs.

Comenzaba a sentirme angustiada. —No has respondido a mi pregunta.

—Si Steve se entera de que eres lesbiana, lo utilizará en tu contra; no sólo porque es un bastardo, sino porque los dos estáis compitiendo por el mismo puesto. Y está claro que Sir Frcderick te preferirá a ti.

—Últimamente Steve me insiste mucho acerca de Sir Frederick... Incluso ha insinuado que está a punto de pedirme matrimonio.

Tony forzó una sonrisa, muy a juego con mi tono sarcástico y dijo, —Yo pienso que Steve pretende que te pases de la raya, que le hagas un pase al jefe, y que te despidan por ello.

—Yo más bien creo que piensa que Sir Frederick no me elegiría a mí para el puesto si llegáramos a tener algo personal. No estaría bien visto.

Tony se encogió de hombros. —Sea cual sea su razonamiento, sigo pensando que Steve es peligroso.

—¿Fue Lee la que te dijo que debías advertirme de esto?

Le miré con atención como tratando de averiguar si sabía que éramos amantes, y pareció adivinar mi pensamiento. ¿Lo de Lee y tú? También lo sabía.

—Ella no me ha dicho ni una palabra, pero el modo en que la miras...

—Dios mío, ¿Tanto se nota?

Me acarició la mejilla en un gesto afectuoso. —No Alex. Esas cosas solo las notan los amigos que te quieren.

Esperaba que la cena de esa noche fuera muy incómoda, pero, como a menudo sucede, lo que pensaba que sería una ocasión penosa, resultó ser una velada muy placentera. Tuve la precaución de sentarme lejos de Lee: la agudeza con que Tony había detectado mi relación con Lee me había deprimido y alarmado. Si él había adivinado la verdad, ¿por qué no iba a hacerlo otros? Y si uno de esos otros fuera Steve...

Sir Frcderick insistió en que bebiéramos champán para celebrar nuestra última noche en el *Outback* antes de regresar a Sydney. Además, tenía una retahila de anécdotas que contar —

recopiladas de sus múltiples viajes alrededor del mundo— que relató

con su hábil oratoria de siempre. Todos contribuimos a mantener la efervescencia de la noche y no dejamos de reír durante toda la cena. Tras el café, Sir Frederick anunció que Tony, que según dijo con insistencia era un experto en astronomía, nos llevaría a contemplar las estrellas.

Lejos del complejo turístico, el cielo parecía estar sobrecargado de estrellas. Resplandecían con un brillo cristalino, frío; galaxias que giraban a millones de años luz. Lee estaba a mi lado. En la oscuridad, tomé su mano; nuestros dedos se entrelazaron y me sentí invadida por una felicidad

inmensa.

Tony nos explicaba cómo localizar la constelación de la Cruz del Sur buscando las brillantes estrellas vigía. Observe con atención el dibujo que formaban los cinco puntitos centelleantes que apuntan siempre al sur, independientemente de su localización en el cielo. “No formules deseos; podrían cumplirse”, es una de las advertencias sarcásticas de mi madre.

Mis dedos se cerraron sobre los de Lee y, haciendo caso omiso del consejo de mi madre, formulé un deseo con todo mi corazón como si, por una vez, pensara que uno podía sobreponerse a la realidad.

Procuré mantenerme alejada de Lee cuando volvimos a entrar. Me hallé a mí misma buscando a Steve, preguntándome qué estaría pensando. Siempre había desconfiado de su fingida actitud amistosa, pero lo que antes era una ligera aversión, se había convertido en rechazo. Por supuesto, no dejé que se notara, y hablé y bromeé con él como siempre, aunque una parte de mi desdeñaba mi hipocresía.

Sir Frederick, afectado por el champán, me pidió que le llamara Frederick. Sonreí, pero sin ninguna intención de obedecer. Encima de todo, iba a resultarme agotador tener que hacer malabarismos vervales para evitar pronunciar su nombre.

De madrugada ya, la gente empezó a marcharse. Una mirada casual de Lee, un leve asentimiento por mi parte y estábamos de acuerdo. Aun que me agradaba pensar que nos compenetrábamos, que un breve intercambio de gestos bastaba para entendernos, la aprehensión menguaba mi alegría. Por mucho que intentara razonar conmigo misma, no podía olvidarme de que Sir Frederick y Steve estaban en el mismo hotel

No podía olvidar el pasado. El recuerdo de la última vez que vi a Zoé

—después de que la obligaran a dimitir— daba vueltas en mi cabeza. Fue la primera vez que la vi derrotada y con lágrimas en los ojos, me dijo, “Son unos bastardos, unos bastardos. No puedes enfrentarte a ellos, porque al final siempre ganan.”

Sentí coraje de tener que mirar a un lado y a otro del corredor antes de dirigirme a la habitación de Lee. Aunque no lo habíamos hablado, había entre nosotros un acuerdo tácito de que sería yo quien iría a ella, y no al contrario. En cuanto abrió la puerta, me colé dentro, como si fuera la cómplice de un crimen.

—¿Estás segura de que has hecho bien viniendo, Alex? Puede que Sir Frederick te busque en tu habitación.

Su tono era más sarcástico que de refocile, y opté por ignorar su comentario.

Dije, —Tony me ha contado lo de Steve. ¿Y?

—¿Cuándo supiste que era lesbiana?

Nunca había hecho esa pregunta antes. Lee pareció percatarse de la ansiedad que me había incitado a hacerlo ahora. —Nunca lo habría sabido no es que dijeras o hicieras nada sospechoso—. Sonrió y añadio, —Por supuesto, yo tenía mis esperanzas.

Irritada por la ligereza de su tono, dije, —¿Me estás diciendo la vndad?

— En cierto modo, sí. Sentía por ti una atracción irresistible, y eso suele ser bastante significativo

— Frunció el ceño al ver la expresión de mi cara. —No te preocupes. Eres una conspiradora nata.

No estoy muy segura de que eso sea un piropo—. Al no obtener irespuesta de ella, dije con brusquedad, —Sé lo que estás pensando.

Alzó las cejas, y dijo en un tono dubitativo y cortés,

—¿Seguro?

—Piensas que si las dos saliéramos del armario, todo iría bien. Pero no sería así, Lee. ¿No crees que lo habría hecho hace tiempo si fuera tan fácil?

Encogiéndose de hombros, respondió, —Tal vez la intriga te produzca

morbo.

Mi rabia crecía por momentos. A la defensiva, le dije, —No puedo permitirme que haya sospechas.

Steve utilizaría cualquier cosa contra mí.

—¿Vas a permitir que Steve Monahan te diga lo que puedes y no puedes hacer?

Más irritada aún con su desdén, repuse, —No es eso.

-¿No?

—¿Entonces *qué es?*

Sentí que la rabia y el dolor se apoderaban de mis palabras. —Tú te irás pronto, pero yo tengo que vivir aquí, trabajar aquí... Algo así cambiaría mi vida, la haría imposible, ¿es que no puedes verlo?

—Lo que veo es que tú lo crees así.

—Será que te encantan los principios morales elevados; insistes tanto en ellos...

Lee repuso con ironía, —Ese si que ha sido un golpe; un golpe muy bajo.

—Y no se te ocurra... dije ferozmente, al tiempo que abría la puerta, "...empezar a sermonearme!"

12

Lovía en Sydney, un hecho insólito que empeoró mi estado de humor de inmediato. Sobrevolar mi ciudad portuaria en los perfectos días soleados en que exhibe toda su belleza es una de las experiencias turísticas más hermosas. Envuelta en espesas cortinas de lluvia gris, Sydney era hoy como cualquier otra metrópolis, gigante y húmeda.

Había estando intentado evitar a Lee desde aquella inútil discusión y, consciente de que tan solo le quedaban unos días en Australia, pasé mi primera noche en casa intentando persuadirme de que mi

fascinación por ella no era más que una intensa pero breve aventura amorosa.

Mi pequeña y modesta casa, que antaño había sido mi refugio, era ahora una prisión. Sabía donde se alojaba, y descolgué el auricular para llamarla al menos cien veces, pero siempre volvía a colocarlo en su sitio sin atreverme a llamar.

Era absurdo pensar que ella me llamaría. Y de hecho, no lo hizo.

Al día siguiente continuaba lloviendo cuando me dirigí al trabajo, envuelta en una bruma de infelicidad. La oficina principal de A.P.P. se encontraba en el lugar más indicado para un edificio de arenisca de poca aunque distinguida importancia histórica. Tenía vistas al Real Jardín Botánico y se hallaba muy cercano a las cubiertas sinuosas del Opera House: un emplazamiento muy apropiado para una organización turística.

Sentada en el despacho de Tony, observé malhumorada el mojado mundo exterior. Tony me dio una palmadita en el hombro. —Mejor será que te animes para la gran fiesta de esta noche.

Se refería al banquete formal que A.P.P. celebraría en honor de las organizaciones turísticas estatales y federales, de las compañías priva das de turismo más importantes, y de aquellos mayoristas que aún encontraban en Sydney tras la convención.

Tendría lugar en el Regent —el hotel en que se alojaba Lee—, cerca del Muelle Circular.

—Me muero de ganas— dije de forma poco convincente. No tenia ninguna gana de ir.

¿Qué sentido tenía prolongar la situación? En pocos días ella se habría marchado, y la realidad era atroz: a mí me importaba demasíado, y sin embargo, a ella no lo suficiente. O más aún, a decir verdad Lee había permanecido fiel a su filosofía de vida, en tanto que yo había quebrantado todas las normas por las que se regía la mía.

Entré en el despacho de Tony en un afán de huir un poco de mi pequeño cubículo, donde comenzaba a acumularse un montón de trabajo pendiente, y donde me exponía a que Steve se asomara de vez en cuando —lo que de hecho hacía— para charlar.

Procuré ocultar el coraje que en mi despertaban sus intentos de chantajear a Tony y me dejé llevar por la habitual charla de oficina. Estuve alerta en todo momento a los dobles sentidos, a los comentarios punzantes que indicaran que sabía lo de Lee. Sin embargo no advertí nada extraño en su comportamiento: fue, como siempre, amigable, irreverente y egocéntrico.

El sonido del teléfono de Tony interrumpió mis pensamientos. Tony descolgó el auricular al tiempo que giraba su sillón para contemplar el panorama a través del cristal por el que resbalaban las gotas de lluvia. De pronto centré en él toda mi atención al oírle responder. Lee. ¡Hola! Si, está aquí.

Ahora se pone—. Me pasó el receptor y dijo con una sonrisa, —Os dejo que habléis en paz.

Es asombroso lo que un simple nombre puede llegar a hacer. De pronto, el día parecía más luminoso; podría jurar que se estaba arreglando.

--¿Alex? Irás al banquete de esta noche, ¿verdad?

—Si.

—Me preguntaba si te gustaría quedar después.

¿Por qué no? Al fin y al cabo lo nuestro ya no podía complicarse más.

—¿En tu habitación?

—Si, de acuerdo— dijo Lee riendo. —Que astucia la tuya. Después, en un tono más serio, añadió,

—Alex, quise llamarte anoche, pero...

—¿Pero?

La oí suspirar. —Tan sólo pero...

Me sentí inquieta, atormentada. Si realmente le preocupaba que yo me hiciera vanas esperanzas,

¿por qué sugería ahora que quedáramos más tarde? Si de veras le importara...

¿Esperas que te quiera? Deja ya de soñar, Alex.

En un tono ligero dije, —-Nos vemos entonces.

Me arreglé con especial esmero para el banquete y elegí un vestido de color rosa intenso que había sido uno de esos grandes hallazgos fortuitos. Parecía haber sido diseñado en exclusiva para mí; realzaba todos mis rasgos más característicos. Cuando lo llevo me siento relajada y atractiva. No acostumbro a llevar joyas, pero esa noche me puse una cadena fina y unos pendientes de oro.

Tony iría conmigo. Cuando le vi aparecer, pensé que estaba muy guapo. Hasta los hombres más insípidos—y Tony es poco más que eso, físicamente— parecen otra cosa bien vestidos. Con la única ayuda de una camisa almidonada, una corbata negra y un traje clásico de corte impecable, su amplia figura se había tornado en una presencia imponente y poderosa

—¡Estupendo! Es la única palabra que encuentro para definírte le dije mientras abría la puerta.

—Tú tampoco estás mal. De hecho, hasta diría que tienes un aspecto maravilloso—. Su sonrisa se desvaneció. “Menudo par de hipócritas somos, Alex. Vamos a entrar en la fiesta pareciendo la pareja perfecta...

Pensé que era tan injusto que me aguara la fiesta de esa manera

—¡Ah, vamos! Olvídate de eso: comamos, bebamos y seamos felices. No pude evitar añadir: —Tal vez mañana podamos salir del armario.

En el coche, noté que Tony estaba un poco apagado. —Alex, hay algo que necesito decirte. Lee dice que si estuviera en mi lugar, acudíría a Sir Frederick cuanto antes. Piensa que antes o después Steve lo sacará a relucir, y yo estoy de acuerdo. Le encanta meter baza y no va ser capaz de mantener la boca cerrada.

No me apetecía nada hablar sobre ese asunto, pero no podía que darme ahí callada. —¿Y vas a hacerlo?

—Si. Tan pronto como se tranquilicen las cosas y logremos librarnos de nuestros invitados extranjeros—. Al no obtener respuesta de mi parte, prosiguió, —No te preocupes. Tú no te verás implicada; no hay ningún motivo para que así sea. De hecho, creo que todo este asunto acabará beneficiándote, porque si Sir Frederick me cree, a Steve se le acabarán todas las oportunidades de optar al puesto.

—¡Si es que te cree!

—Dudo que Sir Frederick quiera perder el tiempo en "mariconadas". Aunque puede que me equivoque pues a decir verdad, es un tema que nunca he tocado con él.

Permanecimos en silencio durante el resto del trayecto.

Cuando llegamos los aperitivos estaban ya bastante avanzados. Sir Frederick, como siempre impecable, nos recibió en la puerta y de inmediato nos asignó a uno y otro respectivamente la tarea de regalarle el oído a dos invitados muy especiales, miembros de la clase política. Mi objetivo era un hombrecillo delgaducho que vestido con un traje algunas tallas más grande, constituía la más clara excepción a mi regla de que la vestimenta formal favorece a todos los hombres. Este hombre acababa

de ocupar la cartera de turismo estatal, posición para la que había sido designado merced a su habilidad para brindar su apoyo financiero al político más fuerte durante la campaña electoral. —

Encantadora— dijo estudiando mi escote.

Por suerte vino a rescatarme un periodista sindicado que elaborana artículos de turismo para los periódicos más importantes No me fue muy difícil escabullirme, dado que el citado político era un narcisista sin escrúpulos que encontraría sin duda mucha utilidad en conversar con la prensa antes que conmigo.

Busqué a Lee entre la multitud, y la hallé en el otr extremo de la habitación, entre un grupo de gente que charlaba entre risas. Vestia de negro, color que contrastaba de forma estupenda con su pelo rubio . Se separó del grupo y vino a saludarme. Me miró de arriba abajo, y escalamó un discreto

"Waw."

—Seguro que eso se lo dices a todas.

—Sólo a tí.

—¡Lee! ¡Alex! ¡Las chavalas más impresionantes de toda la fiesta!.

Steve estaba guapísimo; más que eso, estaba magnifico. El atuendo formal realzaba aún más su estatura, su piel tostada y mi pelo claro.

—¿Para que perdéis el tiempo hablando entre vosotras? La sala esta llena de buenos partidos.

—¿Estás tú en ese grupo?

Me rodeó la cintura con el brazo. —Ya sabes que sí, Alenx. Y no puedes negarlo.

Me deshice de su brazo.

Se volvió hacia Lee, mostrando su sonrisa más cálida. —Resulta que acabo de descubrir un safari muy especial en la zona interior del sur de Australia que puede interesarte...

Mi rostro debió delatar mi asombro aunque él tuvo la precaución de no mirarme, con pleno conocimiento de que acababa de romper las normas de protocolo de A.P.P. al abordar de forma tan directa a Lee Paynter, que era responsabilidad mía.

Con entusiasmo, Lee respondió,—¿Si? Cuéntame mas detalles.

Steve hizo un gesto ampuloso. —-El tour cubre Biidsvilli Track y los Wetlands de los Lagos Coongie. Y por supuesto, los campos de ópalo de Andamocka...

—¿Y quién es el operador? ¿Tiene credenciales?

—Se trata de una compañía pequeña; pero he oído que es fiable.

—¿Lo has oído decir?—, repitió Lee. La brusquedad de su tono parecía desconcertar a Steve, y yo, aunque esté mal decirlo, comence a divertirme. A fuerza de trabajar con él había descubierto que a menudo Steve tendía a escabullirse del trabajo y eludir sus tareas, e intentaba salir del paso mediante el empleo de su encanto y su falsedad.

—Bueno, en su conjunto se trata de...

—Quiero datos precisos.

Steve se ruborizó. —Claro...

Ella fingió no percatarse de su malestar y siguió haciéndole preguntas muy concretas acerca de los costes, horarios, conexiones de vuelos, condiciones de transporte, alojamiento, inclusiones y extras.

Cuando ya no cabía duda de que Steve se estaba derrumbando, dijo con desdén, —Veamos, guapito,

¿por qué no vuelves mejor cuando tengas información más detallada y puedas darme algunos números?

Casi sentí vergüenza por él, hasta que recordé cómo él mismo solía disfrutar humillando a los demás. Steve tragó saliva, se pasó una mano por el pelo y, fingiendo pasar de todo, dijo, —Si. Te lo contaré con más detalle.

Un timbre discreto nos indicó que era la hora de pasar a la sala de banquetes. Steve musitó una excusa y se apartó de nuestro lado. Miré a Lee, intentando ocultar mi satisfacción: su aspecto era imperturbable, como si entre Steve y ella no hubiera pasado absolutamente nada.

La cena fue lo que sin duda podría llamarse “una comida suntuosa”. Yo me senté junto con un grupo de conocidos profesionales del turismo, y nos dedicamos a obsequiarnos mutuamente con chistes y anécdotas relacionados con la industria; más bien ellos me obsequiaban a mí con sus relatos, que yo escuchaba con atención fluctuante. A Lee le quedaban tan sólo tres días más en Sydney.

Me debatía entre el ardiente deseo de estar junto a ella y el miedo evidente que sentía ante el dolor que esa proximidad podía causarme.

El banquete, tal como Sir Frederick sin duda me aseguraría al día siguiente, fue un éxito rotundo.

Tuve la impresión de que la mayor parte de la velada transcurría en un revoltijo de discursos, brindis y camareros que, alternativamente y con gran habilidad, depositaban sobre las mesas platos y vasos, o los retiraban de las mismas en un periquete.

Sir Frederick quiso que nos quedáramos hasta que los últimos invitados se hubieran marchado, y cuando al fin tuve la oportunidad de escabullirme sin que se notara, ardía de impaciencia.

Sólo transcurrió un segundo desde que llamé a la puerta hasta que Lee la abriera, y casi antes de que la cerrara tras de mí ya estaba en sus brazos. —¿Por qué has tardado tanto?

Cerré los ojos y aspiré su aroma. —No sé... tenía cosas mejores que hacer que venir corriendo hasta ti. Se echó a reir, con esa risa tan cálida, tan profunda que yo adoraba. —Bien, Alex, ¿quieres algo? ¿Una copa? ¿Una ducha, quizás? ¿O prefieres contemplar el paisaje?

—Te quiero a tí. Nada más.

Se había cambiado de ropa y llevaba un batín de seda azul. Desaté su cinturón y deslicé mis manos bajo su batín. Sentí el tacto cálido de su piel desnuda. —Cariño— dije, consciente de que era la primera palabra afectuosa que le decía.

¿Por qué, en el pasado, otras mujeres sólo habían logrado causarme una agitación física, y en cambio cuando Lee me focaba sentía más, mucho más? La amaba físicamente, desde luego, pero también amaba su esencia, su persona; la admiraba, la respetaba y la quería.

¿Cómo es posible que te quiera tanto, Lee, y que tú no me quieras también. ..ni siquiera un poco?

Lee estaba muy afanada desvistiéndome y haciéndome enloquecer con la boca y con las manos. Su lengua trazaba delicados dibujos sobre mi piel... en el pequeño hundimiento del cuello, en la nuca...

Después, me desabrochó el sujetador y comenzó a besarme los pechos con suavidad y a mordisquearlos.

La cogí por las nalgas y la atraje hacia mí. —Vamos a la cama— dije. —Hoy no quiero hacerlo en el suelo.

El contacto de todo su su cuerpo contra el mío me hizo estremecer. De pronto ella me dio la vuelta, sujetándome con una fuerza sorprendente. —;Déjame que haga las cosas a mi modo contigo, Alex!

—Lo que quieras. Soy tuya.

Sus manos se movían despacio, con suavidad. Me acarició las caderas y los muslos con delicadeza, y las sensaciones que en mi dibujaba eran cada vez más intensas.

Finalmente sus dedos se fueron acercando, trazando pequeños circulos, pero sin llegar a tocarme el clítoris. Me sentía hinchada,

estaba a punto de estallar, y mi cuerpo se curvaba como un arco justo antes de disparar la flecha. —¡Por favor!— Apreté las mandíbulas; la sangre me martilleaba en los oídos y no podía pensar en otra cosa que no fuera el apremio que sentía.

Mi cuerpo se agitó cuando sus dedos me penetraron. —¡Si!

Ella estaba arrodillada a mi lado, con su boca en la mía y los dedos muy dentro de mí. Su dedo pulgar se movía con un ritmo muy cerrado, mis caderas se sacudían al compás de sus movimientos, y mi cuerpo salía al encuentro de las pulsiones de su mano.

Me hallaba en ese punto medio entre el gozo y el deseo: dentro de mi cabeza refulgían destellos de luz, mi respiración dificultosa se tornaba en jadeo... Desde el epicentro de mi ser comenzaron a propagarse los temblores que con su ritmo perentorio arrancaron un gemido de mi garganta.

La sensación iba en aumento. —Dios mío, Lee...

Mi cuerpo se agitaba con espamos continuos, insoportables y exquisitos.

Luchando aún por recobrar el aliento, empapada en sudor y sonriendo entre sus brazos, dije, —Me ha gustado mucho.

Me desperté mucho más tarde; estaba sola en la cama. Abrí los ojos con dificultad y eché un vistazo a la esfera iluminada del despertador: eran las tres y media.

Lee estaba de pie al lado de la ventana; la luz difusa del exterior proyectaba un halo a su alrededor.

Me deshice de la maraña de las sábanas y salí de la cama. Fui hasta la ventana, me coloqué detrás suya y le rodeé la cintura con los brazos. Con los pechos apoyados sobre la piel fresca de su espalda y descansando la barbilla sobre su hombro, contemplé con ella las velas que cubrían el Opera House, iluminadas por los reflejos del agua, y los embarcaderos del Muelle Circular, en silencio ahora tras el fragor diurno.

Por fin dije, —¿Qué sucede?

—Alex, vuelvo a casa hoy mismo. Recibí una llamada justo antes del banquete. Tenemos problemas con un contrato, y he de ir a resolverlo.

No sigas haciendo el idiota, Alex. ..se ha terminado.

Sentí una opresión en la garganta, que hizo que al hablar mi voz sonara distinta, forzada. —Hay algo que quiero decirte.

Se movió, como si intentara evitarlo. —No, no lo digas.

—No puedo dejar de hacerlo ahora que te vas.

Sentí como su cuerpo se tensaba entre mis brazos. Triste y abatida, dije, —Te quiero. Es importante que sepas que te quiero.

Se volvió hacia mí. —Alex, tú me importas, pero no de esa forma.

Ya es suficiente. No digas nada más.

—Lee, te quiero tanto. No puedo creer que no seas capaz de quererme tan siquiera un poquito.

Su voz sonó firme y distante. —No puedo amarte del modo en que tú esperas ser amada.

Simplemente no puedo.

Se hizo un silencio, un largo silencio. Finalmente, Lee dijo, —Al menos podríamos... —¿Ser amigas? ¿Era eso lo que ibas a decir?

En la tenue luz pude ver su sonrisa indecisa y poco convincente. —Bueno, si, pensé...

—Esa opción no existe.

Me di la vuelta, y mientras recogía mi ropa, pregunté, —¿A que hora sale tu vuelo? Te llevaré al aeropuerto.

—No es necesario, Alex.

Me detuve un instante y la miré. —Sí que lo es. Esto es como un funeral. Hay que cumplir con todas las formalidades.

Regresé a casa y sin intentar tan siquiera dormir un poco, me duché y me vestí. Puesto que después de dejar a Lee en el aeropuerto me iría a la oficina, me puse un vestido oscuro de corte clásico pensando con ironía que quizás debiera vestirme de negro.

Sabía que antes o después, la dolorosa sensación de haberla perdido se sumaría a mi fatiga, pero por el momento agradecí el estar cansada

tan sólo. El vuelo de Lee salía poco después de las doce, por lo que antes del mediodía estaba de vuelta en el Regent.

Estaba esperándome junto a su equipaje. Pensé con amargura que sin duda había querido evitar un nuevo encuentro conmigo en la intimidad de su habitación. Nos miramos en silencio. ¿Qué más podíamos decirnos?

Me pareció irónico que la ruta del aeropuerto nos condujera por la avenida de la Cruz del Sur; aquel día en el desierto había formulado un deseo a mi constelación favorita. Un deseo que decididamente, no habría de cumplirse.

Lee se retorcía los nudillos. Era la primera vez que apreciaba en ella señales de tensión o nerviosismo. Quizás se sentía tan desdichada como yo.

De pronto dijo con brusquedad, —Alex, no hubiera funcionado. Quiero decir, que tú tienes tu trabajo aquí en Australia y yo en América.

—Yo trabajo en el turismo internacional. Hubiéramos podido encontrar una solución.

—¿Abandonarías Australia?

—No se va a mover de aquí. Siempre podría regresar... y por tí, Lee, sería capaz de ir a cualquier sitio.

Bajó la cabeza. —Lo siento.

No pude contener un arrebato de ira. —¿Es que nunca se había enamorado de ti ninguna mujer?

Por lo visto se te da de perlas mandarlas a freir gárgaras.

Sus labios se comprimieron y repuso, —Yo siempre dejo las normas muy claras, y cuando veo que la cosa se pone demasiado seria, me retiro.

—¿Es por eso que has decidido marcharte hoy? ¿Te has fabricado un problema para así poder escabullirte de una situación incómoda?

Era evidente que eso le había molestado. Se volvió hacia mi, y me dijo con insistencia, —No me he fabricado nada. Quería quedarme más tiempo y lo he sentido mucho al saber que no podía. Me gusta

mucho estar contigo.

—Al parecer no lo suficiente.

—Alex, si pudiera darte el amor que tú necesitas, lo haría.

Me sentí como un niño al que le niegan un regalo muy deseado. Y como un niño, pregunté, —¿Por qué no puedes?

Estaba muy molesta; su voz temblaba. —Alex, si fuera capaz de amar a alguien de esa manera, serías tú. Pero es imposible. Ni puedo ni quiero comprometerme contigo, ni con nadie.

Comencé a sentir unas punzadas dolorosas y profundas en la cabeza. —Es inútil— dije.

El congestionado aeropuerto era como un caleidoscopio de fotos fragmentadas: viajeros que lloraban al partir; grupos de personas que acudían a despedir a sus amigos con adioses estridentes; hombres de negocios de aspecto serio; turistas multicolor preparados para partir de vacaciones. La gente se mostraba feliz, infeliz, aburrida, emocionada, impaciente, confusa...

Debido a mi trabajo, estaba más que acostumbrada al ambiente de los aeropuertos, y en particular, al de la concurrida terminal de Sydney. Hasta este momento había sido indiferente al ruido, a la multitud, a las ingentes cantidades de equipaje que la gente transportaba de un lado a otro, pero hoy, todo absolutamente me resultaba odioso.

Lee facturó sus maletas, pagó la tasa de aeropuerto, y cuando ya se le habían acabado todas las excusas para mantenerse ocupada, se colocó junto a mí frente la puerta de aduanas. —Alex, no quisiera perder el contacto contigo.

—Imagino que estaremos en contacto de vez en cuando a través de A.P.P

—No era eso lo que quería decir...

Decidida, dije, —Pues eso es todo lo que tendrás— Con más modestia, añadí, —No es que intente hacerlo más difícil; es que no podría soportarlo.

Me miró a los ojos, con esa mirada gris que tanto amaba. Le rocé la mejilla con los dedos, me incliné hacia ella y le di un beso suave en la boca. No dijimos nada más. Ella se volvió y comenzó a alejarse.

13

Entré en el despacho de Tony para darle algunos papeles, y tras pedirme que cerrara la puerta, dijo con desánimo, —Se lo voy a decir hoy.

Habíamos tenido un mes de trabajo frenético en A.P.P. después de la convención: cerrando tratos para clientes en el extranjero, salvando los obstáculos que de forma invariable surgían en algunos acuerdos y enlazando las compañías australianas con nuestros homólogos en el extranjero. Durante la mayor parte de ese tiempo Steve había estado en Japón, tratando de convencer a algunos hombres de negócios muy influyentes para que visitaran nuestros campos de golf más prestigiosos en compañía de un grupo de los más conocidos golfistas australianos. Antes de que Steve se marchara de Australia, Tony le había comunicado que no tenía la menor intención de apoyar su ascenso.

Era viernes y Steve regresaría el lunes. Tony dijo con sorna, —He pensado que voy a darle a Sir Frederick el fin de semana entero para recuperarse del shock, y así, si Steve decide delatarme, no le pillará de sorpresa.

Tratando de animar a Tony, y a mí misma, dije, —Tal vez no necesites pasar por todo eso; después de todo, no tenemos la seguridad *de* que Steve vaya a decir nada.

Tony se encogió de hombros. —De todos modos se lo voy a contar a Sir Frederick, porque aunque Steve decida no dar el chivatazo, podría hacerlo otro.

Sin pretenderlo, la rabia y la impotencia intensificaron el tono de mi voz. —Quiero que sepas que cuentas con mi apoyo. No tienes por qué enfrentarte a esto tú solo. Si me necesitas., sabes que estoy aquí.

Se inclinó hacia adelante, poniendo su mano sobre la mía.

—Alex, te lo agradezco, de veras, pero no tienes por qué verte involucrada en esto.

Pensé en Zoé y en cómo la había dejado en la estacada. —Ya estoy involucrada. No olvides que también me concierne a mí.

—Pero no veo porque tendría que salir a relucir tu nombre.

Sentí un deseo inmenso de decirle que entraría con él, que le diría a Sir Frederick que era lesbiana, que estaba decidida a salir del armario y a atenerme a las consecuencias... pero no fui capaz.

Se frotó los ojos con las manos, y en un tono resignado, dijo, — Podría ser un: ¡hola mundo, adiós trabajo!

El resentimiento y la rabia que sentía ante una situación tan injusta se acrecentó. —La ley estará de tu parte, Tony; tanto la del Estado, como la de la Commonwealth. Sabes que legalmente no pueden discriminarte en virtud de tus preferencias sexuales.

Sonrió con amargura. —Es cierto. Y supongo que a Sir Frederick no le haría ninguna gracia verme apelando a la Comisión de Derechos Humanos e Igualdad de Oportunidades, porque la publicidad sería nefasta—. Su sonrisa se desvaneció. —Si esto acarreara problemas, desde luego sería algo mucho más sutil.

Se oyó un golpe seco en la puerta y Jackie Luff irrumpió oficiosamente. —Tony, son todo asuntos urgentes desde Japón—, y volviéndose hacia mí, añadió, —Toma, otro fax de Lee Paynter para ti.

El mero hecho de escuchar su nombre me produjo un sobresalto, aunque sabía que sólo podía tratarse de una comunicación profesional. En las últimas semanas había estado recopilando información para su empresa, y habíamos mantenido contactos frecuentes por fax, todos ellos estrictamente profesionales.

Hubiera deseado pedirle a Sir Frederick que le asignara la empresa de Lee a otra persona, pero no se me ocurría una excusa lo bastante buena, sobre todo porque él estaba convencido de que mi relación profesional con ella era excelente.

Regresé a mi despacho, miré el montón de papeles que había sobre mi bandeja, eché un vistazo al fax que me había dado Jackie... y pensé en Lee. Lee llenaba todos mis sueños, había afectado a mi vida de tantas maneras diferentes... Incluso cuando trataba de alejarla de mis pensamientos, me bastaba con oír un acento americano similar al suyo, o con ver a una mujer que tuviera el pelo como ella, o el andar, o algún gesto parecidos, y volvía a ocupar el centro de la escena.

Sin ella, mi vida carecía de sabor. Por mucho que me dijera a mí misma que antes de conocerla había sido feliz, sabía con toda seguridad que ya nunca podría volver a vivir esa vida tan aséptica.

Estaba más afligida de lo que hubiera podido imaginar. En mi

desesperanza busqué el consuelo de mis amigos y me di cuenta, de pronto, de los pocos que tenía. Salía a cenar con Tony y con Paul, su compañero, encantada de conocer esa perspectiva tan diferente de su vida. También iba al cine con Sharon de vez en cuando, y estuve a punto de contarle lo de Lee, pero no lo hice. A quienes más veía era a mis queridas amigas Trish y Suzie, a las que sí era capaz de hablarles de Lee, pero sin entrar en muchos detalles.

—¿Y por qué no nos la has presentado todavía?— dijo Suzie un poco indignada.

—Porque no hubo tiempo. Y además, eres demasiado atractiva.

Suzie, que tenía la encantadora cualidad de creerse todos los piropos, asintió, convencida con mi razonamiento.

Deseaba a Lee, a todas horas, con independencia de lo que estuviera haciendo. En ocasiones me gustaba imaginar que ella podía adivinar lo que sentía, como si la fuerza de mis sentimientos viajara a través del tiempo y el espacio. La mayor parte del tiempo, simplemente aprendí a soportar mi desdicha.

Y por supuesto, tenía mi trabajo para llenar mis días. Hacía viajes constantes de un estado a otro, pues estábamos teniendo problemas con una importante empresa turística australiana, y además habiamos instalado una nueva red de ordenadores en la empresa. Al tener que lidiar con todos estos asuntos, cuando llegaba a casa de noche no me quedaban ya fuerzas para hacer algo que no fuera ver la televisión de vez en cuando, o darme una ducha e irme a dormir.

Lee había cambiado mi vida, en todos los sentidos. Deseaba poder decirle que había sido un buen modelo a seguir. La aceptación de si misma, su franqueza con respecto a su sexualidad, la ausencia total de miedo a ser descubierta: todo ello me había hecho darme cuenta de lo reprimida y clandestina que había sido mi existencia, y esa nueva perspectiva había hecho brotar en mí el deseo de ser tan libre como ella.

Tony tenía una cita para ver a Sir Frederick a última hora de aquel viernes por la tarde. Le estreché

la mano antes de que entrara en el despacho. —Llámame si me necesitas.

Tensa, e incapaz de concentrarme en nada, no podía dejar de mirar hacia la puerta del despacho, esperando oír en cualquier momento

una subida de tono. Media hora después, Tony salió; la expresión de su cara era desoladora.

Respiré profundamente. —¿Qué ha pasado?

—No sé qué decirte. Sir Frederick desde luego no estaba extasiado... pero tampoco puedo decir que estuviera espantado. A decir verdad, parecía estar decepcionado conmigo.

—¿Y de lo de Steve?

Tony apretó los labios. —Me escuchó, pero no me creyó. Dijo que debía estar equivocado, que tal vez había malinterpretado una broma de Steve...

Me enfurecí. Sin pensarlo, dije, —Vamos, ¡entraremos los dos juntos!

Mi furia debió ser evidente; Sir Frederick se incorporó de su sillón. —¿Alexandra?

—¿Así que no se cree lo que Tony le ha dicho de Steve?

Sir Frederick se volvió a sentar. El mal humor se hacía patente en su cara. —No veo que puedes tener tú que ver en esto, Alexandra. Se trata de un malentendido entre Tony y Steve.

—¿Un malentendido?—, dije furiosa. —¿Usted cree que chantajear a Tony, amenazándole con contar a todo el mundo que es homosexual es un malentendido?

Sir Frederick enrojeció; estaba enfurecido. —Basta ya. Creo que ya he tenido suficiente por hoy.

Tony dijo, —Alex...

Le ignoré y armada de coraje, clavé la mirada en la de Sir Frederick —Uno no malinterpreta una amenaza como esa, cuando lo que está intentando ocultar es que es homosexual. Lo sé de buena tinta.

Levantó la cabeza. —¿Qué quiere decir?

Una sensación de libertad vertiginosa me invadió. —Sí, yo he tenido que pasar por lo mismo, pero no tuve tanto valor como Tony y no fui capaz de contar mi propia verdad.

Sir Frederick apartó la mirada. —Ya entiendo.

—No, no lo creo. ¿Puede imaginarse lo que es vivir en un mundo del que continuamente tienes que pretender formar parte? Y que de pronto, alguien como Steve descubra tu secreto, empuñando el arma infalible para destruirte... si le dejas salirse con la suya.

Su rostro mostraba una fatiga poco usual en él; su habitual actitud de incansable luchador se marchitaba, y hasta su bigote parecía más lacio que de costumbre. —Ya entiendo— dijo de nuevo.

Entonces, me miró y esbozó una sonrisa irónica. —Esto explica muchas cosas...

Mi enojo se tornó en asombro: estaba claro que se refería a la falta de entusiasmo con la que respondía a su cortés persecución.

Ahora me tocaba a mí sentirme abatida. Tomé a Tony del brazo y me excusé de Sir Frederick.

Era tarde. Todo el mundo se había marchado ya cuando salimos del despacho de Sir Frederick.

—Alex, no era necesario que lo hicieras... pero, gracias.

Agarré a Tony por la cintura y le abracé. —¿Cómo te sientes?

—No te lo vas a creer, pero me siento fenomenal. No, es mucho más que eso: estoy extasiado, porque ahora soy libre—. Me cogió las manos. —Todo el mundo sabrá lo mío, pero Sir Frederick mantendrá lo tuyo en secreto si se lo pides. No es necesario que te mojes por mí.

—Un ejemplo claro de arrogancia masculina— dije. —Si me mojara, no sería por tí, sino por mí misma

14

En las semanas siguientes a la confesión de Tony se produjeron algunos cambios. Sir Frederick, por ejemplo, que antes solía darle palmaditas en el hombro con bastante frecuencia, le trataba ahora con reserva y evitaba manifiestamente todo contacto físico con él. También se escuchaba algún que otro comentario sarcástico, aunque ninguno provenía de Steve, que al parecer había sido amonestado por Sir Frederick. Algunos se mostraban violentos ante la situación; otros, indiferentes, pero en líneas generales, Tony parecía haber sobrevivido a lo peor.

En cuanto a mí, procuré mantener una actitud discreta. Aunque no sentía la necesidad de enfrentarme con nadie había decidido, en caso de que alguien me preguntara, hablar de ello sin reparo. Nadie lo hizo, si bien alguna que otra vez pesqué a Steve mirándome meditativo, y en un par de ocasiones irrumpí de forma inintencionada en conversaciones clandestinas que sin duda hablaban de Tony o de mí.

Y estaba el problema de mis padres.

—¿Vas a decírselo? me preguntó Tony.

—Tendré que hacerlo antes o después. A ser posible, mejor después que antes.

Sonrió con compasión. —Lo aceptarán. Y si no lo hacen ahora, te garantizo que tarde o temprano aprenderán a vivir con ello.

Pensé con amargura en la fría rectitud de mi madre, en la intuir rancia de mi padre, y mi determinación se afianzó aún más.

—La verdad—, dije en un tono caústico, —pensaba decírselo cuando fuera a Canberra para Navidades. He pensado que sería un buen regalo...

Una tarde, después del trabajo, Sharon y yo nos sentamos en un café abarrotado de gente. Todo el mundo parecía tener prisa por marcharse a casa. Sharon había quedado con su marido para cenar y al cabo de una hora ir al cine, y como yo no tenía ningún motivo para marcharme corriendo a mi casa vacía, con mucho gusto me quedé a hacerle compañía.

Charlamos de esto y lo otro, y Sharon sacó el tema de la

homosexualidad de Tony. Le defendía con tanto candor, y era tanto el desdén que mostraba ante las reacciones de algunos de nuestros colegas, que decidí hablar de lo mío.

Dije, —Sharon, supongo que también has oído decir que yo soy lesbiana.

Hizo una mueca. —La escenita en el despacho de Sir Frederick debió de ser fantástica.

—Lo fue—,Jugué con la cuchara. —Imagino que habrá habido bastantes comentarios.

—Por supuesto que los ha habido, pero ya se acallarán.

—¿Crees que el hecho de haberlo admitido puede afectar a nuestra profesión?

Se pasó las manos por la melena roja. —Es posible; creo que incluso es probable. Siempre habrá quien se muestre intransigente con los que son diferentes, pero si quieres saber mi opinión, pienso que habéis hecho lo que debíais. Una vez que es un hecho sabido, nadie puede emplearlo para desacreditaros, ni amenazaros con contárselo al jefe.

—¿Sabes lo de Steve?

Adoptó un tono de desdén. —Ese hijo de puta es muy escurridizo. Pero esta vez ha calculado mal.

Tengo entendido que Sir Frederick le ha puesto las peras al cuarto.

—Sobrevivirá.

El día siguiente amaneció claro y soleado. Me levanté de mi mesa de despacho y me acerqué a una de las ventanas a contemplar el Real Jardín Botánico, como si esperara que el verde de la vegetación aliviara mis oscuros pensamientos. Aquella misma mañana, a primera hora, Sir Frederick me había comunicado que ni Steve ni yo tendríamos el puesto de Asia; se lo habían dado a alguien de fuera.

Había deseado tanto tener una meta en la vida, algo en lo que depositar mis esperanzas... Había concentrado toda mi atención en obtener ese puesto.

Jackie Luff interrumpió mis pensamientos. —Sir Frederick quiere verte, Alex—. Como no reaccioné de inmediato, insistió con firmeza,

—Ahora mismo.

Desde aquel día de la escenita en su despacho, percibía cierta tensión en su actitud hacia mí. Con un gesto, me indicó que me sentara. —Lee Paynter acaba de llamar. Vendrá a Sydney la semana que viene. Como ya sabes, la primera gira turística de su compañía en Australia tendrá lugar a finales de mes. No entiendo por qué insiste en venir hasta aquí. ¿Es que hay algún problema que no conozco?

—No. Todo marcha bien. ¿Ha dicho cuál era el motivo de su visita?

—Dijo algo acerca de ultimar algunos detalles, pero no me pareció muy convincente porque de ser así, habría enviado a cualquier empleado. Me preocupa que pueda haber algún problema y que no me lo haya dicho, así que quiero que canceles todos tus compromisos y estés disponible durante el tiempo que ella esté aquí.

Me dejó pasmada. —Pero se supone que debía ir a Perth...

—Que vaya otro. Esto es mucho más importante. Le he dicho a Jackie que le haga una reserva en el Regent —insistió en alojarse en el mismo hotel—, y me gustaría que fueras a buscarla al aeropuerto.

Jackie te dará la información del vuelo.

Me hubiera gustado alegrarme de pensar que iba a verla de nuevo, pero lo cierto es que me había costado mucho alcanzar un frágil punto de equilibrio y temía no sólo que me lo destrozara, sino que además se marchara de nuevo, dejándome peor de lo que estaba.

Sir Frederick me había estado observando. Dijo, —¿Hay algún problema?

—Claro que no—, respondí.

El vuelo de Lee llegó el viernes por la mañana. Casi no dormí y llegué al aeropuerto con bastante antelación. La vi antes que ella a mí. Parecía que el tiempo no había pasado, que nada había cambiado:

sus movimientos eran enérgicos y seguros; seguía queriéndola con la misma intensidad.

Había ensayado mentalmente mi reencuentro con ella muchas veces, aprendiendo mi papel de memoria. Me protegería a mí misma, esperaría a ver sus reacciones, dejándome guiar por sus respuestas.

Me saludó sonriente, pero no nos tocamos. Camino del coche, le hice las preguntas de rigor sobre el vuelo, y sus respuestas fueron también intrascendentes. Era como si nos hubiéramos puesto de acuerdo en tratarnos con una diplomacia profesional recíproca, sin hacer mención alguna a cualquier aspecto personal.

Continuamos con nuestra banal conversación camino del Regent. Era tan consciente de su presencia, que tuve que obligarme a concentrarme en el tráfico, aunque tenía la certeza de que ella no podía adivinar lo que estaba sintiendo.

Lástima que decidieras dedicarte al turismo y no al teatro, Alex.

Estos pensamientos sardónicos me protegían, pero no demasiado. ¿Por qué no podía decirle en un tono desenfadado algo como, —¿Has vuelto porque al fin te has dado cuenta de que no puedes vivir sin mí?

Pero eso no podía ser cierto. No había ningún indicio de que las cosas hubieran cambiado y estaba segura de que Lee había venido a solucionar algún asunto que no tenía nada que ver conmigo.

Cuando estábamos llegando al hotel, me dijo, —Tony me ha contado la aventura con Sir Frederick.

La miré con asombro. —¿En serio?

Su sonrisa fue cálida y afable. —Por lo que me habías contado de ti, ha debido ser un gran paso.

—Era algo que tenía que hacer. Y no me arrepiento.

Asintió. Quería decirle más; decirle que ahora lograba entender la sensación de libertad de la que me había hablado, pero cambió de tema.

—Voy a darme una ducha y después iré a las oficinas de A.P.P.; tengo una cita con Sir Frederick.

Después me gustaría hablar contigo sobre esos tours a la selva de Tasmania que me mandaste por fax.

Le miré las manos e intenté no recordar lo que me había hecho con ellas. Asentí, ausente.

—Alex, me gustaría pedirte un favor.

De pronto despertó toda mi atención. —Claro.

—Necesito un descanso, de veras. Mañana es sábado y me preguntaba si sería posible que hiciéramos algo, tal vez un crucero por la bahía...

—Unas amigas mías, Trish y Suzie, me han invitado a salir a navegar con ellas. Tengo que llamarlas esta noche para confirmar. ¿Te gustaría venir con nosotras?

Lee, tan decidida como siempre, dijo, —Sí.

Cuando fui a recoger a Lee al hotel el sábado por la mañana, hacía un tiempo espléndido. El mar del puerto era de un azul tan intenso que parecía una tarjeta postal, la claridad del cielo la perturbaban tan sólo unas cuantas vetas de nubes altas y el aire era cálido, aunque con el toque fresquito de una suave brisa.

De camino a Mosman, atravesando el esplendor metálico del puente del puerto de Sydney, reímos y charlamos de cosas triviales. El yate de Trish y Suzie estaba amarrado en la playa de Balmoral, y teníamos que encontrarnos en los muelles cubiertos a las diez en punto.

En un instante en que ninguna de las dos trataba de llenar el silencio, le lancé una mirada furtiva.

Llevaba unos vaqueros, una camiseta blanca y unos náuticos negros. Las marcadas facciones de su rostro me resultaban dolorosamente familiares. Recordé con toda viveza la textura de su pelo rubio, el llano de su espalda y la tersura de sus músculos bajo la piel suave.

No puedo soportarlo...

Era como si nunca hubiéramos hecho el amor, como si nunca hubiéramos conocido los secretos más íntimos de nuestros cuerpos

Me trataba como si sólo fuera una buena amiga, y no me atreví a preguntarle qué era lo que sentía por mí en esos momentos, pues el riesgo de que pudiera hacerme daño era demasiado grande. Podia soportar la situación, siempre que me limitara a desempeñar mi papel. Sabía con exactitud lo que tenía que hacer —llevaba toda la vida practicándolo—: dejar que sus actos guiaran mis respuestas. No tenia más que responder a sus instrucciones. Era sencillo, no implicaba riesgo alguno, y a buen seguro haría la vida más fácil para todo el mundo.

Para cuando llegamos al extremo sur de la playa de Balmoral, yo ya tenía mis dudas acerca del tiempo. Trish y Suzie nos estaban esperando junto a su furgoneta, con un montón enorme de enseres

básicos para la navegación —en su mayor parte comida y bebida— a sus pies.

Las saludé con una sonrisa afectuosa. Trish tiene el cabello gris plateado y habla con un ligero acento canadiense. Su descarado buen humor y su curiosidad irresponsable la llevan con frecuencia a hacer preguntas muy personales a los desconocidos, que éstos —no sé porqué razón— casi siempre responden, y de muy buena gana.

Suzie es más reservada, al menos hasta que coge confianza. Me recuerda un gato de pedigrí: pulcro, elegante, reservado y meditabundo.

Observé con atención su reacción ante Lee. Trish, de una sociabilidad compulsiva, la saludó con el entusiasmo de una presentadora de un concurso televisivo. Suzie alzó una ceja especulativa, me lanzó una mirada furtiva de aprobación, y saludó a Lee con un afectuoso —Hola.

Finalizadas las presentaciones, tomé la palabra para expresar mi preocupación por el tiempo. —

Parece que el mar está algo revuelto...

Suzie exclamó, —No seas petarda, Alex!—Trish, mucho más optimista, me aseguró que el día era perfecto para navegar. Sentía en la cara una brisa borrascosa, que formaba ya algunos nimbos en el cielo. Persistí en mis dudas. Puede que mi organismo carezca del gen marinero; me encanta nadar en el mar, admirar la belleza de sus paisajes, sobrevolar su inmensidad, pero no me gusta navegar sobre la superficie en esos días en que el agua parece tener una desafiante vida propia.

Era obvio que Lee no compartía mis dudas: caminó sin prisa por el tablaje destartalado que conducía al viejo muelle y de un brinco, se metió en el magullado bote que habría de llevarnos hasta el anclaje del *WaterNytnph*. Yo me sentí aún más insegura, pues el fuerte oleaje del mar hacía que el bote se balanceara de un lado a otro de un modo alarmante.

—Vamos, ¿a qué esperas?— dijo Suzie, que nunca tuvo demasiada paciencia con los de secano.

La conocía muy bien. —No me empujes, Suzie. Si me empujas, me marcho a casa.

Lee me tendió una mano al tiempo que Suzie estudiaba el ritmo del vaivén del bote y, tal como

pensé que haría, esperó el momento adecuado y me dio un buen empujón. Trish, ajena a nosotras, continuaba pasándole las provisiones al chico — demasiado joven quizás para ser responsable de nuestras vidas—, quede de pie, con las piernas separadas, sujetaba la palanca del motor del fueraborda con una mano, mientras que con la otra iba agarrando cada uno de los bultos que Trish le pasaba cada vez que el barco se arrimaba lo suficiente. Admiré la coordinación de sus movimientos y la facilidad con que mantenía el equilibrio; él, en cambio, no hizo ningún esfuerzo por ocultar que mi destreza náutica le ponía nervioso.

El *Water Nymph* es, en aguas más tranquilas, un yate precioso: Puede alojar, aunque apretadas, hasta seis personas, y tiene una cocinita compacta y un pequeño comedor; tiene buen genio, es blanca, de líneas puras, y resulta muy divertido sentarse en la popa —nunca me dejan ayudar con el velamen

— cuando salimos del puerto. Pero cuando hace lo que Trish y Suzie llaman “un buen día para navegar”, el barco parece cobrar una vida propia, perversa y temeraria, y conforme escora hacia el viento, tengo el presentimiento de que si tuviera ocasión, me lanzaría por la borda.

Se bien que es mi aprehensión lo que me lleva a dotar al barco de una personalidad propia, no obstante aquella mañana, cuando salimos del área del embarcadero con las velas izadas, detecté en el Watn Nymph un cierto movimiento audaz e impetuoso.

Trish y Suzie habían tratado de enseñarme la jerga correcta, pero excluyendo palabras como puerto, estribor, proa y popa, mi falta de devoción por la navegación me hacía referirme a una escota o una driza como “esa cuerda que hay ahí”. Lee en cambio, parecía estar muy familiarizada con todo, por lo que ella y Suzie manejaron las velas mientras el barco tomaba su rumbo, profiriendo misteriosos vocablos náuticos aquí y allá, al tiempo que obedecían los mandatos de Suzie que se hallaba en el timón. Como siempre, me calé un poco más la gorra para protegerme del sol y me quité de en medio.

He de admitir que era muy emocionante el ir viento en popa y que el puerto de Sydney estaba más deslumbrador que nunca. Evitamos — por los pelos, pensé yo— estrellarnos contra el Ferry de Manly Jetcat, y pusimos rumbo a un embarcadero cubierto de la playa de Forty Baskets, donde almorzaríamos.

Trish y Suzie habían logrado convertir los almuerzos náuticos en una forma de arte y hoy, sin duda en honor a Lee, se habían esmerado más

que nunca. Nos repanchigamos al sol, bebimos vino, tomamos pan con mantequilla y nos deleitamos picando de cada uno de los pequeños recipientes que contenían aguacate, corazones de alcachofa, paté, rollos de hoja de parra, gambas, taquitos de queso, lonchas de salchichón...

Nuestra conversación era desenfadada, llena de risas. Trish tenía un cúmulo de anécdotas divertidas acerca de la enseñanza, y Suzie, una colección similar resultante de su actividad empresarial. Lee parecía divertida y contenta de poder relajarse. En una ocasión, levanté la vista y la encontré mirándome muy reflexiva; alcé un poco las cejas, y ella se limitó a sonreír.

Durante todo el día estuvo muy cariñosa y atenta conmigo, tal como lo haría un buen amigo. No había nada más.

Tendrás que conformarte con eso...

La risa ahogada de Lee me traía recuerdos. Procuré no pensar en el pasado, ni en el futuro.

Por la tarde retomamos el camino de vuelta a casa. Para una criatura de secano como yo, la navegación parecía reducirse a unos arranques repentinos de actividad frenética, en particular cuando llegaba el momento de regresar a puerto. Durante el regreso, siempre me consignaban a la cabina,

donde procuraba no estorbar a Trish, que estaba al mando del timón detrás mío, o a Suzie, que se movía con rapidez en cubierta bajando las velas, para después dirigirse rápidamente a la proa con el gancho para agarrar la boya de amarre en el momento que pasábamos frente a ella.

Todo iba como la seda ese día. Trish, tras encender el motor y meter la marcha, maniobraba con mucha destreza entre los barcos amarrados, acercándose a la boya amarilla que marcaba su ancladero. Suzie y Lee habían bajado la vela mayor y la estaban enrollando encima de la botavara.

El accidente ocurrió por culpa de una pieza insignificante del barco: un pequeño artilugio de metal con dientes que tiene una palanquita para trabarlos, y que recibe el nombre, muy acertado, de apresador de cabos, porque eso es justo lo que hace.

Estaba de pie en la cabina disfrutando de todo el trajín a mi alrrededor, y de pronto sentí una explosión de dolor en la cabeza y un

estallido repentino de luz blanca que se tornó en oscuridad.

Aunque no podía ver ni sentir nada, escuché unas voces embozadas, como si vinieran de muy lejos, y una de ellas que pronunciaba mi nombre.

—¡Alex!

Escuché un gemido muy cerca de mí. Me di cuenta de que esa voz era la mía, y mi cabeza se llenó de oleadas punzantes de dolor intenso.

Poco a poco fui tomando conciencia de mi estado: algo blando presionaba mi cara, mi cadera se apoyaba en la dureza del suelo y unos brazos me sujetaban con firmeza.

—Alex, cariño.

El dolor era tan fuerte que me hacía cerrar los ojos con fuerza, pero lo más importante era saber quién me estaba sujetando, quién había pronunciado mi nombre: era el corazón de Lee el que latía en mis mejillas, eran sus brazos los que me sujetaban.

Intenté abrir los ojos; dejé pasar un diminuto haz de luz que me deslumbró como si me atravesara el cerebro, y los volví a cerrar.

La voz susurrante de Lee me acariciaba la mejilla. —Alex, sé que estás despierta. Abre los ojos.

Me llevé una mano a la cabeza esperando encontrar sangre, pero aparte del pelo, no había nada más. Estaba tendida en el suelo de la cabina, y Lee también. Me apretaba contra ella y tenía la cabeza inclinada hacia mí, por lo que podía sentir la caricia de su aliento en mi cara.

—Siento haberte hecho daño.

—¿Qué ha pasado?

—La botavara se te ha caído encima—, dijo Suzie tratando de ayudar.

Los brazos de Lee se ciñeron con más fuerza a mi cuerpo. —Ha sido culpa mía, Alex.

Me acurruqué un poco más contra su pecho.

—¿Ha sido a propósito? ¿Querías asesinarme?

Trish dijo con alivio, —Si está bromeando es porque está bien.

Suzie, una apasionada de los detalles, me explicó lo que había sucedido mientras esperábamos el bote que nos recogería del atracadero. —Tú estabas de pie en la cabina, justo debajo de la botavara que sujeta la base de la vela mayor. Cuando Lee y yo estábamos bajando la vela y comenzábamos a enrollarla en la botavara, Lee, sin querer dio una patada al apresador de cabos que sujeta la polea, y al soltarse ésta, la botavara cayó sobre tu cabeza como un ladrillo. Así de fácil.

Lee seguía rodeándome con el brazo, y cuando llegamos al embarcadero, dijo, —Voy a llevarte al médico.

—Estoy bien. Sólo me duele un poco la cabeza.

—Vosotras sabéis dónde está el centro médico mas cercano. Os seguiré en el coche de Alex.

Accedí a que me colocaran en el asiento del copiloto en mi propio coche, y protesté cuando vi que Lee se ponía al volante. —Lee, aquí conducimos en el lado contrario que vosotros.

—Tendré cuidado. Además, se trata de una emergencia: podría darte por pedirme daños y perjuicios.

Hasta al intentar sonreír el dolor se hacía más fuerte. Cerré los ojos. —Si me estropeas el coche, entonces sí que lo haré.

La doctora, una joven asiática de ademanes suaves, me examinó y me dejó tendida en la enfermería, para ir a informar de mi estado a mí pequeño séquito.

Las tres se hallaban sentadas al otro lado del endeble biombo, y podía oír lo que hablaban. Suzie decía, —Así que no hay fracturas, tan sólo una ligera conmoción, y tenemos que observarla durante las próximas doce horas. Bien, pues nos la llevamos a casa.

-No.

—Lee, tenemos una habitación de sobra, y Trish y yo podemos hacer turnos para cuidarla.

—No. Alex se viene conmigo.

Abrí los ojos y alcé la voz para decir, —Me iré con Lee... es para que

no discutáis.

Mi coche estaba cerca: Lee lo había aparcado en una zona reservada en exclusiva al personal médico.

—¿A dónde vamos?— pregunté mientras ponía el coche en marcha.

—A mi hotel.

Pasados unos minutos, dijo, —Sabías que no tenía necesidad de regresar a Australia. Utilicé el tour como excusa.

—Claro.

—Tenía que volver a verte.

Contuve la respiración.

—¿Alex?

-¿Sí?

—Necesitaba convencerme de que podía vivir sin ti...

Al no obtener respuesta, añadió con cierta sorna, —Estoy en desventaja.

Hice un movimiento brusco de cabeza para mirarla, lo cual me produjo un dolor punzante detrás de los ojos —¿Que *tú* estás en desventaja?

—No sé si aún me quieres, Alex. Desde el momento en que te vi en el aeropuerto, me di cuenta de que deseaba estar contigo, pero has estado tan distante, tan rígida...

Cerré los ojos. La incertidumbre de su voz me llenó de ternura y sonreí, pero mi voz no dejó traslucir más que un tono cortés e interrogante. —Ha sido necesario que me vieras fuera de combate

para atreverte a decirme algo, ¿no?

Lee me había estado observando. De pronto el tono de su voz se tornó cálido e íntimo. —No cariño. Esto sólo ha precipitado un poco las cosas. Te lo pensaba decir esta noche. Ya no podía esperar más.

—Y aún no eres capaz de decirlo, ¿verdad Lee?

—Por supuesto que sí. Te quiero Alex—. Esperó a que abriera los ojos. —Ahora te toca a ti.

Yo no podía dejar de sonreír. —Ah, de acuerdo, si insistes... Te amo, te adoro. Traté de evitarlo, pero no pude. ¿Satisfecha?

Ella asintió con la cabeza, tomó mi mano y entrelazamos los dedos.

—Lee, ¿estás segura de que puedes conducir con una sola mano en el volante, en una ciudad desconocida, por el lado opuesto de la carretera?

—Pues claro—, dijo con su arrogancia de siempre. Y añadió,

—Quiero que sepas algo, Alex, puede que esto no sea amor. En los tres últimos meses, sólo he pasado el noventa y cinco por ciento de mi tiempo pensando en ti. Tal vez prefieras esperar hasta tener el restante cinco por ciento...

—Ese cinco por ciento es bastante preocupante—, respondí,

—pero qué demonios: me arriesgaré.

Notas

1N. del T. Se designa con el nombre de Outback a las remotas tierras interiores del continente australiano.

2N. del T. *Begonah* es una interjeción en irlandés que significa Por Dios.

3N. delT. *Aiissie* es diminutivo de australiano.